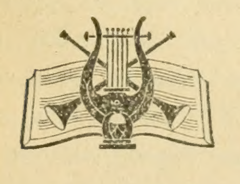
Parnaso Salvadoreño

PARNASO SALVADOREÑO

Antología esmeradamente seleccionada
de los mejores poetas de la República del Salvador

POR

Salvador L. Erazo



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065



DOS PALABRAS

Rico es el venero intelectual de la gaya ciencia en El Salvador. Su literatura perpetuamente exuberante y rica, llena de luz, de vida y de color, en que las audacias de la más brillante fantasía y las galas de la más viva imaginación de sus poetas, ha volado siempre con la fiebre del estro, con una inspiración tan poderosa, que se ha remontado y se remonta como los cóndores por el infinito azul de los cielos.

El oro de nuestra poesía, vigorosa y vibrante, tiene el perfume de lo eterno y fulge como un diamante con resplandores imperecederos, a manera de las Vestales que llevaban perennemente en sus manos el fuego sagrado.

La poesía de El Salvador, que lleva el sello imborrable de la belleza, se ha conquistado un puesto de honor, entre las naciones más cultas

de América, ocupando alto rango entre los tesoros rítmicos de la lengua castellana.

Las huellas luminosas de nuestros antepasados, han sido brillantemente seguidas por las generaciones que hoy ilustran las letras nacionales.

La fertilidad y amplitud de estos bellos talentos poéticos, se han manifestado brillantemente en todos los géneros de la poesía con tal perfección, que ha merecido los elogios de los más eminentes críticos del orbe.

Este libro, es a modo de un palacio encantado donde el visitante va de sorpresa en sorpresa, admirando los prodigios de arte, o algo así como un gran museo, el del Vaticano, por ejemplo, donde el artista va de belleza en belleza, ya encontrándose con los frescos de Rafael, ya con las esculturas de Miguel Angel, o ya con los admirables retratos de Velázquez; conjunto grandioso de la obra perfecta del artista.

Esta antología se compone de dos partes, la primera contiene los poetas antiguos, o sean los primeros cultivadores de la poesía en El Salvador, a los que pudiéramos llamar nuestros clásicos, y la segunda, la de las nuevas generaciones, encauzadas en las corrientes modernistas.

Estas poesías elevarán los corazones a lo sublime y los dejarán sedientos de idealismo, con

el deseo de saborear más lo bello, tal como el que pone sobre los labios una gota de néctar. Este libro, pues, en el que campean nuestros ilustres porta-liras ya consagrados por la fama, es el exponente más alto de nuestra capacidad y cultura literaria, y, desde luego, será recibido con el aplauso y la veneración de los grandes espíritus que gustan de la buena literatura.

SALVADOR L. ERAZO

San Salvador.



PRIMERA PARTE

Francisco Gavidia

KICAB EL GRANDE

La unión hace la fuerza
Antigua sentencia.

En tiempo de Kicab (Kicab el Grande
de la Cronografía)
la autocracia en el Istmo se extendía
alrededor del Ande,
desde el Usumacinta a los azules
grandes lagos de Oriente.
su imperio era formado
por multilingüe gente.
Pero el Rey se moría.
En su estera de tules
se extinguía Kicab, cuando la sexta
visita a sus dominios
hacía, y reclinaba su alba testa
sobre algodones blancos, como arminios.
Estaba en el alcázar-fortaleza
del Ocelot (o el tigre). Circundábanle
príncipes, hierofantes, capitanes,

gentes de la realeza,
y su nahual, que era un quetzal crinado,
verde, oro y escarlata,
de los Cuchumatanes.
El Hades, como al Rey, también lo mata.
Rígido, enfermo y seco,
cotonies con bálsamo lo ciñen,
bálsamo que le enviara de presente
su amigo, el soberano
del país Cuscatleco,
que es su aliado y su hermano.
Purifica el ambiente
aroma de tabaco copantleco.
A comandar ejércitos su mano
fuerte, avezada; a conservar tesoros,—
su silueta de cóndor y de anciano,—
sagitario en la pugna
y andarín en la pampa,—
resalta en el frondaje y policromas
flores de la chinampa:
le rodean bandadas de palomas,
redes de colibríes y de loros,
en que hay dulces pinzones, oropéndola,
celidón, golondrina o rondinela,
y el de nombres sonoros
ruiseñor, aedón o filomela,
o «zenzontle», o lucinia,
o rosiñol, o naitingal canoros.
Dábanle allí conciertos
tañedores de flautas y de acordes
syringas y maderos,
violas y violoncelos monocordes
y címbalos guerreros.
Un gran Synodo asiste al soberano
y opta por ver al rey la hora postrera.
Admitido ante el Rey, en la explanada
peroró el más anciano,
que conduce a cien pueblos como greyes,
el Ahau-Apop, Señor de Cuha,
esto es, Casa Guardada,
jefe de una gran casa, Rey de Reyes,

que dice el Popol-Vuh:
—¡Apop! ¡Atavo!
Del gran Votán, Quetzalcohuatl y Zammaa!
Escucha a Comizáh, tu último esclavo!
El gran Synodo espera
que escucharéis su voz la hora postrera.
Tus legiones de bravos
conquistaron a Chuva,
Xelahú, Xacabá, Chuvi-Megena,
y fueron sus señores como esclavos;
venciste a Zaculeu,
a los Mams y a los nobles Kachiqueles,
y tus duras saetas
traspasaron los miembros maniatados
de fieros enemigos,
al tronco de los árboles atados;
por quien los bosques viéronse poblados;
de tu valor y tu poder testigos!
las murallas famosas
de la fuerte Utatlán son obra tuya;
las minas ahondaste
y colinas rocosas;
los montes de sus pinos despojaste,
los cauces de la roca viva suya.
Poblaste de vigías las fronteras;
formaste tus rebaños de leones,
y las selvas poblaste y espesuras,
y cosa tuya fué sembrar las eras
de maíz; y en mil sabias posiciones
coronar las alturas
de fortificaciones.
puesto que el hado ingrato
hoy del Hades te llama al centro frío,
que tu última palabra con su aliento
conjuré ese hado impío:
ella será para el Quiché lloroso
credo, oráculo y voto y testamento.
¿Cómo conservaremos el legado,
y en haz el sacro imperio
de tanta monarquía y principado,
ducado, marquesado, landgravato,

en la marca, en el monte y en el río;
condado, burgravato y margravato,
baronía feudal o señorío?
porque todos, con todo,
gimen, lloran y dicen con misterio,
que sólo tú que hiciste el gran imperio
sabes cómo guardarlo y de qué modo.
Mas crece la ambición con la grandeza;
tal es ¡oh Rey! la sombra o el anverso
de la humana flaqueza.
Sólo al gran Gucumatz le es concedido
no ambicionar ya cosa, y le contenta,
pues tiene el Universo,
lo que será, lo que es y lo que ha sido.
Hoy el jefe de cada fortaleza,
no quiere mano ser, sino cabeza.
La plebe que en la guerra se ha ilustrado
aspira a ser nobleza.
Iximché, la ciudad que era un aliado
ya es capital y reino independiente;
quiere ser jefe el capitán valiente:
capitán el soldado.
todos tiemblan, con todo;
gimen, lloran y dicen con misterio
que sólo tú que hiciste el grande imperio
sabes cómo guardarlo y de qué modo.
Calló; y con la ironía que revela
lo que tiene de maya el soberano,
dijo (y tendió la poderosa mano):
—Ahaus, trae esa stella.
Del alcázar de bloques
ciclópeos, que en un monte se endereza,
en la áspera pendiente de granito
que hace frente a la ruda fortaleza,
mírase un monolito.
Para que conmemore la visita
del anciano Kicab al Ocelote,
un escuadrón de artistas que ejercita
un maestro famoso y avezado,
a la vez escultor y sacerdote,
se afanó largos días por hacerlo.

La obra se ha terminado.
Mas lo que manda el Rey les ha asombrado.
no es posible moverlo.
Dias ha que él estudia el modo y forma
con la grúa, palanca y cabrestante,
de subirlo a la ruda plataforma.
Consagra el monopolio al Rey glorioso.
Es él un monumento tan grandioso
como la roca Petayab,—cortada,
dice el pueblo,—de un tajo de su espada,
frente al mar tempestuoso.
o como la que ostenta
la ciudad de Colché. que fué otro ensayo
de los filos de su hacha que es el rayo.
Tres veces el grande Helios,
Quezalcoatl, circunvaló la esfera,
y otras tantas había
faena vocinglera
recomenzado en torno
del bloque de granito. Todo en vano,
el primero, el segundo y tercer día.
Atónito del Rey en la presencia,
el Ahans-Apop, señor de Cuha,
contemplaba al anciano,
y achacó sus palabras a demencia.
¡Hacer lo que los cables y la grúa
no podrían, y el recio cabrestante!
El silencio reinó por un instante.
De nuevo con la sorna que revela
lo que tiene de maya el soberano,
dijo (y tendió la poderosa mano):
—Ahaus, trae la stella.
Obedeció el magnate, silencioso,
grave, maquinalmente,
más que todo, por hábito, indolente,
cual si fuese imposible
resistir a la voz irresistible
del anciano glorioso.
Quiso alzar el granito, mas en vano,
el Ahaus; dejole el tiempo ingrato,
el dorso sin acción, yerta la mano.

De Kicab al mandato
los grandes del imperio descendieron
lentos, graves, solemnes, uno a uno,
hieráticos; ninguno
rehusó. Mas la piedra no movieron.
—Bueno!, Kicab exclama.
¿No conocéis vosotros
el juego que se llama
del «cuerpo muerto», entre otros
que se juega en la arena
del juego de pelota?
- Vucub-Caquix! amigo!
Ordenó a un corpulento
sagitario su guarda,—
haga el suelo de cama,
tiéndete tu en el duro pavimento;
ora los cuatro grandes del Imperio
dos de un lado, dos de otro,
con la punta del dedo que se llama
el índice, veréis como se mueve.
Alzad al flechero: ora
andando con él! Leve
Fué llevado el gigante
como una pluma.—Ahora,
señores del Consejo y la realeza,
con la punta del índce
levantaréis en peso el monolito;
que he de verlo de pie en la fortaleza,
simbolo en su grandeza de granito
de mi fama, mi nombre y mi grandeza.
Un golpe de señores,
al uno y otro lado
rodearon con presura el obelisco,
y el bloque fué llevado,
por las pendientes y de risco en risco.
Fué entonces que la cabria y cabrestante,
tirando de un extremo,
sobre su base descansó el gigante;
y corte y pueblo lo admiró asombrado;
luego del rey buscaron el semblante;

fué un instante supremo.
El había expirado.

LOS VIENTOS DEL ODIO

Al salir el luminar
de la estrella vespertina,
iba una vela latina
sobre la extensión del mar.
Viendo el fulgor del lucero
tan puro que alegra su alma
—mal tiempo; noche de calma;
dijo a bordo un marinero.
—Poca brisa, mucho lastre
y la vela nada presta:
hay grandes calmas como ésta,
que equivalen a un desastre.

Es de noche. Sobre el muro
del horizonte lejano,
espiando el triste océano
fosforescente y obscuro,
una ráfaga, asomada
en el firmamento inerme
a la caverna en que duerme
la tempestad sosegada,
apercibió que en aquellas
soledades, oscilaba
una vela, que blanqueaba
al fulgor de las estrellas.

Y aquel viento al descubrirla
varada sobre el abismo,
habló así consigo mismo:
—no anda; pues yo voy a hundirla.
Y en el silencio rehacio,
del cielo a los suaves brillos
desataba a dos carrillos
su soplo sobre el espacio.

La vela oscilando sola,
serena y grande, veía
que cada vez más subía
el vértice de cada ola;
hasta que, en la obscuridad,
y por las rachas herida,
se halló de fuerzas henchida,
surcando la inmensidad.

Cuando hecha la travesía,
al amanecer, anclaban
los marineros, y hablaban
con la gente de la ría,
—la barca, les dice, vuela:
no se esperó en tal momento.
y ellos:—Es que hizo buen viento.
—Buen odio! sonó en la vela.

BALADA

I

Por el negro sendero
galopa un caballero
como visión fatal:
Arde en su diestra una rojiza tea,
y la llama destrénzase y flamea,
y la quiebra a su soplo el huracán.

. . . .

De noche, con las sombras, la floresta
es un mar negro que los vientos mecen;
en las obscuras noches los zarzales,
como un sembrado de tinieblas, crecen.
Sombras. Sus alas la luciérnaga abre
y sus llamas en tétrico espejismo,
en un jardín espléndido y macabro,
revientan, como flores del abismo.

II

Una mujer, un día,
que tierna le amaría
para siempre juró:
ora en la selva en brazos de otro amante,
solitaria mansión, fué a hallar distante,
y que hoy prende su tea el vengador.

. . . .

Negra de la espesura
suelta la tierra y tiende hacia la altura
sus vaporizaciones:
bajo de los sombríos
agrestes pabellones,
están los ojos de ascuas y las garras,
mientras sueltan al orbe las cigarras
sus estridulaciones.

III

Guardando la salida,
la espada enfurecida,
riñe con su rival,
y aun no cesa el estruendo del acero,
ya el incendio soterra al caballero,
y al amante dichoso, y a la mujer desleal.

. . . .

Allá, sobre los montes,
como piedra preciosa de la obscura
diadema de los tristes horizontes,
deshaciéndose en aguas y destellos,
como chispa de amor que se ve arder—
cual si fuese la mística pupila
de Dios, viendo a través de los cabellos
de la negra y tranquila
noche,—resplandecía Lucifer.

FRANCISCA DE RIMINI

Traducción directa del episodio de Francisca de Rímini, de la «Divina Comedia» de Dante Alighieri

ARGUMENTO.—Segundo círculo del Infierno: el Dante encuentra en él el tormento de los lujuriosos, que son arrastrados por horribles huracanes en una región lóbrega. Entre estos condenados reconoce a Francisca y Pablo.

Habla Dante:

—Deseo, dije yo a Virgilio, siento
de hablar a esas dos almas que volando
ligeras van al ímpetu del viento.
Y él respondióme:—Estemos esperando
que ante nosotros la pareja arribe,
y a nombre del amor que están penando,
Llámalas y vendrán.—¡Oh, en quienes vive
profunda pena; oh almas! acercaos
si nadie mal mi súplica recibe.—
Grité en esa región llena de vahos.
dejando el grupo en que se hallaba Dido
cruzaron el ambiente de aquel caos,
cual dos palomas que el amor ha herido
las alas tienden tersas y lascivas
y el aire cortan hasta dar al nido.
—¡Oh tú, mortal, de entrañas compasivas!
¿Vienes de los que el mundo hemos manchado
con sangre, a las moradas aflictivas?
¡Oh! si el Rey de los mundos ablandado
me oyera, pediría tu ventura,
ya que en tí nuestro mal piedad ha hallado.
Mientras la calma de este viento dura,
te oiremos y hablaremos en reposo,
si esto al llamarnos tu intención procura.

La tierra en que nací está en el tortuoso
golfo, donde el Erídano aumentado
de otros ríos, desagua fatigoso.
Amor que hiere el pecho delicado,
a éste, con mi hermosura le encadena,
que ya he perdido y tanto me ha dañado.
Amor que al ser amado a amar condena,
tanto me enamoró que todavía
sufro con éste aquí la misma pena.
Amor nos trajo hasta la tumba fría
a ambos a dos: Caín está esperando
a aquel que nos matara en hora impía.—
Estuve estas palabras escuchando,
de aquella alma infeliz quejas intensas,
con el rostro en las manos y callando.
Virgilio, en fin, me interrogó:—¿Qué piensas?
Respondí:—¡Qué de plácidos ensueños;
qué de amor, les trajeron a estas densas
sombras, y fueron de sus almas dueños!
Y volviéndome hacia ella:—¡Tu castigo
me puebla el alma de angustiosos sueños!
Cuando vosotros suspirabais, digo,
¿con qué indicios, y modo ingenuo y diestro,
tu oculto amor se reveló enemigo?—
Y respondióme:—«No hay (como lo muestro)
mayor dolor que recordar el goce
en la desgracia», ha dicho tu maestro.
Mas si tu afán el trance no conoce
que nos llevó a este amor y falsa gloria,
lo diré, aunque el decirlo me destroce:
Un día, que yo guardo en la memoria,
leíamos los dos a horas perdidas
de Lancelote la amorosa historia.
Solos, confiados... Al leer, rendidas
nuestras almas, buscaban inmutadas
mis pupilas las suyas encendidas,
diciéndose mil cosas ignoradas;
mas un punto, no más, dejó cautiva
nuestra alma en ligas al honor vedadas:
Cuando al leer que el amante en su ansia viva,

con un ardiente, apasionado beso
apagó una sonrisa incitativa,
este mi inseparable, escuchando eso,
trémulo de pasión que ambos sentimos,
la boca me besó con todo exceso.
En el ardor de un libro nos ardimos:
Galeotto fué, como su autor, la historia...
ya más en aquel día no leímos.—
Mientras Francisca hacía esta memoria,
Pablo sollozaba sin concierto,
tal, que sentime en aflicción mortuoria,
y caí como cae un cuerpo muerto.

PSIQUIS Y EL AMOR

Argumento I.—El Dios del Amor, que siempre había ejercido su imperio sobre los sentimientos sensuales, es atraído una vez por algo superior a los sentidos, por Psiquis, es decir por el Alma.

Psiquis, a su vez, desde su altura espiritual, espera un sér a quien unirse, tal vez de gerarquía inferior a la suya, pero con quien entenderse en el mundo de los sentimientos: este sér a quien espera se le presenta; es el Amor.

II.—Despósanse. Se describe su ascenso al Olimpo.

III.—Los pastores, en las colonias griegas del oriente del Mediterráneo, creían ver en la nieve de las montañas, a estos dos tipos de los dioses que elevaron el nivel espiritual de la humanidad: Prometeo, que dió al hombre el ingenio para las artes, y Psiquis, que le dió el amor que está por sobre los sentidos; el uno atado por fuertes cadenas a las rocas del Cáucaso y la otra, pensativa, en la cima del Parnaso.

Se refiere las persecuciones que padeció Psiquis de parte de las antiguas diosas del amor sensual; así las faunesas mandan a que la punce la avispa del amor silvestre; Venus la obliga a que vea el cuerpo de su esposo en la alta noche y ella, inadvertida, deja caer algunas gotas ardiendo de la resina de su tea, en las carnes del Amor, el cual se transforma en una niebla y desaparece; otras diosas, queriendo darle el conocimiento de las cosas terrestres y preparar su paciencia a los males, esparcen cien yugadas de mostaza, para que las recoja grano por grano; por dicha vienen en su socorro todas las hormigas y le ayudan en su trabajo; finalmente la diosa

del amor sensual, Citeres, quiere participar de la espiritualidad de Psiquis, quien desciende, para complacerla, al infierno, y allí llena una copa con agua del río Leteo, en la cual, la antigua diosa del amor, bebe la inmortalidad.

Por lo que hace a las Venus de Siria, le profesan un odio descubierto.

El dios Pan debido a su influencia, por primera vez, siente dejos y asomos de pudor.

La esfinge, en quien todavía alienta y existe algo de la fiera, adivina, aunque no lo comprende del todo, el amor espiritual, y lanza rugidos en el desierto.

I

Ved al fin, al Amor, enamorado;
sus aceradas flechas misteriosas
durante todo el tiempo se han clavado
al seno de las flores y las diosas.
Filomela gorgeando en sus desvelos;
el león que cansa sus velludas piernas
cuando, errante, en el tiempo de los celos,
visita en la montaña las cavernas;
las vírgenes guerreras que en la linde
de la Escitia, batallan arrogantes,
y cuando, acaso, la pasión las rinde,
despedazan furiosas sus amantes;
el bravo Aquiles, que a los pies de Onfalia
toma la rueca y su pasión suspira,
y Hércules que ha limpiado la Tesalia
de monstruos y a quien vence Deyanira;
Los dioses-aires y los dioses-ríos;
el océano que en las costas rueda;
los infernales númenes sombríos,
el fauno Pan y el seductor de Leda;
todos, heridos por su alada flecha,
que entrega a Venus la creación sumisa,
son ludibrio del dios que los acecha,
y que alimenta en el dolor su risa.
Más, por hoy, héle allí... ¿Cómo sería
el amor del Amor esclavizado

por Psiquis, que no ha amado todavía,
y espera a un sér incognoscible, increado?
Pues tal era el idilio de la diosa:
aun no ha visto a su amante, y ya lo ama;
inmaculada, arisca mariposa,
que, empero, vuela en torno de la llama.

II

Despósase al Amor. A su camino
santifican sus pasos la naturaleza,
y aclamada inmortal por el Destino,
ascendiendo al azur, se transfigura:
Canta la alondra. Trémula cortina
vela el azur con su indecible gasa;
y es al alba, y la estrella matutina,
irradiando purísima, traspasa
la negra ondulación de la colina;
la hoja temblando en los laureles gime;
viene del mar el errabundo alisio
que un beso frío en la arboleda imprime,
y en la gran noche que a la tierra oprime
se ensancha nacarado frontispicio;
Y en él penetra el desposorio alado;
de la deidad el cuerpo delicado,
de que el marfil del Africa es remedo,
sostiene el gran efebo aprisionado;
así, impensado, su amoroso dedo
en los arranques al azar tropieza
del seno de la virgen pudoroso,
cuyo pezón, como nectárea fresa,
cubre ella con su brazo luminoso,
desvanecida la inmortal cabeza;
así en la dejadez de sus amores,
ella sus alas irisadas guarda,
colibrí deteniéndose en las flores,
y que ahíte de miel, el vuelo atarda;
así, suelta su tul, que en el espacio,
la luz que se dispara a los confines,

descorre con sus flechas de topacio;
y se abre en su regazo de jazmines,
  unida al recio flanco de su amigo,
cual se une el arco en el trofeo al dardo,
el seráfico enigma de su ombligo,
como el cáliz purísimo de un nardo.
  Y la diosa, sonriendo con insania
que el deleite y el éxtasis aduna,
tiende sobre sus formas de Titania
un velo de fulgor de luz de luna...

III

  Cuando la noche en el azur se espacia
y asoma el rostro frío de la luna,
Hécate que preside a la desgracia
y esparce los fantasmas en la duna,—
  el mendigo tesalio (1) desde el campo,
vuelve la vista a Oriente y a Occidente,
y en Occidente resplandece un lampo,
y un punto negro agítase en Oriente;
  la luz, que irradia como al sol la nieve,
sobre un monte pelasgo reverbera,
y la sombra terrífica se mueve
del Cáucaso en la adusta cordillera.
  La noche pasa así, según es fama;
y el paria ve, mientras el sueño evoca,
hacia un lado lo blanco de la llama,
y hacia el otro lo negro como roca;
  hasta que, cuando canta la cigarra,
y que los astros van palideciendo,
y el día el tul noctívago desgarra,
y la luna en Ocaso se va hundiendo,
  se estampan a la vez en la llanura,
a los pies del hambreado peregrino,
los rayos de la llama que fulgura
y el perfil del espectro levantino;

(1) En este pasaje hay una imitación del francés.

y entiende el siervo que detiene el paso,
que aquel doble fantasma giganteo,
son Psiquis pensativa en el Parnaso,
y en el peñón del Asia, Prometeo;
él que robara a Júpiter el fuego,
milagroso y terrífico tesoro,
y que dió al hombre miserable y ciego
el Arte, el hierro, la esmeralda, el oro;
y ella gentil que de la ronca pauta
del mundo antiguo en el horror dormido,
tomó y puso en el hueco de la flauta,
la nota musical, perla de ruido;
el que porque en la mano puso el hacha
al lacustre, al hurón, al troglodita,
quemado por el cierzo y por la racha
sus fríos hierros con torsión agita;
gigante mártir, víctima sombría,
desangrado del mundo en los confines,
que oye silbar con hórrida porfía
al redor clamoroso querubines;
santo titán, de entrañas amorosas
que escarba y osa y arrancar procura
con el pico y las uñas rencorosas
el buitre del tirano de la altura;
y ella, a quien, porque triunfa del terrestre
instinto y odia al sátiro plebeyo,
punza la avispa del amor silvestre
y el áspid de la risa de Apuleyo;
que obligada por Venus a que vea,
en la alta noche el cuerpo de su amado,
lo abrasa con las gotas de su tea,
y lo ve blanca niebla evaporado;
que porque el mundo a lo infinito enlaza,
penada por deidades enemigas,
recoge cien yugadas de mostaza
con la ayuda de todas las hormigas;
que trae,—como el Cristo y como Orfeo
descendiendo al infierno de los seres,—
una copa con agua del Leteo,
do la inmortalidad bebe Citeres.
Por eso mientras brilla en el sereno

cielo, sobre la cumbre del Parnaso,
el iris de sus alas de faleno
movidas por el céfiro de paso;
  cuando su leve cuerpo diamantino,
flor de aquel sacro monte, libelula
de cándido vapor, lirio argentino,
forma de luz, como la llama ondula,
  la Venus de la asiática floresta,
la calipiga del boscaje sirio,
que impacienta los leones en la siesta
y pone a las bacantes en delirio;
  que derrocha las savias y la goma
y hace a las flores concebir el fruto,
y aspira, loca, el penetrante aroma
primaveral, de la creación tributo,—
  deshoja airada, entre las verdes ramas,
faunesa enorme a quien embriaga el Mayo,
su corona de pámpanos y lamas...
y clava en Psiquis su mirar de rayo.
  Y la diosa prolífica, siniestra,
clama al sagrado Olimpo con sus voces:
—¡Psiquis ahoga en su divina diestra
a la madre del mundo y de los dioses!
  Y por eso es que Pan, la vez primera,
mira una desnudez con desconcierto,
y que, mitad mujer y mitad fiera,
ha rugido la esfinge en el desierto.

EN LA ULTIMA PAGINA DE «MARIA»

POR JORGE ISAAC

I

Habla Efrain.

  Formó Naturaleza un busto hermoso;
dando a la frente virginal destello,
perfumes al undívago cabello,
imán a la mirada, poderoso.

Aquel semblante puro y candoroso
alzó en la espiga de un torneado cuello.
Y el todo descansó en un pecho bello
a que algún angel se acogió amoroso.

Murió. Todo su sér, dulce, impregnado
de misteriosa y honda simpatía
aún me hace sollozar enamorado.

Y la llamó, como iba en aquel día
llevando por los cuartos desolado
en mis manos, las trenzas de María.

II

Cuando su nombre a resonar acierta
seinto yo mis potencias conturbadas:
hoy mismo me suspenden las miradas
que tenían los ojos de mi muerta.

Aquí en todo mi sér está despierta
la niña de mis ansias malogradas:
sólo para mi amor no están cerradas
las puertas frías de su tumba yerta.

Porque por ella mi alma enternecida,
lloró con la ansia de un amor divino.
mi alma está en su recuerdo engrandecida;

porque a su sér encadenó el Destino
lo más profundo y noble de mi vida,
acompaña su sombra mi camino.

ROMANZA

Sus pestañas cargadas de sombra
velaban los ojos profundos y negros;
el amor como luz de una estrella
cintilaba lánguido rompiendo su velo.

Era aquella una noche de luna.
La luz de la luna que alegra los sueños
dilataba con vaga tristeza
mi cansado espíritu en el firmamento.

Yo le dije:—La noche se mece
llevada en los brazos del vasto silencio:
allá arriba en los cielos azules
hay estrellas pálidas que ven lo que hacemos.

En la selva las aguas dormidas;
en el largo río las aguas gimiendo;
y la espiga temblando en el llano,
y el alta montaña callada a lo lejos;

y los ruidos ahogados del bosque
y la roca informe que orilla el sendero;
y la sombra del arbol que canta
trovador inmóvil mirando a los cielos;

son, le dije, son cosas muy tristes;
son cosas que dejan una ansia en mi pecho;
que despiertan los hondos suspiros,
soplos de esperanzas, sombras de recuerdos.

Respondióme:—¡Qué bella es la luna!;
yo siento y no puedo decir lo que siento.
En las noches como ésta ¿no sabes
cuál es la palabra que agrada al silencio?

—En las noches como ésta, le dije,
se siente en el alma murmullos de versos;
los que dicen «yo te amo» esta noche,
dicen lo que dicen la tierra y los cielos.

SAFO

(DE CORNELIUS PRICE)

En las rocas sentada que el mar aullando azota,
Safo, la poetisa de Lesbos, delicada,
ve hacia el Sur,—como ondula volando la gaviota,
alejarse una nave por la verde ensenada.

La nave hiende el agua que en torno se alborota:
Safo siente en su pecho, febril y enajenada,
desgarrarse una a una por el Destino rota
cada ansia de sus ansias de loca enamorada.

Pues ese que huye, a que ella ruega que no se vaya
por siempre de la Grecia, llamándolo a la playa,
es Faón por quien llora, que no la quiso amar.

la ola a sus pies entona su cariñoso acorde,
y cuando ya la vela pasa el último borde,
Safo se da el abrazo, que la ahoga, del mar.

ELEGIA

La última noche en que estuvimos juntos,
óyeme, José Antonio,
no tenía estas lágrimas
asomando a mis ojos.

Hablábamos tan sólo de mi viaje,
sin pensar... en el tuyo;
no sentía mi pecho fatigado,
y estaba en paz con Dios y los sepulcros.

Ni pensando en tu trágico destino
se arrugaba mi frente,
ni tenía delante esa figura
la faz con sangre y palidez de muerte.

De la alborada al resplandor escaso,
triste con el dolor de mi partida,
al estrechar mi pecho con el tuyo,
se unió tu alma a la mía.

Lleno estaba tu pecho
de ardor y vida y fuerza...
¿Por qué en tus ojos, me parece ahora
que vi asomar tu despedida eterna?

Y al par que me alejaba me volvía
para hallar tu mirada cariñosa,
y al fin... Nos separaba para siempre
la triste lividez de aquella aurora.

La última vez... Te miro todavía,
con aquella mirada...
Se quedaba contigo, pobre hermano,
el genio ordenador de las desgracias.

Con que ya nunca he de volver a verte;
¿ya no he de hablarte nunca?
Y va a venir la noche a tu sepulcro,
van a venir los vientos y las lluvias.

Y allá en aquella casa en que vivimos,
yo sé que está un anciano
que llora y que te espera...
Quizá ha pensado hasta en seguir tus pasos.

Yo no quiero quedarme con esta alma
huérfana, triste, sola,
buscando a los que me aman y se ausentan
para siempre, en la sombra.

SONETO

¡Como el ardor del entusiasmo engaña!...
Y tú, soñando, con audacia loca,
intentabas salvar de roca en roca,
la sombría altitud de esa montaña...

Aquí el súbito escarpe, allí la huraña,
honda caverna de espantable boca;
mucha la asperidad, la fuerza poca...
¡Y subir apoyado en una caña!

Y bien, si es la verdad; sépalo el mundo;
sientes sangrar tus pies, sientes vacío
tu cielo azul; y tu dolor, profundo:

Noche en tu frente; en tus entrañas, frío;
flaca tu fe; tu espíritu, iracundo...;
ya es tiempo de gritar: ¡Valor, Dios mío!

EL HOMBRE Y EL MUNDO

A Vicente Acosta

En el principio, amigo, del fondo de su gruta,
el hombre vió extenderse, como un cuadro admirable,
la campiña, las selvas,—manto de la inmutable
naturaleza bruta.

Espejo rutilante donde la luz tranquila
reflejaba los cielos, la montaña, el desierto,
la estrella, el mar, la bruma, el fuego, el aire incierto,—
su insondable pupila.

Caja de honda armonía, donde el eco, vehemente,
del bien o el mal, la huella, hace que vibre, y deja
la alegría sonora o la doliente queja,—
su corazón ardiente.

Mas cuando así descorre de Natura los velos,
—¿qué haré, dice, que digno de su grandeza sea?,—
y Dios:—Dale tú, en cambio de su tierra y sus cielos,
la chispa de tu idea.

A APOLO

Mi verso es verso llano,
en que suenan la voz y en que el acento
del hombre se hace oir y el eco humano.

Apresurado o lento,
como de un río la sonante plata
cuyo espejo retrata

gentes, bosques, viviendas y animales,
arboles, rocas, vida y movimiento,—
corre en libres raudales,
llevando al par, idea y sentimiento.

Como lo debo sólo
al rubio Apolo, y porque en mi no fuera
propio que elogios propios escribiera,
son estos versos en loor de Apolo.

EN EL ALBUM DE MARIA

Nada se iguala a tu poder, María,
todo se rinde do tu reino empieza.
Tu frente es Alba. Tu mirada, día,
el cetro que esclaviza, tu belleza.

Sin corona, sin trono, sin cerrojos
Aprisionas, subyugas. Toda ciencia
palidece ante el brillo de tus ojos,
todo se hace oblación a tu presencia.

Las perlas son para ir en tu cabello,
los diamantes para ir sobre tu frente,
La púrpura para abrazar tu cuello
y cubrir tu hermosura omnipotente.

Se te admira, María. Se te ama,
tu cuerpo es una lámpara. Rutila,
tu alma está allí irradiando como llama,
llama blanca, seráfica, tranquila.

José Batres Montúfar (1)

LAS FALSAS APARIENCIAS

Si me dicen que el sol, que por el cielo
descubrir un gran círculo se mira,
camina en torno de él con raudo vuelo,
como sé que la tierra es la que gira
sobre sus mismos polos, sin recelo
digo que lo que dicen es mentira
aunque la vista así lo represente:
¿por qué? porque el discurso lo desmiente.

Si sumerjo en un líquido una caña
y la veo quebrada desde afuera,
entonces digo que la vista engaña,
por que sé que la caña estaba entera.
Si encuentro al regresar de la campaña
a mi mujer con un galán cualquiera,
en alguna no lícita entrevista,
digo también que me engañó la vista.

Pues mal pudiera una mujer honrada,
siendo yo su legítimo marido,
recibir a un galán en su morada,
dando al diablo mi honor y mi apellido.

---

(1) Nació este predilecto de las musas el 18 de marzo de 1809 en la capital de El Salvador, hijo de padres guatemaltecos y está reconocido ciudadano de Guatemala.

Antes creyera yo tener turbada
la vista, y el olfato y el oído,
que creer que mi casta y digna esposa
fuese capaz de semejante cosa.

Y todo el que se precie de prudente
debe pensar lo mismo que yo pienso
si quiere tener paz entre la gente,
como voy a probarlo por extenso,
con un suceso de don Juan del Puente,
contrabandista rico, y muy propenso
a la desconfianza y a los celos,
a que debió mil llantos y desvelos.

Don Juan frecuentemente se ausentaba
de casa, de repente aparecía,
sin anunciar jamás cuándo marchaba
y mucho menos cuándo volvería,
porque en el fondo él mismo lo ignoraba;
y era la causa de esto que tenía
fincado su comercio en ir comprando
sedas, tabaco, y ron de contrabando.

Compraba muy barato en el camino,
y por un extravío conocido
traía el cargamento a su destino,
y a media noche entrábalo escondido
a la tienda de un socio su vecino,
de la cual se pasaba sin ruido
a su mansión por una angosta puerta
que había allí tras un tapíz cubierta.

Hubo siempre y habrá contrabandistas
que al gobierno defrauden sus caudales,
a pesar de los guardas, de los vistas,
de los administradores, los fiscales;
inutilmente los economistas
con su ciencia y sus fórmulas legales
el medio de evitarlo van buscando:
¡mientras más leyes hay, más contrabando!

Y yo de sopetón, sin que se entienda
que en materias que ignoro me entrometo,
a la dificultad hallo la enmienda;
y la quiero callar con el objeto
de colocarme al frente de la hacienda:
cuando lo obtenga se sabrá el secreto
qué, en reserva, sin tropas y sin balas,
consiste en suprimir las alcabalas.

¡Cara y desventurada patria mía!
con razón barre el polvo tu diadema,
con razón tu existencia es agonía,
con razón tu destino es anatema!
¿por qué no dejas la fatal porfía,
por qué no abjuras el mortal sistema
de hacer que el sabio en un rincón se oculte
y en la inacción su mérito sepulte?

El brillo de tu gloria ví empañado
por los traidores que tu seno encierra,
y ví escupir en tu blasón dorado,
y vide hollar tu pabellón por tierra.
Más de un gobierno, más de un diputado
en vez de hacerte bien, te hicieron guerra,
y quisieron pintar, ¡oh escarnio crudo!
lagartos y colmenas en tu escudo.

El nombre de la patria me enardece
porque la adoro, estando persuadido
de ser ella quien menos lo merece
de cuantas patrias hay, habrá y ha habido;
mas como otra no tengo, me parece
que debo amarla como el ave al nido,
y a los diablos me doy si considero
que la quieren vender al extranjero.

Cual nubecilla a discreción del viento,
o cual barca a merced de la laguna,
así vagando va mi pensamiento
sin que pueda fijarse en cosa alguna;

en mis lectoras sí, que ni un momento
las sé olvidar; mas tengo la fortuna
de que aunque a veces al turbión secumbo,
torno a seguir el primitivo rumbo.

Una noche que a casa regresaba
nuestro contrabandista muy contento,
después de acomodar lo que llevaba,
acercóse al tapiz y con gran tiento
quitó la llave, levantó la aldaba,
abrió la puerta, entróse en su aposento
y se llegó a la cama de su esposa,
que era una morenilla deliciosa.

¡Cómo duerme, decía, cómo duerme
mi hermosa, mi querida Mariquita!
¡cuál demuestran su ardor para quererme
los suspiros que da, lo que se agita!
grande es el gusto que tendrá de verme
y de darme un abrazo ¡pobrecita!
yo te adoro también, querida mía,
más que el Inca adoró la luz del día.

Decir esto, quitarse su capote,
inclinarse a besar la esposa amada
y dar un furiosísimo rebote,
cosa fué casi a un tiempo ejecutada;
y ¿por qué? porque dió con un bigote,
en lugar de la boca delicada
de su cara mitad, y oyó un bufido
al resuello de un toro parecido.

Se deduce de aquí por consecuencia,
que el galán que a una cita se prepara
debe tener presente la advertencia
de no llevar bigotes en la cara,
ni botas que rechinen: la experiencia
junto con la razón nos lo declara,
y por eso mis bellas compatriotas
detestan los bigotes y las botas.

Cuando una jovencilla por el prado
vaga cortando y recogiendo flores,
puesta la mente ajena de cuidado
si al cortar un pimpollo salpicado
de varios y bellísimos colores,
en el dichoso fin de sus amores;
toca un áspid oculto la doncella,
se asusta el áspid y se asusta ella;

pero más se asustó don Juan del Puente
y el dueño del bigote malhadado
que en el supuesto de que estaba ausente
en su lugar habíase acostado.
¡Cómo se quedaría el delincuente
al sentir aquel beso tan bien dado;
y el bueno de don Juan, por vida mía,
pensad un poco cuál se quedaría!

Ardía en un rincón del aposento
un angosto candil con débil llama
del cual don Juan se apoderó violento
y lo acercó a la orilla de la cama:
miráronse las caras un momento
los suspensos rivales y la dama,
sin decirse palabra, como muertos,
con los ojos extáticos y abiertos.

El marido por fin habló primero
con furor dirigiéndose al amante:
¿qué hace usted en mi casa, caballero?
y aquel volvió su estúpido semblante
(porque era un animal, un majadero)
a la dama que estaba allí delante,
con turbación y duda manifiesta,
como quien le consulta la respuesta.

Yo digo que don Juan estaba loco
al preguntar al otro qué venía
a buscar en su casa: ved un poco
si es fácil acertar lo que quería;

es como preguntar a un pez, a un troco
qué busca por el agua: ¡niñería!
o qué busca en los bosques un camello:
¿qué hace usted en mi casa?... ¡que resuello!

Repitió la pregunta el impaciente
don Juan, con voz sonora a su enemigo,
diciéndole: canalla, últimamente
responde usted, o a responder le obligo:
¿qué hace aquí? y el amante balbuciente
díjole: eso es lo mismo que yo digo,
¿qué hago yo aquí? yo mismo no lo sé:
pues yo, dijo don Juan, se lo diré.

Y echando a su mujer una mirada
con los ojos de tigre que tenía,
crujió los dientes y sacó la espada.
En vano le juró doña María
que no le habían ofendido en nada,
que era equivocación, que no sabía
que estuviese aquel hombre allí encubierto,
y el del bigote le decía: ¡es cierto!

La astuta dama en medio de su apuro
discurría por cientos las mentiras:
mira que es todo falso, te lo juro,
le decía a don Juan, calma tus iras:
es falso eso que piensas, te aseguro
que no es mas de apariencia lo que miras,
perezca yo, si miento, en un cadalso:
y repetía el del bigote; ¡es falso!

Mira, querido Juan, que yo ignoraba
que aquí se hubiese este hombre introducido,
tal vez quedó la puerta sin aldaba,
o yo no sé por dónde se ha metido;
y el hombre del bigote replicaba
tal estaba asustado y aturdido:
es cierto: dice bien Doña María,
puesto que yo tampoco lo sabía.

No niego que tuviese fundamento
don Juan, para pensar alguna cosa
que pudiera entenderse en detrimento
del honor y pureza de su esposa;
pero, ¿qué más quería aquel jumento
que verla asegurar toda llorosa
que el hombre se introdujo sin su ausencia?
¿podía estar más clara su inocencia?

Pues no, señor, el terco del marido
se arrojó sobre el hombre del bigote,
tirándole un revés, que a no haber sido
porque topó la espada en un barrote,
sin remedio le deja allí tendido;
mas él hurtole el cuerpo, y dando un bote,
y saltando por cima de una banca,
corrió a la puerta y agarró la tranca.

Con tranca el uno, el otro con espada
trabaron un combate semejante
en el tajo, el revés y la estocada,
al que suelen contar del elefante,
con aquella su trompa ponderada
contra el cuerno que tiene hacia adelante
su rival el feroz rinoceronte,
cada vez que se encuentran en el monte.

Al patio se salieron con presteza,
lidiando cuerpo a cuerpo y brazo a brazo:
iguales en la fuerza, en la destreza,
en el valor y en el desembarazo;
el del bigote, al fin, con gran fiereza
en una pierna le acertó un trancazo
a don Juan, que le trajo medio mudo
a tierra, y se largó por donde pudo.

Yo me recuerdo allá lejos de una cosa,
y es que don Juan, ya ciego de un ojo,
muy viejo, con la frente muy canosa
y algunas hebras de cabello rojo,

tenía tienda frente a Santa Rosa;
usábanle llamar don Juan el cojo,
y arrugaba la cara todavía
cuando algunos bigotes descubría.

Así que vió correr al del bigote
se fué arrastrando en busca de madama.
la cual no estaba armada de garrote;
mas ya don Juan no la encontró en la cama,
porque cogió la ropa y el capote
del galán, y si creemos a la fama
se escapó por la puerta de la tienda:
Dios la lleve con bien y la defienda.

No digo yo que siempre que estén juntos
un mozo y una joven en un lecho,
se ocupen sólo en discurrir asuntos
de historia, de moral, o de derecho;
todo tiene sus comas y sus puntos,
mas no se debe asegurar un hecho
si no es que de tan claro y de tan llano
se toque, como dicen, con la mano.

Porque a veces engaña la apariencia,
y yo he visto ocasiones repetidas
aparecer culpada la inocencia
con pruebas alteradas o fingidas;
mas en teniendo un poco de paciencia
dichas pruebas se encuentran desmentidas,
cual verbigracia, en el siguiente caso
que por final referiré de paso.

Al entrar en mi casa cierto día
vī a mi mujer en brazos de un extraño.
o se me figuró que la veía,
porque ella es incapaz de mal tamaño:
y así luego pensé que aquel sería
como son otros muchos, un engaño
de los ojos turbados, y al instante
me puse entrambas manos por delante.

Y así que me los hube restregado
por cinco o seis minutos de seguida,
vi a mi mujer sentada en el estrado,
sola y en su labor entretenida.
¿Qué tal? si yo me hubiera gobernado
por la vista falaz y fementida,
¿en qué viene a parar mi matrimonio,
mi casa y mi mujer? en el demonio.

Y así, vuelvo a mi tema y aconsejo
que imiten mi conducta los casados
que no se quieran ver en el espejo
de don Juan; tras cornudo apaleados.
A vuestro juicio y discreción lo dejo,
lectoras de ojos bellos y rasgados:
don Juan del Puente quiero que me llamen
si no aprobáis vosotras mi dictamen.

YO PIENSO EN TI

Yo pienso en tí, tú vives en mi mente,
sola, fija, sin tregua, a toda hora;
aunque tal vez el rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
brilla tu imagen apacible y pura,
como el rayo de la luz que el son envía
al través de una bóveda sombría,
al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
mi corazón se embarga y se enajena,
y allá en su centro vibra moribundo
cuando entre el vano estrépito del mundo
la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
sin agitarme en ciego frenesí,
sin proferir un solo, un leve acento,
las largas horas de la noche cuento...
¡Y pienso en tí!

Tus fastos publican, sin más monumentos
ni rotas columnas que marquen tus eras,
tus ceibas que arrancan con raíces los vientos,
o heridas del rayo tus altas palmeras:

Mortales aromas tus auras derraman,
tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracán,
tus trovas de amores las hondas que braman,
tus luces la hoguera que arroja el volcán.

Tus hojas devoran la luz de la luna,
al suelo robando sus luces de plata:
distante, dormida, la clara laguna
su disco refleja, su imagen retrata.

Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano (1)
sobre él derramaste tu odioso veneno,
apenas bebiendo su aliento lozano
el hálito impuro que brota tu seno.

¡Por él te maldigo! ¡por él te saludo!
mis lágrimas guarda, maldito desierto,
de prados, de mieses, de flores desnudo,
de fieras poblado, de selvas cubierto.

---

(1) Alude a la muerte de don Juan Batres, hermano del autor acaecida en San Juan de Nicaragua.

Rafael Cabrera

LA CEIBA DE MI PUEBLO

I

¡Anciana ceiba de mi pueblo amado!
¿Si volveré a soñar bajo tus ramas,
sentado en tus raíces muellemente,
a la luz que nos dice «hasta mañana»?

A veces triste, conmovido y loco,
me finjo estar bajo tu sombra escasa,
en una de esas tardes voluptuosas
en que se siente, sè delira y se ama...

Allá, a mi izquierda, el encendido ocaso,
pintando flores en cendal de gualda,
y la hondulada cumbre de los cerros
perfilándose en fondos de escarlata.

En rumbo opuesto el San Miguel truncado,
en tul se vela de azulino nácar,
cual el genio infeliz de los ausentes,
perdido en el turbión de las distancias.

Allá también el San Vicente adusto
su majestuosa cumbre dentellada,
engolfa altivo en la región siderea,
como un sarcasmo a la soberbia humana.

Las nubes ciñen la severa frente,
cual leves copos de errabundas gasas,
y acaso el yermo de su bronca cima
el campo sea de feroz batalla,

En donde el cóndor contra el cóndor lucha,
con curvo pico y prepotentes garras,
sobre el jirón de palpitante presa,
¡de un cóncavo a los bordes disputada!

¡Quién sabe si mañana el gran coloso
conmueva de mi valle las entrañas,
y al tronar estridente de sus fauces,
se inunde Cuscutlán de ardientes lavas!

. . . .
. . . .

¡Quién sabe, muda efigie de los siglos,
si el dulce techo de mi buena anciana
vayas a sepultar, tonante y fiero,
en mar inmenso de encendidas llamas!

Mejor mil veces que arrogante y mudo
seas del valle espléndida atalaya,
refrescando tu frente con neblinas,
y haciendo hervir las fuentes a tus plantas.

Que sientas adormirse dulcemente,
al rumor melancólico del aura,
la ciudad legendaria que en un tiempo
¡libertad! ¡libertad! clamó a tus faldas;

Y el brazo armado de sus nobles hijos,
la fe por guía y por pendón la audacia,
humillaron la testa del tirano
de los valientes hijos de Tlaxcala...

. . . .
. . . .

Y frente a mí... del carcomido templo
la pintoresca mole se levanta,
donde oraron los padres de mis padres,
ante el altar del tiempo de la España.

El verde llano y el amate umbroso
donde de niño cándido jugaba,
¡y la calle mil veces recorrida
en las austeras procesiones santas...!

II

¿Si volveré con húmedas pupilas
a contemplar las míseras parásitas,
que nacen, crecen, aman y se mueren
al calor fecundante de tu sávia?

¿O si juguete de los largos siglos,
que han dejado tus cepas deshojadas,
te irás a ver muy pronto a sus embates
sobre el suelo por siempre derrocada...?

. . . .
. . . .

Las golondrinas que tus ramas pueblan
son más felices que quien hoy te canta:
ellas contemplan aquel pueblo mío
que las ruines pasiones despedazan;

el riente pueblo que me vió en la cuna,
y entre alegrías escondió mi infancia;
que guarda todos mis recuerdos dulces,
¡y en otro tiempo me brindó esperanzas!

Ellas contemplan revolando alegres,
el pueblo aquel cuya ilusión me alhaga;
que no prospera, pero siempre bello,
nidos de amores y perfumes guarda.

Ellas le miran cuchicheando alegres;
yo con húmedos ojos le mirara;
¡y tal vez le veré cuando de muerte
enferma sienta desmayarse el alma!

Si decretado está cuando la vea,
ansiosa acaso la filial mirada,
que en vano, en vano de mi abuela busque
las venerables y apacibles canas;

bajo las sombras caras y tranquilas
del techo aquel, donde cuando ella oraba,
yo, mis alegres tiempos recordando,
reía con los niños de la casa.

¡Mi pobre abuela! si de tu hijo inquieto
las alegrías muertas retoñaran,
volvería al hogar, y de tus labios
¡con fe recogería las palabras!

Pero aquellas horribles tempestades
que oías rebramar en tus entrañas,
¡aun rugen con los ecos de la muerte
en las noches funestas de su alma!

¡Tal vez no existirás cuando yo vuelva!
y vuelta escombros tu modesta estancia,
mi padre, mis hermanos, mis amigos...
¡también en polvo para siempre yazgan!

III

¡Añosa ceiba! dime si en las tardes,
cuando la luz crepuscular te baña,
precioso enjambre de morenas lindas,
acude a sonreir bajo tus ramas.

Esas beldades, mis amigas fueron,
también entre ellas escogí una hermana
que me supo alentar cuando moría
el último fulgor de mi esperanza.

Sus labios para mí vertieron mieles,
y hermanos en el arte y en la patria,
juntos cantamos, y sintiendo juntos,
la misma nota estremeció las arpas.

Lloroso un día me llegué a sus puertas,
y por última vez dejé a sus plantas
elegiaco cantar de despedida,
¡porque un hado fatal nos separaba!

Ella me dijo que en la casta lumbre
que el astro de la noche nos enviara,
los llantos de la ausencia se unirían,
cual sollozos de tórtolas que se aman.

Yo he cantado las hondas conmociones
con que la ausencia el pecho nos desangra,
y han ido hasta el alcázar de la luna
mis notas tremulentas y cansadas...

A su recuerdo inmarcesible y santo,
hay cuerdas que mi cítara consagra,
que suspiran el eco de sus himnos,
y chispean la fe de sus palabras;

Y en su música vaga e infinita
el moribundo corazón empapan,
¡y más allá de la vital miseria
el pensamiento en abstracción espacian!

Dí si la has visto ¡ceiba de mi pueblo!
sentarse y suspirar bájo tus ramas,
y volviendo sus ojos al poniente,
verter de pena sus preciosas lágrimas.

Y si bañada en rayos de la luna
la oísteis sollozar cual la torcaza
en las grutas calladas de los sauces,
cuando los sueños su sopor derraman.

¡Ah! yo la he visto lánguida y tranquila,
descender hasta mí, tímida y blanca,
como el santo candor de la pureza
y la primera luz de la mañana;

¡Siempre la veo! de mi mente nunca
sus encantos purísimos se apartan,
y me habla en el lenguaje de los dioses,
y me infunde la fe de sus plegarias...

Y la siento vivir en el latido
del corazón que en lecho de esperanzas,
duerme y sonríe como niño cándido,
¡o sueña y llora la ilusión pasada!

IV

¡Quién pudiera volver a los parajes
en donde tú penosa te levantas,
y exhalar en el grito de los cisnes
la triste inmensidad de la nostalgia!

Sentir, amar, correr como en los días
de fiestas y placer, luz y fragancias,
que el cáliz de la vida, exuberante
y lleno hasta los bordes derramaba!

¡Quién pudiera escalarte y coger nidos,
en infantil dulcísima algazara,
o cortar los capullos y las flores
con que te adornan miles de parásitas!

¡Quién recorrer pudiera uno por uno
tanto nido de amor donde dejaran,
el corazón sus poemas de alegría,
y sus tristezas pálidas el alma!

Y aparecerse a ver en el paisaje,
la de mi madre sombra veneranda,
y hablarla en el idioma de los niños,
y esperar y morir al escucharla!

Y quién en fin ¡oh ceiba de mi pueblo!
escuchar el sollozo de tus ramas,
formar con ellas una cruz mortuoria,
¡y en la fosa dormir bajo tus plantas!

DESPUES DE LA ORGIA

¡Pasó la orgía... Calcinantes besos,
chocar de copas, blasfemar de labios...
¡Profanar el amor con los excesos,
la hermosura manchar con los agravios!...

¡Todo pasó! levántase sombría
la voz de la pureza mancillada,
y truena Dios dentro del alma impía,
¡que en sí tornó sedienta y desolada!

Silencio, soledad, noche, martirio...
ansia de redención, ansia de cielo,
sed por la luz... ¡fantástico delirio
que el alma hiela en abrasante vuelo!

Luego dirá la sociedad mundana
que yo me río, cuando el alma loca,
¡semeja el redoblar de una campana
estremecido en cóncavos de roca!

Luego dirá la sociedad impía
que yo no sufro, cuando en lenta angustia,
¡soy la tétrica flor de la agonía
sobre un sepulcro doblegada y mustia!

Luego dirá la sociedad de cobre
que el corazón arrastro sobre escoria,
cuando de amor hambriento y de amor pobre,
me consagro a sentir en la memoria!

¡Almas de cieno! corazones ruines
que ni sentís, ni amáis, ni recordáis,
hundíos del averno en los confines,
¡y a turbar mis deliquios no volváis!

¡Almas corruptas! ¡en hedionda orgía
soltad vuestras atroces carcajadas,
y dejadme vivir en la agonía
de mis muertas memorias adoradas!

Sufrir, amar, sentir en lo pasado
glorias marchitas y memorias muertas;
¡perderse, cual en lienzo abandonado
los perfiles de flores entreabiertas!

¡Escuchar que el amor rejuvenece,
cuando ha quedado yermo el corazón!
¡y ver que en el confín desaparece
el postrero fulgor de la ilusión!

Palpar la garra que en el pecho hundida
jamás desmaya en su candente guerra,
y mientras más desangra nuestra herida,
¡con más ahinco al corazón se aferra!

Palparla, y no poder, desventurados,
arrancarla del alma moribunda,
y sentir al luchar desesperados
que nuestra vida el báratro fecunda!

Y volver a soñar... volver al cielo,
por la fe perdurable redimidos,
remontar con los ángeles el vuelo,
y llegar hasta Dios, puros... ¡dormidos...!

SU AMOR

Era una tarde en que el cielo
copiosa lluvia vertía:
yo por la calle corría,
en su hogar me guarecí;
y el frío de aquel invierno
me dejó una llama que arde,
al recuerdo de la tarde
en que yo la conocí.

Llegaron ledas las horas
de la hermosa primavera,
y la promesa primera
de sus labios recogí.
Entre esperanzas y flores
dos estaciones pasaron,
cuando a mis puertas llamaron,
y yo a mis puertas corrí.

—¿Quién es? Yo soy el destino
y te ordeno que te ausentes.
—¡Partir cuando sonriëntes
cielos de amor entreví!
—¿Qué importa, si yo lo mando?
—¡Cruel! ¿mi llanto no te mueve?
—¿Quién contra mi ley se atreve?...
La abracé... ¡y obedecí!

Otra vez, y en una tierra
donde vivía extranjero,
tocó a mi puerta un viajero,
y yo temblando le abrí:

—¿Quién es? El invierno cano
que te trae malas nuevas;
si tú en el alma la llevas,
ella se olvida de tí!

—¿Me olvida?... ¡cuando en el sueño
todas las noches me ríe,
diciéndome que confíe,
que ella siempre piensa en mí!
¡Cuando juego con sus bucles
junto a la vela que arde,
recordando aquella tarde
en que yo la conocí!

—Pero tus sueños son humo
que las tormentas destruyen;
son estrellas que se huyen
de su cielo de turquí.
—¡Y yo en mis sueños creía
con fe ciega y candorosa!
—¡El corazón de una hermosa
es voluble y baladí!

—¡Triste anciàno! resta sólo
que tú a compasión te muevas
¡toma mi alma y se la llevas,
y no tornes por aquí!
pero en tu yermo sudario
por siempre envuelto me dejas,
y te alejas... y te alejas
sin acordarte de mí...
. . . .
. . . .
. . . .

Y volvió la primavera
trayendo entre sus aromas
quejas de amantes palomas
que traduje en el verjel:
supe que mi dulce niña

tornó a estos lares su dedo,
y expiró diciendo quedo:
—«Va mi espíritu tras él»...
. . . .
. . . .

A veces vagando a solas
sorprendo entre las violetas
conversaciones secretas
en que se trata de mí:
mi nombre a medias murmuran,
mi seno agitan y alhagan,
y en los ecos que se apagan
oigo exclamar: ¡vivo en tí!...



Francisco Castañeda

EN EL ALBUM

Flores, amor, placeres y armonía,
los corazones por doquier te ofrecen,
y el angel celestial de la poesía
en su lenguaje y dulce melodía,
te da las flores que en sus campos crecen.

Porvenir, ilusiones, esperanzas,
luz y celajes, perlas y topacios,
hoy venturosa a divisar alcanzas,
al través de risueñas lontananzas,
bajo el azul turquí de los espacios.

¡Oh, qué dulce es la vida!... Y cuán veloces
pasan las horas, para tí ligeras,
hoy que el cáliz apuras de los goces,
y del dolor la sombra no conoces,
al divino fulgor de otras esferas!

Tierna, apacible sin afán inclinas,
sobre un mundo de sueños la cabeza,
y en éxtasis sublime te imaginas
que tus glorias futuras adivinas,
llenas de amor y de inmortal terneza.

Y en alas de fantástico deseo
ves la luz de los cielos encendida,
y en tu febril y loco devaneo
ves a su cárdeno esplendor febeo
otro sol, otras flores y otra vida.

¡Bello es vivir! si es sueño la existencia
y si tranquilo el corazón palpita:
si en horas de suprema complacencia
libamos del placer la grata esencia,
sin bien perdido ni ilusión marchita.

¡Bello es vivir! si el mundo en sus paisajes
espléndido nos brinda un paraíso,
en donde el alma encuentra en sus mirajes,
vestidos de riquísimos ropajes,
formas y mundos que forjarse quiso.

¡Bello es vivir! sin penas ni dolores,
en dulce paz y venturosa calma,
como tú vives deshojando flores,
al dios de la ilusión y los amores,
tranquilo el pecho y encantada el alma.

Mas, si la venda de los ojos cae
y de la triste realidad palpamos
la negra noche que a la muerte trae;
si las fibras ternísimas nos rae
el recuerdo del bien que disipamos;

entonces ¡ay! la vida es un tormento,
sombras, tristeza, lágrimas, pesares:
apágase la luz del pensamiento
y el eco de la voz es un lamento
que exhala el corazón, llorando a mares.

¡No dejes de soñar! Y nunca quieras
palpar la realidad de nuestra vida:
acaricia mejor a tus quimeras,
y en tus horas dichosas y ligeras
no veas nunca la ilusión perdida.

¡No dejes de soñar! Y en tu locura,
cuando te halles de tu angel al abrigo,
un recuerdo consagra de ternura
a quien llora su triste desventura,
tu plácido cantor y amante amigo!

DILE QUE...

Brisa que tierna en el pensil florido
finges ufana con tu voz amores;
tú que acaricias de mi bien la frente,
oye mi canto

Oye las notas que del alma mía
entre sollozos el dolor arranca,
y en tu lenguaje arrobador, mis quejas
dile al oído.

Dile que absorto el pensamiento vive
fijo en su imagen apasible y tierna;
dile que sueño con su amor, y loco
quiero adorarla.

Dile que en vano mi razón adusta
quiere este afecto sofocar en germen:
dile que sordo el corazón palpita
férvido al verla.

Dile que es pura mi pasión ardiente,
como la luz que en sus pupilas brilla:
dile que en fuego sacrosanto el pecho
arde por ella.

Dile que a solas mi ilusión la mira,
como sublime aparición del cielo:
dile que en horas de ansiedad la nombra
trémulo el labio.

Dile que es nada para mí la vida,
si no ha de unirse mi existir al suyo:
dile que en ella mi esperanza cifro
sobre la tierra.

Dile que glorias, porvenir, fortuna,
pompa, grandezas, esplendor, placeres,
cuanto hay daría por vivir en su alma
sólo un instante!

Dile que sólo por su amor deliro,
dile que sólo por su amor yo sufro,
y que si ingrata mi pasión desecha,
¡dile que muero!

AMOR

Vivo reflejo del azul del cielo,
faro divino, manantial fecundo,
bálsamo suave, celestial consuelo,
fuente de inspiración, alma del mundo:

¡eso es amor!... Ese hondo sentimiento
que en nuestro ser con efusión palpita:
ese dulce, eternal arrobamiento
en que sensible el corazón se agita.

Cándido cual la virgen inocente
un mundo de ilusiones alimenta...
Por él el hombre renacer se siente,
y hasta el empíreo remontarse intenta.

De la sonrisa del Criador nacido,
es cual su origen misterioso y santo:
destello de los cielos desprendido,
sobre la tierra poderoso encanto.

El a su influjo todo lo domina
y nuestros sueños con su luz colora:
plácido cual la lumbre matutina,
de nuestra dicha es fuente encantadora.

La brisa que susurra pasajera,
el ave que se queja solitaria,
la fuente que murmura plañidera
su cadenciosa, férvida plegaria:

Las flores que entreabren sus corolas
al despertar la aurora sonrosada,
el llanto gemebundo de las olas,
el eterno rugir de la cascada:

Dos almas que palpitan encendidas
y en su ardorosa vaguedad se abrasan;
dos almas que en un rayo confundidas
inseparables por el mundo pasan:

La llama que difunde la existencia,
la fuerza que sostiene el universo...
Todo revela su inmortal esencia,
doquier yo veo su poder disperso!

¡Amor, y siempre amor!... Eso es la vida,
el divino fanal con que soñamos,
la corona de luces bendecida
que en nuestros días de ansiedad forjamos.

¡Amor y siempre amor!... Ese es el grito
que eternamente el Universo entona...
«*¡Amor, amor!*» nos dice lo infinito.
«*¡Amor, amor!*» la eternidad pregona.

¡Amemos siempre!... Con febril locura
que lata el corazón estremecido:
fijemos nuestra plácida ventura
en la ilusión que el alma se ha fingido.

Coronemos de mirto y azucenas
las sienes de otro ser idolatrado:
llevemos del cariño las cadenas,
busquemos nuestro sueño realizado.

Las diosas que el deleite nos inspira,
el eterno placer, el paraíso;
la luz porque el espíritu delira,
con que el Criador divinizarlo quiso!

Y pasen insensibles nuestros días,
cual de un arroyo cristalinas linfas;
que sean nuestras voces armonías,
cual las que entonan celestiales ninfas.

¡Amemos siempre!... En éxtasis divino
que viva nuestra mente adormecida:
que es *amar* nuestro espléndido destino,
pues es *amor* la esencia de la vida!

Antonio Guevara Valdés

DE LEJOS, DE CERCA, POR FUERA Y POR DENTRO

Muchas cosas hay bonitas
si de lejos se miraran,
y de cerca repugnaran
hasta al mismo Lucifer;
y por fuera otras cositas
son muy bellas y graciosas,
mas por dentro muy odiosas;
no quisiéranse ni ver.

¿Veis aquella flor que ostenta
en el cáliz su corola?
Los colores tornasola
de la púrpura y turquí.
Si de cerca se presenta,
mil espinas y gusanos
mirarías en tus manos
y exclamaras ¡ay de mí!...

Del Mar Muerto las manzanas
desde lejos son tan bellas,
que parece que con ellas
gustaría el paladar;
pero míralas de cerca
y por dentro, son ceniza,
que maldita los bautiza
la onda amarga de aquel mar!

Esa niña que se asoma
al balcón tan adornada,

desde lejos qué agraciada,
y por fuera cual se ve!
y de cerca ni una coma
que no sea superpuesto,
y por dentro un recompuesto
de varillas de corsé.
Ese joven de levita,
buen bolero y bello guante,
desde lejos qué elegante!
y por fuera, un figurín!
y de cerca, ¡Sión bendita!
es prestado cuanto tiene,
y por dentro no contiene
su bolsillo ni un chelín.
Ese sabio literato
desde lejos, qué elocuente!
y por fuera, cuan ardiente
partidario del saber!
y de cerca, su retrato
es de un necio presumido,
y por dentro muy henchido
con el tono del toser.
Ese tipo de estudiante
desde lejos con talento,
que por fuera es un portento
de saber y erudición,
y de cerca un ignorante
que no vale más que cero,
y por dentro un majadero
que no entiende una lección!

* * *

y el joven que ahora se lanza atrevido
sin numen ni gracia del poeta a la esfera,
es nada, en resumen, es humo perdido
de lejos, de cerca, por dentro y por fuera!

EPIGRAMA

La ley se acata por muchos
y se ataca por algotros;
pero acá para nosotros,
se dice, sin vacilar,
la *l* y la *e* en la materia
sólo cambian de lugar.

A UNA NUBE

¡Oh, tenue barquilla, que vas navegando
que formas cambiando, del aire en las alas;
ornada graciosa de místicas galas
al águila igualas, su vuelo imitando:
Dejando por huellas purpúreos celajes,
aéreos encajes sutil remedando,
coqueta caminas, el éter cruzando,
en pos dibujando cerúleos paisajes.
Al Norte encaminas tus pasos, ¡oh, nube!
Cual rayo que sube de luz vespertina
a ver una hermosa de tez purpurina,
gentil, peregrina, cual vivo querube.
Es bella y risueña, cual rosa temprana
que ostenta lozana su esbelta corola;
es virgen velada de célica aureola
que casta enarbola su manto de grana.
Su aliento es aroma, de ondina es su planta,
su eburnea garganta, flexible y airosa,
sus ojos son luces, su risa es graciosa,
su andar es de diosa, su voz suave encanta.
. . . .
Ya llegas... ¡Oh, nube!... ¡Ay dile que lloro!...
que ella es mi tesoro, que suya es mi vida,
que siempre será ella mi fe prometida,
la luz tan querida, ¡la virgen que adoro!

TE AMO

I

Te amo... No... es muy poco, yo te adoro,
con delirio, con fe, con arrebato;
te idolatro más bien como insensato,
estoy loco tal vez de tanto amor:
tu acento me estremece, tu sonrisa,
va derecha a buscar el corazón,
tu pupila es un foco de pasión...
tu mirada es un rayo abrasador.
La inmensidad del mar y del espacio,
la sucesión del tiempo... nada son:
círculo estrecho, mísera extensión,
un segundo no más, ante mi amor;
el fuego de los astros y del sol,
el calor de los mundos condensado,
chispa fugaz o rayo reflejado
fulgor de luna, leve resplandor.
Cuando se unen y oprimen nuestras manos,
cuando roza tu aliento mi semblante,
¡no sé lo que me pasa!... vacilante,
ebrio de amor, me siento desplomar.
Cuando encuentran mis ojos tu mirada,
me deslumbra su luz... y el mismo cielo
rasga un momento para mí su velo,
y veo a los arcángeles cruzar.
A tu sólo recuerdo, desbordada,
salta veloz, rugiendo la pasión,
desciende sobre mí la inspiración
y mi sangre inflamada siento arder:
en tus alas de fuego arrebatado
se levanta mi espíritu atrevido,
y un placer sin igual, desconocido,
se filtra, gota a gota por mi ser.
Yo ignoro como llaman a este fuego
que ni un instante su calor mitiga,

el peso atroz que mi corazón fatiga,
esta que siente inmensa sensación:
Sólo comprendo que hasta te gravita
el alma mía sin cesar inquieta,
cual si fueras mi musa de poeta,
cual si fueras mi centro de atracción.
No he sido siempre así; antes de ahora
he buscado el amor de otras mujeres;
he creído encontrar esos placeres,
sublime fuente de latente ardor;
pero todo pasó cual humo leve,
cual hoja seca que arrebata el viento,
y al caer la venda se apagó al momento
la débil llama de mi antiguo amor.
Mientras que el tuyo incomparable, eterno,
irá con el errante peregrino:
ignoro que me guarda mi destino,
sólo sé que tu amor no pasará,
y aunque la nada rompa con su aliento,
mi frágil estructura terrenal,
el alma nunca muere... es inmortal,
y te ofrece su amor aun más allá.

RAYOS Y BESOS

Al tibio rayo de la luz naciente
y a los besos del aura cariñosa,
abre su cáliz la gallarda rosa
y llena de fragancias el ambiente.
Su vida es muy fugaz, resplandeciente,
brilla un momento sobre el tallo airosa,
y se inclina, marchita y temblorosa
al apagarse el sol en Occidente.
¡Así es la juventud! El corazón
se abre al rayo del sol de la esperanza
y a los besos primeros de ilusión;

¡ama una vez con juvenil confianza
y marchito después por la pasión
ve perderse su ideal en lontananza!

Nació entre sombras y sus padres fueron
el sórdido interés y la venganza,
le dió el mal su satánica destreza
y los vicios esa obra concluyeron.
Los genios del averno le infundieron
de su esencia maldita la impureza,
odió la libertad por su grandeza
y a los hombres que culto le rindieron.
¡Nunca de amor la blanda simpatía
sintió su corazón galvanizado,
sólo amó la cobarde tiranía
y al crimen victorioso y descarado
que pasea doquier su altanería
al par de la virtud del hombre honrado!



Juan José Bernal

EL DOLOR

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno e incansable mi deseo:
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo.

ESPRONCEDA.

Hartas desgracias, sufrimiento y pena
han destrozado mi existencia ya;
está la copa de amargura llena,
hasta los bordes rebosando está.

Noches eternas de dolor y duelo,
horas nefandas de ansiedad sin fin,
se han deslizado con tardío vuelo
sobre mi frente despreciable y ruin.

¡Nada me resta! mi esperanza ha muerto
con las amantes ilusiones mías,
sólo me quedan, cual despojo yerto,
de mis recuerdos las cenizas frías.

Aun no he pasado la feliz edad
en que se sueña porvenir y amores,
edad bendita por el cielo asaz,
edad de creencia, de entusiasmo y flores;

y ya me veo desgraciado y triste,
solo y perdido en la mitad del mundo,
dudando acaso si en el mundo existe,
dolor que iguale a mi dolor profundo.

Rico en un tiempo de esperanza y fe,
con mano incierta preludié mi lira,
y en mi entusiasmo con ardor canté
las dulces trovas que el amor inspira.

Creí que eterna mi pasión sería
como una peña en la mitad del mar,
que va sus olas a estrellar bravía
al pie de aquélla con furor audaz.

Y delirante en mi pasión sublime,
lágrimas tiernas derramé de amor,
y cual el viento, que en la noche gime,
lancé un suspiro desgarrante, atroz.

Fueron muy gratas las visiones suaves
que en mis ensueños amorosos tuve,
dulces cual trinos de canoras aves,
puras cual blanca y transparente nube.

Tú no alcanzaste a comprender jamás
la noble idea de mi amor tan tierno;
¡oh! nunca, nunca comprender podrás
¡ese infinito sentimiento eterno!

Por eso oíste con desdén mis quejas,
por eso risa te causó mi llanto,
cuando, entre brumas, a tus pardas rejas,
iba a ofrecerte mi afligido canto.

Tú me juzgaste impostor: mentira
creiste acaso mi sublime amor;
y es que tu inquieto pensamiento gira
en otra esfera de ambición mayor.

Viste en mi frente marchitada y mustia,
de los pesares la tremenda huella,
adivinaste mi interior angustia
y te espantó mi moribunda estrella.

Te sorprendiste al contemplar la suerte
de la mujer que se consagre a mí;
temiste acaso por mi amor perderte,
¡y en duda horrible vacilar te ví!

¡Oh! no te culpo, virginal criatura,
nada tenía que ofrecerte yo;
la suerte impía, con su mano impura
hasta mis sueños de placer rasgó.

Nada valía mi cantar tan triste,
ni de mi lira el moribundo son;
indiferente, serafín, oiste
mi vago acento, mi fugaz canción.

No era tu sino atravesar los mares
de la existencia, sin timón ni guía,
sólo escuchando languidos cantares
y el ronco estruendo de la mar bravía.

Era más alta tu misión, debía
ser tu belleza idolatrada aquí:
estás dotada de tan gran poesía,
¡que más pareces celestial hurí!

Goza, pues, niña, tu amoroso ensueño,
busca en la tierra tu supremo bien;
y entre los brazos de tu amante dueño
dobla tu blanca y perfumada sién.

No te importune la fatal memoria
de mi pasión desventurada y triste;
olvida, olvida tan funesta historia,
la desventura para tí no existe.

Sólo un favor en mi agonía quiero
que bondadosa me concedas tú,
divina virgen de mi amor primero,
¡blanco lucero de benigna luz!

Quiero que el día que infeliz sucumba
al grave peso de mi suerte impía,
visites tú la solitaria tumba,
donde descansa mi ceniza fría.

Y si el destino me persigue atroz,
y de los mares a merced me entrega,
lánguida eleva tu plegaria a Dios,
y por mi dicha compasiva ruega.

Ruega amorosa por el triste poeta
que sus cantares te consagra así;
él en presencia de la mar inquieta
tierna plegaria elevará por tí.

Y cuando exhale en extranjera playa
de su garganta el postrimer gemido,
tal vez en alas de los vientos vaya
flébil y triste a importunar tu oído.

Y allá en la noche, cuando tú, despierta,
quieras en vano conciliar el sueño,
verás entrar por la entornada puerta
vago un espectro de ademán risueño.

Será mi sombra que a tu alcoba llega
sin un sudario de fatal crespón;
no vengadora, convulsiva y ciega,
sino cual blanca sideral visión.

Irá a rendirte su homenaje tierno
de gratitud, sinceridad y amor;
y allí sabrás el sacrificio interno,
que de mi vida te ofrecí en la flor.

¡Ah! no te asuste mi doliente sombra,
cuando se acerque vagarosa a tí;
¡con leve paso cruzaré la alfombra
y tu albo sueño velaré hasta el fin!

Doquier que vayas seguiré tus pasos,
sin que lo sepas a tu lado iré,
cuando desmayes te tendré en mis brazos,
siempre tu genio tutelar seré.

¡Siempre! ya sea que te halague el ruido
de los festines que los hombres dan,
entre la turba vagaré perdido,
e iré gozando de tu ardiente afán;

o bien ya sea que doliente llores
entre las nieblas de la noche fría,
sobre los restos de marchitas flores,
con que prendiste tu cabello un día;

allí estaré para aliviar tu pena,
tendré palabras que te den consuelo,
hasta que vuelvas con la faz serena
a ver ya limpio y transparente el cielo.

Siempre seré tu cariñoso amigo,
y en tu agonía sostendré tu sién,
hasta que vayas a vagar conmigo
por los jardines del florido Edén.

EL CIPRES

Los que arrastran con frente serena
el rigor de su adversa fortuna,
y al escaso fulgor de la luna
han llorado su amarga aflicción;
los que han visto a una madre adorada
descender a la tumba horrorosa,
y han grabado, llorando, en su losa
una triste y piadosa inscripción;

los que han visto pasar sin sentir
de su infancia la dicha ilusoria,
y aun conservan la grata memoria
de su hermosa y fugaz juventud;
esos sólos comprenden el mudo
y sublime lenguaje del alma,
cuando miran con mística calma,
la asombrosa creación en quietud.

¡Cuán hermosa se ofrece a mis ojos
revestida de pompa salvaje,
con su verde y obscuro ropaje
de la blanca neblina al través!
Pero yo que padezco y que lloro,
acosado de acerbos dolores,
aborrezco sus vívidas flores,
y prefiero el sombrío ciprés.

Sí, prefiero tu fúnebre pompa,
¡oh ciprés melancólico y triste!
porque sé que en tus ramas existe
algo que habla a mi crudo dolor;
porque prestas tu sombra a las tumbas
y amoroso sobre ellas te inclinas,
y entre negros escombros y ruinas
dejas oir tu confuso rumor.

¿Quién al ver tu gigante figura
levantarse entre arbustos dolientes,
en el alma al instante no siente
una tierna y secreta emoción?
Nadie puede mostrarse insensible
de tu aspecto a tan mágico encanto;
tú eres fiel simulacro del llanto,
triste imagen del fiero dolor.

Cuando veo en la sombra nocturna
destacarse tu forma elevada,
como torre ruinosa, olvidada
de su noble y antiguo señor;

me pareces espectro sangriento
del sepulcro terrible evocado,
y en la noche a vagar condenado
de la luna al temblante fulgor.

Y si acaso se chocan tus ramas
al impulso fugaz de los vientos,
creo oir los lejanos acentos
de una virgen que muere de amor;
o que escucho los tristes acordes
de un laúd que suspira armonioso,
a la par del cantar melodioso
del errante, infeliz trovador.

Otras veces oyendo el susurro
de tus ramas unidas y obscuras,
me imagino que triste murmuras,
fervoroso, una triste oración.
o que sombras de amantes dolientes,
que en la noche el Elíseo abandonan,
a tu abrigo confusas entonan
misteriosa y extraña canción.

Revestido de eterna verdura
no te agosta el rigor del estío,
ni te aterran la escarcha ni el frío,
ni te abate el tremendo huracán;
pues resistes su bárbaro empuje
cual si el aura fugaz te moviera,
y te meces cual alta palmera
de los truenos al grave compás.

En tu copa las aves nocturnas
que aborrecen las luces del día,
a favor de la niebla sombría
van sus cantos extraños a alzar,
cual si al mundo quisieran medrosas,
indicar su existencia precaria,
y arrullar con su voz funeraria
de la muerte el descanso final.

El canario, el sensontle y el *guarda*
a tu aspecto sombrío enmudecen,
porque el campo frondoso apetecen,
porque mandan su trino a la flor.
Solamente la tierna paloma
en tus ramas dolientes se posa,
y cual viuda que gime llorosa
triste arrulla su pena y su amor.

Yo también que derramo afligido
una lágrima ardiente, en memoria
de mis muertos ensueños de gloria,
de mi amor desgraciado y fatal;
yo que arrastro mi amarga existencia
de mis lares a inmensa distancia,
sin gozar la silvestre fragancia
de los bosques del suelo natal;

siempre he amado, ciprés, tus encantos
desde una época atrás, desde niño;
y este inmenso y profundo cariño
hasta el día yo siento por tí.
Aun ahora que triste te miro
en la tarde, en silencio profundo,
me imagino que habito otro mundo
donde soy venturoso y feliz.

Y me place en tu tronco apoyado,
cuando el mundo en silencio dormita,
evocar la memoria bendita
de mi loca y audaz juventud;
y elevar mi monótono canto
que al rumor de tus ramas unido,
se asemeja a un extraño gemido
exhalado del negro ataúd.

En tu tronco de musgo cubierto,
palpitante de amor y ternura,
con mi mano temblante, insegura,
una cifra de amor grabaré:

una cifra que escrita con fuego.
en mi pecho en secreto he llevado,
y es el nombre sublime y sagrado
del arcángel divino que amé.

¡Ojalá que la mano del tiempo
cuya furia ninguno resiste,
respetando los votos de un triste,
esas letras respete también;
que una mano profana no venga
a borrar esa cifra ignorada,
algún día ¿quién sabe? ¡mi amada
la leerá conmovida tal vez!

¡Ay! es triste, no hay duda, muy triste,
ver marchitas las flores del alma,
y desear del sepulcro la calma
cuando apenas se empieza a vivir.
¿De qué sirven entonces los goces
que nos brindan falaces mujeres...?
¡son quimeras virtud y placeres,
sólo es cierta la paz del morir...!

Me he sentado al festín de la vida
con el alma sedienta de gloria,
demandando una dicha ilusoria
que la tierra no puede ofrecer;
y en lugar de marchitos laureles,
de guirnaldas perfumes y flores,
sólo he hallado quebranto y dolores,
y tristeza y angustia doquier.

Es la vida una carga pesada:
ya mis débiles fuerzas no pueden
por mas tiempo llevarla, ya ceden
del cansancio al influjo fatal!
Tengo el alma gastada, es forzoso
que por fin en la lucha sucumba,
y me siente en el borde la tumba
el momento terrible a esperar.

Yo no temo los hondos misterios
que en su seno fatídico encierra;
bajaré, y en su almohada de tierra
mi cabeza cansada pondré;
tendré entonces sublimes ensueños,
gozaré de celestes amores,
y por premio de tantos dolores
una palma de mártir tendré.

Sólo quiero cuando eso suceda,
que una mano cristiana y piadosa,
sobre el musgo que cubra mi fosa
de madera coloque una cruz;
que cobije un ciprés funerario
esa huesa del mundo olvidada,
y la bañe en la noche callada
de la luna la trémula luz.

VOTOS DE UN PROSCRITO

I

Lejos de aquí, muy distante,
más allá de esas montañas,
que cubiertas de verdura
al oriente se levantan,
semejando en el espacio
gigantescas esmeraldas,
con su corona de nubes
de una blancura extremada,
que se ofrecen a la vista
del estío en las mañanas,
entre vapores sutiles,
airosas siempre, azuladas;
hay un pueblo, cuya historia
de todos es ignorada,

cuyo nombre melodioso
a nadie la atención llama;
pero que yo llevo escrito
en el fondo de mi alma.
En un valle delicioso,
cual los valles de la Arcadia,
está situado ese pueblo
de memoria dulce y grata:
flores de todos los climas
crecen allí descuidadas,
y con sus gratos olores
el aire puro embalsaman:
fuentes que corren ligeras,
como serpientes de plata,
en sus aguas cristalinas
su bello cielo retratan:
pájaros de mil colores
escondidos en las ramas
de sus florestas umbrías,
himnos melífluos le cantan,
y sus trinos y sus píos
enamorados le mandan,
en las alas invisibles
de las auras perfumadas.
En ese rincón del mundo
mi cuna fué acariciada
por las brisas murmurantes
de sus agrestes montañas;
mi paso primero dí
en esa tierra sagrada,
sostenido entre los brazos
de mi madre tierna y cara...
¡Pobre madre! era tan buena,
¡era una mujer tan santa!
Allí vi correr las horas
deliciosas de mi infancia.
que pasaron tan serenas
como esas nubes de gasa
que cruzan el firmamento,
nacaradas y sin mancha.
En la orilla de las fuentes,

bajo una verde enramada,
sobre una alfombra de flores,
mi cabeza reclinada,
teniendo dulces ensueños
en que entrevía la maga
que después ha presidido
mi juventud desgraciada.
Yo he dejado en esos valles
mis queridas esperanzas,
mis ilusiones de niño,
mis afecciones más caras;
he dejado allí una tumba,
que esas montañas me guardan,
la tumba donde hace tiempo
mi tierna madre descansa...
Por eso, siempre que elevo
en la noche mi plegaria,
por mis pálidas mejillas
corren a mares las lágrimas,
porque traigo a la memoria
a mi querida *Santa Ana.*

II

¡Inextinguible en el fondo
de mi corazón, siempre arde
el amor tierno y sincero
que profeso a esos lugares!
¡Ojalá que siempre el cielo,
en todo tiempo engalane
con las flores más vistosas
sus colinas y sus valles!
¡Ojalá que dé a sus fuentes
murmurios dulces y suaves,
como la voz armoniosa
de suspirantes nayades!
¡Ojalá que inspire trinos
siempre nuevos a las aves,

para que en grande concierto
entre el follaje le canten,
llenando con sus gorjeos
la inmensidad de los aires!
Esto será un gran consuelo
para el corazón amante
del infeliz desterrado,
que suspira inconsolable,
al recordar la alegría
de sus queridos hogares.
¡Ay! hace tiempo que triste
dejé, llorando, esos valles,
para vivir entre el ruido
de otras ciudades más grandes,
donde debía ver muertas
mis glorias harto fugaces,
y apurar después la copa
de amarguísimos pesares!
El corazón se me llena
de una tristeza insondable,
cuando la vista dirijo
al oriente por las tardes,
y veo en el cielo azul
los purpurinos celajes
que me recuerdan mi infancia
y la casa de mis padres...

III

Melancólica y sombría
como la noche está mi alma,
porque alimenta hace tiempo
un amor sin esperanza;
de esos amores que roban
la venturanza y la calma,
que marchitan y que queman
con el ardor de su llama,
las flores de la existencia
y del corazón las alas:

una pasión inocente,
desinteresada y casta,
¡de esas pasiones sublimes
que entristecen y que matan!
Era un niño, cuando un día,
con el alma contristada,
entré en un templo, cansado
de la vanidad mundana:
iba a pedirle a María
que calmase la borrascas
que tan temprano, iracundas
mi corazón agitaban;
iba a pedirle me diese
una compañera casta,
que, con sus risas de miel
y sus ardientes miradas,
el acibarado cáliz
de mi existencia endulzara.
Todo era paz y silencio
en la capilla cristiana;
ya las sombras de la noche
a descender comenzaban,
y los rayos macilentos
del sol de una tarde helada,
con melancólico tinte
el recinto iluminaban;
ni el más ligero ruido
aquel silencio turbaba;
sólo se oía la voz
aflictiva y destemplada,
con que doblaban a muerto
en triste son las campanas.
Estuve por largo rato
con la cabeza inclinada
sobre el pecho, meditando
en la pobreza y la nada
de los goces con que el mundo
nuestros sentidos halaga;
hasta que un triste suspiro,
como el sonido de un arpa
con que sus sentidas quejas

un trovador acompaña,
me arrancó de mis profundas
meditaciones amargas;
volví los ojos y vi
que la que así suspiraba
era una joven hermosa
que ante la imagen sagrada,
como el angel del dolor,
sus lágrimas enjugaba.
Una atracción misteriosa
me hizo fijar la mirada
en el semblante divino
de aquella visión tan rara!
¡Ay! era aquella criatura
la ilusión más pura y blanca
que alimenté en mi niñez
con el alma enamorada:
¡era la virgen bendita
de los sueños de mi infancia...!

Lo que sigue es una página
de la historia de mi alma,
llena de tristes recuerdos,
de suspiros y de lágrimas,
cuya acérrima memoria
el corazón despedaza...

. . . .

¡Esa mujer ya no existe;
la eternidad nos separa!

Por eso, triste y sombrío,
paso mi vida ignorada,
sin ilusiones de gloria,
sin amor, sin esperanza,
¡mil veces más infelice
que el paria que tal vez ama!
Mas puede ser que volviendo
a esos valles, con la calma,
mis ilusiones ya muertas
gloriosamente renazcan:

puede suceder ¿quién sabe?
que las flores marchitadas
del corazón, nuevamente
broten frescas y lozanas,
si yo vuelvo a respirar,
como en épocas pasadas,
¡el ambiente perfumado
de mis queridas montañas!



Juan J. Cañas

A LA SALIDA DEL VAPOR «GOLD-HUNTER»

> No hallan mis ojos mi patria,
> humo han sido mis amores.
>
> ESPRONCEDA

Se va el vapor para la patria mía,
se va y mi pecho de pesar se llena;
se va el vapor, y mi fortuna impía
sólo a verlo partir cruel me condena.

Se va el vapor: escucho la campana
que con su son a navegar convida;
es su aviso final, porque mañana
no estará aquí del sol a la salida.

Se va el vapor: el último silbido
de despedida con el pito da;
tercera vez repite su sonido,
¡a bordo! ¡a bordo! ¡que el vapor se va!

Se va el vapor: ya lento se retira
del grande muelle do lo ví posar,
y su presencia al corazón inspira
tristes recuerdos de su patrio hogar.

Se va el vapor: las ruedas en su giro
baten las olas en confuso afán;
¡se va! ¡se va! ¡y en mi dolor suspiro
sólo por tí, mi bella Cuscatlán! (1)

Se va el vapor: veloz como saeta
por el gran tubo que lo deja huir,
y al disiparse al soplo de la brisa,
mi esperanza como él veo morir.

Se va el vapor: veloz como saeta
las ondas surca, y deja en su cristal
la espumosa parodia de un cometa
que allá lejos se pierde en espiral.

Se va el vapor: ¡adiós, ligera nave
los desiertos marinos va a cruzar,
como los cruza con quietud el ave
que prefiere en las aguas habitar!

Se va el vapor: sublime panorama
triste contemplo al declinar el sol;
su tibia luz sobre la mar derrama
y embellece el bajel con su arrebol.

Se va el vapor: despliega su bandera
mas destroza también mi corazón,
saluda al puerto por la vez postrera,
y truena a bordo intrépido el cañón;

¡Se fué el vapor! allá en el horizonte
a mi débil mirada se ocultó,
al penetrar en el espeso monte
que de nubes monstruosas se formó.

¡Se fué el vapor! ¡a cuántos mano en mano
con envìdia miré decirse adiós,
al lanzarse tal vez en el océano
de esperanzas quiméricas en pos!...

(1) Nombre indígena de la República del Salvador.

Es muy triste suspirar
en un lugar extranjero
por la tierra do primero
la luz del sol se miró;
tener que sufrir las penas
con que se oprime la mente,
al comparar el presente
con el tiempo que pasó.

Es tristísimo vagar
cuando a una mujer se adora,
si cobarde siempre llora
lejos de ella el corazón.
Y tener dentro del alma
su bella imagen grabada,
y la razón agobiada
por imperiosa pasión.

Y en fin, entre tormentos,
dudas, amor y esperanza,
semejante a una balanza
perpetuamente oscilar;
no hay vida, no, más ingrata
que la del pobre que vaga,
pues si un recuerdo le halaga
tal vez le impele a llorar.

UN RECUERDO

A...

¡Oh noche confusa,
sombría, espantosa,
al alma medrosa
le inspiras horror.
Tu manto cobija
la tierra y el cielo,
y aumenta mi duelo,
mi pena y dolor!

Tú fúnebre sombra
que pasa tranquila,
mi débil pupila
pretende romper.
No hay luz... nada veo,
no hay bellos colores.
¡oh noche! no hay flores,
no ofreces placer!

Tan sólo se escucha
discorde murmullo.
cual lúgubre arrullo
se siente rodar;
un choque imponente
del trueno parodia,
solemne salmodia
que entona la mar.

Las negras montañas
los ecos modulan,
que en ellos circulan
gimiendo al morir.
que absorto me dejas,
repite las quejas
¡oh inmenso fantasma,
de mi hondo sufrir!

De nave flotante
sentado en la popa,
bebiendo en la copa
de rudo dolor;
invoco en mi auxilio
marchitas memorias,
risueñas historias,
recuerdos de amor.

¡Venid con la luna
y estrellas brillantes,
cual ricos diamantes
también rutilad!

¡Venid! y en mi seno.
reflejos del alma,
con mística calma
benignos posad.

El recuerdo es un perfume
con que el alma se adormece.
blanco lirio que aparece
cuando el tedio nos consume.

Es pintada mariposa
que, vagando entre las flores,
roba de ellas los olores
que nos brinda cariñosa.

Es un eco desprendido
de concierto misterioso,
blando, suave, melodioso
y entre sombras escondido.

Es la luz que entre nublados
nos descubre mil placeres.
serafines y mujeres,
y festines olvidados.

En otro tiempo, se dice,
porque otro tiempo es el poema,
es la historia, es el emblema
de cuando uno fué felice.

Yo, también, ¡ay vive Dios!
escuché con alegría
cuando, te amo, me decía
en otro tiempo una voz.

Era un angel cuyo acento
dulce, claro celestial,
como el canto del turpial
avasalló el pensamiento.

Una noche... el resplandor
de la luna y las estrellas
alumbró nuestras querellas,
nuestros delirios y amor.

¡Pobre niña!... ¿por qué amar
a tan triste marinero,
que en tierra vive extranjero,
pues que su patria es la mar?...

¿No sabes tú que el marino
cuando recio sopla el viento,
pone amor y juramento
en alas del torbellino?...

¿No sabes, dí, que se entrega
inconstante a otra esperanza
cuando a otro mundo se lanza,
cuando las velas desplega?...

¿Ignoras que con afán
tiernos suspiros exhala,
solamente si no iguala
su bajel al huracán?

¡Pobre niña! y ¿por qué amar
al ingrato marinero
que con ansia va ligero
nuevas bellas a buscar?

Mas no creas, no, mi bien,
tú que vives en mi mente,
que yo pose blandamente
en otro seno la sien.

No debes nunca temer
que por cariño bastardo,
cambie un recuerdo gallardo
como el sol, bello al nacer.

Porque eres tú, dulce maga
de inmaculada hermosura,
blanca flor, estrella pura
que mis ensueños halaga.

Eres tú quien mis enojos
y mi negra pesadumbre,
sabes destruir con la cumbre
de tus lindísimos ojos.

Bella y cándida azucena
impregnada de fragancia,
que a tan inmensa distancia
piadosa alivias mi pena;

yo te ofrezco mi pasión,
recuerdo, fe y esperanza,
mientras a llegar alcanza
a tus pies el corazón.



Joaquín Aragón

LA MUJER

A la señorita Dolores Irrizari

Fuerte es el hombre, la mujer hermosa:
nace la tentación, habla y espera...
¡Y la infeliz sin luz!.. El hombre es fiera
si no educa a la madre y a la esposa.

Dios hizo a la mujer de miel y rosa
para que dulce y agradable fuera:
dióle, para que el vuelo alzar pudiera
con alas de angel, ímpetus de diosa.

¿Y cómo en las tinieblas sumergida
podrá cumplir con su misión sagrada?
¡Pobre alondra entre rejas, no alza el vuelo!

Mas dadle libertad, la vida,
y la veréis de estrellas coronada
angel y diosa remontarse al cielo.

TUS OJOS

Me dijo una vez un sabio:
con los ojos habla amor
mucho más que con el labio,
¡guarda de un ojo traidor!

Mas yo por mi mala suerte,
su consejo despreciando,
siempre los tuyos mirando
en ellos bebí la muerte.

¡Lila, por Dios, esos ojos...
Yo no sé qué haga con ellos:
me anonadan sus destellos,
me aniquilan sus enojos!

Alma y vida me arrebatan
y sólo crueldad respiran,
si no me miran me matan,
y me matan si me miran.

Mas ¿qué es morir, si el consuelo
tengo de verlos lucir?
¡Morir por mirar el cielo!...
¡Cuan dulce es así morir!

Mas ya me ves con enojos:
¿por qué me miras así?
¡Ay! cierra, Lila, esos ojos,
o no respondo de mí.

Que en ellos veo el furor
en toda su inmensidad,
que tiene la tempestad,
la tempestad del amor.

Ya está tu rostro sereno;
mas, ¿por qué en llanto revienta?
¡Es verdad que en pos del trueno
siempre viene la tormenta!

Sartas de líquidas perlas
manan ya de tu pupila...
No llores, que siento, Lila,
tentaciones de beberlas.

Tú con tus ojos me asombras:
unidos están allí
junto con la luz las sombras,
junto con un no, un sí.

Ora veo el iris, ora
la borrasca miro en ellos:
¡bien haya, Lila, la hora
en que me perdí por vellos!

Que aunque no verlos, quisiera,
porque me causan sonrojos,
¿quién no ha de ver unos ojos
que miran de tal manera?

Echada está ya mi suerte,
no hay poder que me contenga:
¡venga en buena hora la muerte,
como de tus ojos venga!

TECUM UMAN (*)

¿Y por qué no? ¿acaso no están llenas
de la valiente sangre generosa
de la raza quiché todas mis venas?
¿Por qué no he de cantar la muerte honrosa

(*) Príncipe de la sangre real del Quiché, que murió en un desafío con Don Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala, cuando se libraba la batalla de Xelahuh.

del ardido Tecum, que en las arenas
de la llanura de Xelahuh (1) gloriosa,
defendiendo al Quiché, fué derribado
por la lanza de Pedro de Alvarado?

Tú que le viste ¡oh Dios! caer herido
como al ceibo que airoso y arrogante,
desafía a las nubes, atrevido,
y el rayo le derriba en un instante,
dame, Señor, de hinojos te lo pido,
una centella de tu luz brillante,
que ilumine mi pobre pensamiento
para cantar del indio el ardimiento.

Descansa Don Pedro de Alvarado
en Xelahuh, ciudad fuerte y hermosa,
cuando por sus espías fué avisado,
que una falange de indios numerosa,
le enviaba Oxib-Qüeh, (2) el desgraciado,
y que Tecum el de la mano briosa,
comandando el ejército venía
y que al teule (3) arrojar se proponía.

A esperar a Tecum salió el guerrero
español, en tres cuerpos dividiendo
sus tropas, y cedió a Portocarreño,
el mando de uno de ellos, ofreciendo
a Hernando Chávez otro y el postrero
se reservó para él, el centro haciendo
del castellano ejército esforzado,
por indios tlascaltecas reforzado.

---

(1) Ciudad fuerte del reino del Quiché, situada cerca de la actual Quezaltenango, en la República de Guatemala.

(2) Oxib-Queh y Beleb-Tzy, últimos reyes del Quiché, que perecieron en la hoguera, por orden del bárbaro Don Pedro Alvarado, el día viernes santo de 1525.

(3) Los aborígenes llamaban teules a los españoles, palabra equivalente a dioses, como llamaban a Alvarado Tonatiuh, esto es sol. (N. del A.)

Igual distribución Tecum había
hecho en sus fuerzas. Entre nubes de oro
asomaba en oriente el rey del día:
con roncas voces el clarín sonoro
a la hueste española prevenía
que Tecum se acercaba, haciendo coro
al clarín, con sus gritos, los millares
de belicosos indios auxiliares.

Llegó Tecum-Umán: era un valiente,
que apenas treinta y nueve años contaba,
mirada audaz, altivo continente,
ancho de espaldas: su cabeza ornaba
una diadema de oro refulgente,
manto de plumas de quetzal llevaba;
y en su frente serena se leía
la nobleza, el valor y la energía.

La lucha se empeñó: el dios de la guerra
miraba complacido los estragos
que causaba la lid: dejó en la tierra
la sangre del Quiché profundos lagos,
estremecióse la vecina sierra
al mirar de la muerte los amagos,
y era tanta la atroz carnicería,
que el suelo un mar de sangre parecía.

El castellano goza en la matanza,
el arcabuz los aires ensordece;
resiste el indio, el castellano avanza,
y la carnicería crece y crece:
lluvia de dardos al espacio lanza
el Quiché, que a la cólera obedece...
Lidian, forcejean, hácense pedazos,
y a los ayes responden cañonazos.

Los ochenta ginetes de Alvarado,
que no habían tomado todavía
parte en la lucha, al indio desgraciado
atacan con furor: la gritería

y confusión aumentan; e indignado
Tecum-Umán al ver tanta osadía,
dominando los gritos y algazara,
a Pedro de Alvarado, a hablar se para.

Tonatiuh, dijo, que de luenga tierra
a usurparnos la nuestra habéis venido,
con vos trayendo destrucción y guerra,
¿qué derecho para ello os ha asistido?
En el valle, en el llano y en la sierra,
furioso, nuestra sangre habéis bebido:
¡yo no pensaba que los blancos, siervos
del rey, blanco, serían tan protervos!...

Vivíamos tranquilos recogiendo
el fruto de la paz, nuestras esposas
vivían nuestras túnicas tejiendo
y amamantando tiernas y amorosas
a nuestros tiernos hijos, bendiciendo
a los dioses del cielo y a las diosas;
pero venisteis vos y un tributo
nos arrancáis de lágrimas y luto.

Vos habéis nuestro lecho profanado,
robado nuestro pan, habéis vendido
como esclavos al niño, al encorvado
anciano, al sacerdote bendecido
y, a la doncella; en fin, habéis quemado
nuestros templos y hogares; y habéis hecho
muchos males ¿y aun no estáis satisfecho?

Varias veces el sol ha aparecido
desde que vos ¡oh Tonatiuh inhumano!
a nuestra pobre tierra habéis venido:
nosotros os tendimos nuestra mano,
y vos y vuestros teules habéis sido
para nosotros látigo tirano.
Como a un Dios os tratamos y hoy en pago
en nuestra raza hacéis tamaño estrago!

Vuestro aliento letal cual la canjura (1)
y más que el manzanillo venenoso;
nos trajo Tonatiuh, la desventura,
así como en sus alas el furioso
huracán suele traer la peste impura.
¡Engendro de la muerte, hijo orgulloso
del Dios del mal, de lo que hacéis alarde,
venid, lidiad conmigo ¿o sois cobarde?

Así dijo Tecum; y en ira ardiendo
le contestó Alvarado: Perro, ahora,
lo juro por el Dios que me está viendo,
probarás de mi diestra vencedora
el furor espantoso. Estrago horrendo
en tus tropas haré: llegó la hora
en que mueran a manos de mis bravos,
y que venda a tus hijos como esclavos.

Y el indio contestó: no con la muerte
queráis amedrantarnos, no os tememos,
que en nuestro corazón ardido y fuerte
nunca moró el temor: si perecemos
culpa será de nuestra ingrata suerte,
no de nuestro valor: venid, lidiemos;
mas no vengáis cual niño o cual anciano,
venid como guerrero, lanza en mano.

Calló Tecum-Umán; y Alvarado
sin hablar, de coraje enardecido,
avanzó contra el indio denodado,
como león africano que han herido.
Llega... se acerca... y con ojo airado
se contemplan los dos. Nadie atrevido
osó evitar la singular batalla:
el campo todo se estremece y calla.

---

(1) Canjura y manzanillo, plantas venenosas de la familia de las euforbiáceas. (N. del A.)

Así como el rabioso tigre hircano
cuando se encuentra con el león, rugiendo
contra él se lanza con furor insano,
abierta la ancha fauce, despidiendo
rayos de ira y el valle comarcano
con su bramido horrísono aturdiendo,
y escarbando furioso el alma tierra
y haciendo estremecer toda la sierra.

Así Tecum Umán sobre Alvarado
se lanzó, respirando odio y venganza,
y le arrojó brioso y denodado
uno tras otro golpe, con su lanza,
a los que contestaba el esforzado
ibero campeón. Con más pujanza
arremetió Tecum y con su acero
matar logró el caballo del ibero.

El valiente Alvarado, de ira ciego,
se arrojó contra el impío que arrogante,
la frente erguida le esperó; y luego
Tecum, al pensamiento semejante,
tiró a Don Pedro dos lanzadas: fuego
despedía de entrambos el punzante
acero, y retemblar la tierra hacían;
¡tan grande era el furor con que reñían!

Forcejaba Don Pedro, pero en vano,
por herir al indígena, y rabioso
fulminaba contra él el hierro insano;
Tecum se defendía valeroso;
cansado empero, al Marte castellano
iba presto a ceder, cuando airoso
quetzal (1) enorme vió que descendía
del cielo y a su lado se ponía.

---

(1) Ave de vistoso plumaje que abunda en los bosques de Guatemala y Honduras.

Nuevos bríos cobró Tecum al verlo,
pues conoció que era el nahual (1) querido
que del Teule bajaba a defenderlo:
y arremetió otra vez contra el temido
castellano, adalid que, sin quererlo,
retrocedió; el quetzal osó atrevido
atacar a Don Pedro a picotazos,
mientras lo hacía el príncipe a lanzazos.

Al mirar que el quetzal le acometía,
el airado Don Pedro sin tardanza,
mientras que de Tecum se defendía,
logró clavar al pájaro su lanza;
y al ver el indio al ave que yacía
bañada en sangre; a recogerla avanza,
respirando furor; pero Alvarado
la lanza le clavó por un costado.

Caliente sangre borbotó la herida,
la vista le empañó tiniebla obscura;
y por tierra cayó Tecum sin vida.
Estremecióse toda la llanura
con el golpe fatal de la caída
que llenó a todo un pueblo de amargura,
y del Quiché los cerros agitaron
la cabeza, y así se lamentaron:

Tecum-Umán, valiente entre valientes
y grande entre los grandes, no el olvido
te envolverá en sus sombras inclementes:
pregonará tu nombre esclarecido
la Fama augusta; y las futuras gentes
irán diciendo así: «gloria al vencido
y oprobio al vencedor», y a tu memoria
consagrará sus páginas la historia.

---

(1) Había entre los indígenas Centro-Americanos la costumbre de que llegados a cierta edad, escogían un animal cualquiera, al que llamaban su nahual, y creían que él era su compañero y amigo que les defendía y ayudaba en todas las ocasiones de su vida, y que cuando moría debían morir ellos también. Esa creencia repugnante era lo que constituía el nahualismo. (N. del A.)

Mas ¡ay Quiché infeliz! ¡ay desgraciados
hijos de Gucumatz! (1) ya no los píos
sacrificios haréis a los amados
dioses: ya no los frágiles navíos,
de seculares cedros fabricados,
las aguas surcarán de vuestros ríos,
cual en mejores tiempos: pronto errantes
vagaréis por las selvas más distantes.

Ya no seréis guiados por la mano
de vuestro rey Oxib-Qüeh; al fuego
condenará el terrible castellano
templos, palacios y ciudades: luego
al niño, a la doncella y al anciano
degollará Tonatiuh, de ira ciego;
y llenos de pavor por los barrancos
huiréis por la fiereza de los blancos.

Sufriréis largo tiempo esos extraños;
pero día vendrá en que valerosos,
a la Iberia digais: ya no los daños
que causaron vuestros hijos orgullosos,
queremos tolerar; ya muchos años
hace que les sufrimos silenciosos;
mas hoy nuestros derechos pediremos:
hombres nacimos; libres viviremos.

Y seréis libres. Y tendréis asiento
en la asamblea augusta de naciones
civilizadas; donde quiera al viento
libres tremolarán vuestros pendones.
Y seréis grandes: nadie atrevimiento
tendrá para manchar vuestros blasones,
que respeto os tendrán, tanto en la guerra,
como en la paz, los pueblos de la tierra...

¿Habéis acaso visto una manada
de tímidos corderos que paciendo

(1) Gucumatz, caudillo de los quichés a quién, después divinizaron.

están la verde yerba en la explanada,
ajenos de temor, cuando rugiendo
el lobo, al ver la presa codiciada
se avalanza contra ella; y ellos, viendo
al lobo, en tropel huyen y en la huída
él a muchos despoja de la vida?

Así los pobres indios al mirarse
sin su jefe, y al ver al de Alvarado
cual hinchado torrente, avalanzarse
contra ellos, orgulloso de haber dado
la muerte al gran Tecum, para salvarse
huyeron en tropel desordenado;
pero él los alcanzó y en ese día
hizo en ellos atroz carnicería.

Al sol cubrió de polvo nube obscura;
y el genio del Quiché, al ver la derrota
de los indios, con voces de amargura,
así empezó a decir: la sangre brota
de tu pecho, la regia vestidura
mira ¡oh Quiché! en mil pedazos rota:
¡dura es contigo la inflexible suerte!,
mas la vida te da al daros la muerte...

Vosotras brisas de la tarde ardientes,
que oreásteis la sangre de millares
de magnánimos indios inocentes,
que por su rey lidiaron y sus lares,
y el ibero mató: a esos valientes
campeones de su patria y sus hogares
decidles: que el Quiché ya está vengado,
y es pueblo libre, culto y esforzado.

Ignacio Gómez

ELEGIA

ESCRITA EN EL CEMENTERIO DE UNA ALDEA

Traducción del inglés, de Gray

The curfew tolls the knell of parting day &

Ya el bronce anuncia el moribundo día,
torna al redil la grey con ronca queja,
el rústico a su hogar la planta guía
y a las sombras y a mí la tierra deja.

La noche cubre con su manto el mundo:
reina el silencio, excepto do se mece
el insecto con vuelo vagabundo
y el cencerro las cabras adormece.

Desde esa torre, envuelta en yedra, exilio
de horror el buho, quéjase a la luna
del que turba su añoso domicilio
y en su lúgubre imperio le importuna.

A la sombra de ese olmo y de esos tejos,
bajo el césped que el túmulo rodea,
del vano mundo y de los hombres lejos,
duermen los rudos padres de la aldea.

El dulce canto de la nueva aurora,
la voz del gallo en el pajizo techo,
o la caza con trompa atronadora
no llegarán hasta su humilde lecho.

El doméstico hogar para ellos no arde,
ni emplea esposa sus cuidados tiernos,
ni hijos aguardan al caer la tarde,
a disputar sus ósculos paternos.

A los filos de su hoz la mies cedía
y la tierra a sus surcos su regazo:
¡cuán ufanos araban algún día!
¡cuál cedían los bosques a su brazo!

No escarnezca ambición con ligereza
su obscura gloria y plácido destino,
ni con desden escuche la grandeza
los anales del pobre campesino.

Cuanto el mortal sobre la tierra halaga,
la belleza, el poder, el genio, el arte,
todo a la muerte su tributo paga:
nada su hora a evitar un punto es parte.

No les culpe el orgullo si en su tumba
la memoria obeliscos no levanta,
si su elogio en el templo no retumba
ni adulación su antífona les canta.

¿Puede la urna o el busto, por ventura,
reanimar su cadáver macilento?
¿Ablandará la voz la Parca dura,
desde el marmóreo frío pavimento?

Bajo estas losas duerme acaso helado
pecho que ardiera en generosa pira,
manos que el cetro hubieran empuñado
o pulsado las cuerdas de la lira.

Mas para ellos no abrió la madre ciencia
sus arcanos preñados de despojos:
su ardor heló la estéril indigencia
y los rayos de luz negó a sus ojos.

Preciosas perlas bajo la onda yacen
al hombre ocultas en ignota estancia:
risueñas flores en el yermo nacen
y al vago viento exhalan su fragancia.

Aquí algún Hámpden, que a opresión osado
supo oponer incontrastable frente,
algún Milton sin gloria está enterrado,
algún Cromwell, de estragos inocente.

Su hado vedoles fatigar la gloria,
la desgracia arrastrar, verter los dones
de abundancia en su patria, y leer su historia
a la atónita faz de las naciones.

Ni sólo las virtudes ahogó acaso:
los crímenes también la suerte adusta,
les vedó en sangre a un trono abrirse paso,
y la tierra oprimir con mano injusta.

Apagar el pudor que al rostro asoma,
sofocar la verdad, y en holocausto
tributar de las musas el aroma
al necio orgullo, al ostentoso fausto.

Lejos del mundo y su ilusión mentida,
no fué su anhelo de su esfera indigno,
y en los obscuros valles de la vida
llenar supieron su tranquilo signo.

Para librar su féretro de insulto,
feble memoria, alzada aquí a su nombre,
con tosca rima y con buril inculto
pide un tributo de dolor al hombre.

Su edad, su nombre, en rudo cenotafio,
el hueco suplen de elegía y fama,
y la moral de rústico epitafio
el poder de la muerte allí proclama.

Pues ¿quién, víctima nunca del olvido,
dejó los gozos que la vida encierra
sin lanzar con espíritu abatido
largo suspiro a la risueña tierra?

De aquel brazo que en vida fuera caro,
natura se ase hasta el postrer momento,
y en las cenizas del sepulcro avaro
arde su llama, anímase su aliento.

Y tú que cantas en laúd, de verde
ciprés ceñido, su modesta historia,
tal vez un día el caminante acuerde
una pregunta vaga a tu memoria.

Y algún zagal respondiérale triste:
«vímosle un tiempo cuando apenas dora
la luz el prado, que la yerba viste,
barriendo ansioso el llanto de la aurora.

Bajo ese fresno, que alza sobre el suelo
su caprichoso tronco, se tendía,
contemplando las ondas del riachuelo
cuando el sol se acercaba al mediodía.

Junto aquel bosque, cuya voz se escucha
como en escarnio, triste y pensativo,
cual quien padece borrascosa lucha,
vagaba solo con semblante esquivo.

Faltó su huella en la alta cumbre un día,
junto al arroyo y arbol frecuentado:
volvió la aurora, y ni en la selva umbría,
ni en la colina, el páramo, ni el prado...

Al tercer día, con plegarias graves,
vimos llevarle en féretro mezquino:
llega a leer su epitafio, pues que sabes,
bajo la sombra de ese añoso espino.»

En el regazo de la tierra fría
duerme ignoto a la fama y la fortuna.
La ciencia vió al nacer, melancolía
por hijo suyo le marcó en la cuna.

Fué generoso, sincero; y el cielo
premio le dió de sus virtudes digno.
A la desgracia no negó un consuelo,
y un amigo debió al hado benigno.

Sus flaquezas encubra obscura losa,
su asilo vele su memoria inerme:
allí esperanza trémula reposa,
y con su padre y Dios tranquila duerme.

LA CANCION DE MEDORA

TRADUCCIÓN DEL CORSARIO

Poema de Byron

Hondo en el alma mía, para la luz perdido,
devora su gemido mi secreto fatal:
si tu mirada acaso su sobresalto excita,
el temblor que la agita torna al punto a callar.

Oculta allí en su seno brilla sepulcral llama
y por siempre derrama su exánime esplendor:
no ya cual otro tiempo, que en vano hoy resplandece;
pero no la obscurece la sombra del dolor.

No me olvides, no estampes en mi tumba tu huella
sin pensar en aquella que yerta duerme allí;
que el único tormento que hiela mi energía
es que se borre un día mi memoria de tí.

Oye mi ardiente ruego, mi postrera plegaria:
si en la urna funeraria es lícito el dolor,
una lágrima sólo es todo lo que quiero,
único y postrimero premio de tanto amor.

A JUAN JACOBO ROUSSEAU

Rousseau inmortal, tu mágica elocuencia
vistió el dolor con ilusiorio manto,
y en las pasiones derramó el encanto
del místico ideal de la demencia.

Del sentimiento la genuina esencia
que en tus ficciones hace dulce el llanto,
te forjó la cadena del quebranto
que hizo infeliz tu mísera existencia.

De tí partió aquel rayo que debía
romper el cetro del poder sangriento,
a pesar de la hoguera y de los reyes:

Tú en el caos de la opresión impía
diste a los pueblos, con tu ardiente ejemplo,
entre rayos de luz... ¡derechos, leyes!



Enrique Hoyos

TE CONOCI Y LLORE

¡Oh, cuán triste es vivir, vivir penando
y sentir siempre ardiente el corazón,
y en lo íntimo del alma estar luchando
contra el poder de indómita pasión!
    ¡Mas yo te ví, mujer!... ví tu hermosura
    y tus hechizos celestiales ví,
    y desde entonces, ciego y sin ventura,
    todo es pesar, tristeza para mí!
Es triste todo para el alma mía;
triste miro del alba el arrebol;
triste veo pasar el claro día,
¡y triste miro al fin ponerse el sol!
    Llega la noche... y adormece al mundo;
    descansan todos, todos menos yo,
    porque mi pena y mi dolor profundo
    no me dan tregua ni un instante, ¡no!...

LORENZANA

SONETO

De la vida en el áspero camino
fuí feliz, venturoso al encontrarte,
pues entonces, mi bien, llegué a jurarte
mi fiel amor, hasta el sepulcro fino.
Ahora en tu cumpleaños, me imagino
que ya te amaba aun antes de formarte
el eterno, que quiso reservarte
para aliviar mi bárbaro destino.
Por eso en tan feliz, alegre día
yo te ofrezco de nuevo mi ternura
y te ofrezco el amor del alma mía;
y gocemos aquí de la ventura,
mientras los dos, con mística alegría
despleguemos el vuelo hacia la altura!

SONETO

Para la tumba del benemérito Coronel José A. Carvallo, que murió en la campaña de 1845

La patria, en llanto amargo sumergida,
fija sus ojos en la humilde losa
bajo la cual exánime reposa
el hijo que esforzado le dió vida.
De negro luto viste, y afligida
de su trono desciende; y de hermosa
cabeza aparta una guirnalda hojosa
de fúnebre ciprés entretegida;
y al colocarla en la modesta huesa
de los valientes que morir supieron
antes que ver la patria envilecida,
así nos habla a todos: «aquí empieza
vida inmortal que aquestos adquirieron,
¡mitad su virtud esclarecida»!

CANTO POPULAR

Mira cuan bella la luna
se encamina hacia el zenit,
ostentando su hermosura
en su carro de marfil:
Mira la luciente estrella,
que vagando en el zafir,
sigue sus pasos y alumbra
cual encendido rubí:
Pues esa luna eres tú,
esa estrella soy yo,
que también sigue tus pasos
como el persa sigue al sol.
Mira la modesta flor
que se mece en el pensil.
Recogiendo el suave olor
de la rosa y el jazmin:
Y mira volar inquieta
una abeja por allí,
ansiosa buscando el cáliz
que apenas se ve entreabrir:
Pues esa flor eres tú,
esa obejita soy yo,
que camina en pos del día
de ver pagado mi amor.
Mira la pintada alondra,
que festiva en el Abril,
atraviesa el ancho espacio
cantando su sér feliz!
Y fija en ella sus ojos
sin osar su labio abrir;
Pues esa alondra eres tú,
esa ovejita soy yo,
que al preludiar mi laud
lanza al aire triste son.

Mira el bajel majestuoso
que se pierde en el confin,
dejando en pos ancho surco
de blanca espuma y turquí;
y mira como a lo lejos
aquel dorado delfin,
luchando entre amargas ondas,
procura al bajel seguir;
pues esa nave eres tú
y ese delfin soy yo,
que en vano sigo los pasos
de quien nunca me esperó.
Mira, por fin, ¡oh, Delina!
Por tu amor cuanto sufrí,
¡mira cuánto eres ingrata
y cuánto soy infeliz!...
Tú eres la luna que alumbras
mi desgraciado existir;
tú eres la flor que embalsama
lo amargo de mi vivir.
El ancla de mi esperanza
eres tú; y si mi amor
pagas fina, ¡tú serás
mi puerto de salvación!

Doroteo José Guerrero

LA VOZ DE LA MUJER

Para mitigar las penas
del hombre, ¡triste proscrito!
y cual bálsamo bendito
al humano padecer;
Dios creó una lira sublime:
toda ella ritmo, armonía,
toda cadencia, poesía,
y es la voz de la mujer.

¿Has oído entre las brisas
un rumor grato armonioso,
que nos saca del reposo
con promesas de placer?
Es eco de una arpa mágica:
¡bella ilusión de la mente,
es una dicha sonriente,
es la voz de una mujer!

Goza el alma y se extasía
cuando el ave enamorada,
canta con nota inspirada
al alba, al amanecer;
pero de un modo mas bello
y más grato aún la hiriera,
si en esa canción se oyera
el eco de una mujer.

El desterrado infelice
a caminar condenado,
lejos de su suelo amado
que jamás volverá a ver;
  tregua a su dolor le diera
y un rayo más de vida,
la vibración condolida
de la voz de una mujer.

Se conmueve el alma toda;
(Pero el ánima sensible,)
al influjo irresistible
de un dominante poder;
  si oímos en desventura
lánguida sentida y bella,
la sollozante querella
del labio de una mujer.

Más, si en medio al sufrimiento
o congoja que nos mata,
se escucha una nota grata
que enajena nuestro ser;
  es vibración celestial
que ha descendido a este suelo,
es la canción del consuelo,
es la voz de una mujer.

Cuando en hora inesperada
trae en sus alas el viento,
un emocionante acento
que nos hace estremecer;
  es del angel del amor
sinfonía dulce y suave,
es el gorgeo de una ave,
es la voz de una mujer.

Pero hay una voz suprema
casta, amorosa y bendita,
que nunca el rencor suscita;
pues no sabe aborrecer.

Esa es la voz maternal:
la única que bien nos quiere;
fénix de amor que no muere
es la voz de esa mujer.

Solo tiene bendiciones;
y si alguna vez reprende,
su acento jamás ofende;
porque allí anida el querer.
Bendice cuanto queremos:
porque más que ama, ella adora:
cuando suspiramos, llora;
el labio de esa mujer.

En el momento postrero
mudo, solitario y triste,
de abandonar cuanto existe
con rumbo al Suprémo Ser;
menos cruel el trance fuera
si escuchara en mi tormento,
el materno y casto acento,
la voz fiel de esa mujer.

LO QUE ES UN RIZO

¿Sabes tú lo que es un rizo?
Un hechizo
que Dios le dió a la mujer;
y si rubios los ostenta,
acrecienta

de su hermosura el poder.
Si los rizos nos atraen
cuando caen
en lindísima espiral,
es que imitan al incieso
grato y denso

provocando a venerar.
De esa abundante madeja
que semeja,
ondas de la mar azul,
cada bucle fué fundido
por Cupido,

de haces rubios de la luz.
Para mí el rizo es tesoro
que ni el oro,
puede igualar en valor,
cuando es reliquia preciosa
que una hermosa

nos dá en prueba de su amor.
Una eterna o transitoria
pena ó gloria
nos hace a solas narrar,
que debiera cada hombre
con su nombre,

en su tumba sepultar.
Cuando un haz de luz refleja
tu madeja
desafiando al mismo sol,
cada hebra es un hilo de oro
insonoro;

más de invaluable valor.
Si tu regia cabellera
no tuviera
tan bellos bucles allí;
Lisi, yo siempre te amara;
más buscara

blondos rizos para tí.
Porque es para el hombre el rizo
un hechizo
que Dios le dió a la mujer:

que si airosa los ostenta,
mas aumenta
la pasión en nuestro ser.

A CUBA

CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL GENERAL ANTONIO MACEO

(Petición del doctor I. Domingo Arce)

Murió en la arena el gladiador cubano
bajo la corva garra enfurecida,
del león que advierte que será perdida
la presa débil que retiene en vano.

Saldrá otro Mario audaz como el Romano
de la sangre plebeya hasta hoy vertida,
que en la titánica lucha hoy fratricida
dome el altivo orgullo castellano.

No desfallezcas, Cuba, ante esa muerte,
que enardece al indómito soldado:
escrito está:—*España ha de perderte*
dentro el siglo del hombre emancipado (1)
libre en su origen fué la humanidad,
debes tú conquistar tu libertad.

---

(1) En 1898, antes de acabarse el siglo, España perdió a Cuba.

Cuando en 1897, pasó por Sonsonate don Joaquín Arciniegas, recogiendo autógrafos de escritores centroamericanos, le escribí con la fecha de ese año este soneto. El lo tiene. El señor Ariciniegas me exigió la condición de que yo no publicara esta composición antes que él. Yo he cumplido. Pero como a esta fecha, hace 17 años, me creo desligado de mi compromiso y con libertad para publicarla.

San Salvador, julio 7 de 1914.

MARAVILLAS DEL PROGRESO DEMOCRATICO

Cual yergue la joven democracia
sin pompa ni atavíos recargados,
y cuan serena la mirada espacia
por el confin de mundos ignorados.
Bella y gentil, tranquilo continente,
clámide azul y túnica albicante,
pura y feliz, camina alta la frente
en su carro triunfal y dominante.
Lleva en la diestra el Código sublime,
o magna carta, escrita con fulgores,
decálogo que al hombre le redime
del irritante yugo de opresores.
En la otra, con la oliva entrelazado,
el mirto fraternal amante ostenta;
el grillete a sus pies va destrozado,
aureola de iris conjura la tormenta.
La plúmbea nube que su paso marca
es del vapor indómito y fecundo,
que a la barbarie ilustra en la comarca
derramando el progreso por el mundo.
Tras ella van los Cíclopes modernos
los elementos todos domeñando
y cual astros de brillos sempiternos
la sombra de ignorancia iluminando.
Allí van Franklin, Morse y Edison
que a José arrebatáronle su rayo,
y sentado en el aire va Dumont
convirtiendo a Eolo en su lacayo.
Y madama Curie en un mineral
sorprende y roba a la Naturaleza,
el radio, de igniscencia perennal
cual haz de un Sol, que a desgastarse empieza.
Y el joven Fulton con audacia suma
a Neptuno arrebátale el tridente,
y forja el aspa que vomita espuma
y la férrea caldera efervescente.

Y Marconi, la ráfaga invisible
de eléctrica substancia volandera,
cual sabio nigromante incomprensible
la transforma en su dócil mensajera.
Son estos, como Dioses. Luz encienden,
en jirones de espesa obscuridad;
y como cóndores el eter hienden,
o cual Tritones juegan con el mar.
El poeta griego concibió la idea
del Tonante, el Pegaso y de Neptuno,
y cuanto el mito heleno antiguo crea,
estos hoy lo realizan de consuno.
Son ellos los fanales que han surgido
del abismo de cielos liberales, (1)
desque la Libertad ha suprimido
egoísmos estériles, mortales.
La Diosa Libertad, ¡cuanto portento
riega doquier con mano bendecida,
cuál se espande y sublímase el talento
para dar a lo ideal materia y vida!
Dentro la jaula el pájaro no canta
con júbilo y vibrante variedad,
sinó en la libre rama de la planta
o vagando en la azul inmensidad.
El reloj de los tiempos marcó la hora,
el carro marcha con veloz carrera;
va a cumplir su misión benefactora
de redimir la humanidad entera.
Será la decoración el porvenir,
de genuinas naciones imperiales:
de esa Alemania y Rusia va a surgir
el Genio de los pueblos liberales.

---

(1) Todos estos célebres inventores son súbditos de Naciones Republicanas, a excepción de Marconi; pero la monarquía Italiana es constitucional y altamente democrática.

Joaquín Mendez

LO QUE DIJO UNA NIÑA

Se hablaba ayer, en íntima tertulia,
de que el gran Víctor Hugo había muerto,
y cada cual, entre asombrado y triste,
así le consagraba sus recuerdos:

—¿Quién es y qué merece?—exclama un joven:—
Mucho amor en la tierra y en el cielo
al amigo constante del que sufre,
al defensor del débil y del bueno.

Una madre.—Es Jesús que ama los niños.
Un emigrado.—Es Dante en el destierro.
Un poeta.—A la vez es Víctor Hugo
Dante y Virgilio, Calderón y Homero.

Un artista.—Es el Fidias de la estrofa.
Otro.—Goya y Rafael del pensamiento.
Un marino.—Colón de la poesía.
Un justo.—El Aristides del ingenio.

—¿Yace en el Panteón?—Le ha puesto Francia
en el Arco de Triunfo.—¡Bien!—¡Soberbio!
—Por blandón ese túmulo reclama
la estatua de Bartholdi.—En bronce.—En hierro.

—¿No ha menester su gloria nuevos lampos.
—Al siglo actual la historia del progreso
«le llamará ¿de Napoleón o de Hugo?»
—El Arco de la Estrella ha de saberlo.

Unos le dan coronas de laureles,
otros por epitafio el firmamento;
los rumores del mar por elegía,
y por culto el cariño de los pueblos.

Un anciano le ofrece a su memoria
el corazón más noble como templo;
y mientras un hipócrita sonríe,
dice una niña:—¡Yo le diera un beso!

NOTAS

Acabo de escuchar una leyenda
con el ardor del corazón escrita,
y, ante esa del amor sagrada prenda,
siento en mi corazón ansia infinita.
¡Cómo al través de interminables años
tiene ese amor la fe del primer día,
y, a despecho de crueles desengaños,
agitarse le veo todavía!
Aún palpita, convulso y sollozando,
de un duro corazón ante el reproche,
como el rayo de luz que va temblando
en las primeras sombras de la noche.
Ella le ama, *él* la adora! y es el mundo
para sus almas cándidas estrecho,
desde que son, en su éxtasis profundo,
un sólo corazón y un sólo pecho.
Mas la pasión que a lo infinito aspira
realizarse no puede aquí en la tierra,
do siempre la maldad y la mentira
mueven a la virtud infanda guerra.

Y ese cariño fiel que me conmueve
y de ofrecerle un canto me da anhelo,
a desplegar las alas no se atreve
y espera realizarse... allá en el cielo!

¡Ingrata humanidad! ¡Cuán vanidosa,
llevas de orgullo el pensamiento lleno,
buscas lo grande, y de lo bueno ansiosa,
no comprendes lo grande ni lo bueno!

Buscas la redención siguiendo el dolo
que obscurece tu espíritu sublime,
y no penetras que el amor tan sólo
a la cansada humanidad redime.

Proclamas la virtud y no conoces
esa aureola del Dios que no comprendes,
y entre el estruendo de mentidos goces,
dices—¡virtud!—y la conciencia vendes.

De jazmín y azucenas no se viste
erial do crece moribunda palma;
ni hay virtud sin amor, como no existe
calor sin luz, aspiración sin alma.

¡Yo creo en el amor! Mi joven frente
no ha enfriado aún el vil materialismo,
ni jamás se ha inclinado, torpemente,
ante el ídolo imbécil del cinismo,

y de esa inmensa religión en nombre,
te interroga mi acento tremebundo:—
¿Por qué negar al corazón del hombre
lo que da vida al corazón del mundo?

¡Vé! el amor es el pájaro que canta,
la violeta que el céfiro perfuma,
el sol primaveral que se levanta,
el beso que a la roca da la espuma.

¡Oye! son los rumores de la fuente
cuando el día se aduerme en el ocaso,
voz que cae en el alma, suavemente,
como perlas de Ofir en áureo vaso.

¡Escucha! es lo que dice la arboleda
cuando de hojas y flores se engalana
y, diamante en zafiro, ostenta leda
el rocío feliz de la mañana.

¡Siente! lo que en el alma percibimos
cuando sin voz y sin palabra hablamos,
y al calor de otro pecho sonreímos
y un cielo arrebolado atravesamos.
Con su soplo benéfico y fecundo
le da a las aves y a los astros vuelo;
y sin él no tendríamos el mundo,
ni mas allá de esta región el cielo.

¿A qué, pues, evitar lo que otro día
el mismo Dios santificó en la tierra,
lo que dió nacimiento a la Poesía
y lo más grande que la vida encierra?
¡Lo que en su vuelo el infinito abarca,
le dió al Tasso aureola deslumbrante,
eternizó la gloria de Petrarca
y dió el poder de un semidiós al Dante!

¡Tanto vale cortar a la paloma
las blancas alas que al volar despliega,
y arrancar el rosal, porque su aroma
presta a la brisa, que en sus hojas juega!

¡Tanto vale quitar luz a los ojos,
vibración necesaria a los oídos,
y al hombre dar inútiles despojos
en vez de corazón y de sentidos!
¡Pero ello es imposible! ¡No podemos
en su camino detener al orbe,
ni jamás en el mundo alcanzaremos
a apagar esa luz que al mundo absorbe!

¡Nada importa ese cálculo que eleve
sonríe haciendo el corazón ceniza;
y a despecho del siglo diez y nueve,
se alzará en cada pueblo una Eloísa!

Vosotras las que amais, almas dichosas,
aunque apureis el cáliz de la duda,
siempre esperad un porvenir de rosas,
si la virtud ingénita os escuda.

Si sois tan desdichadas que en el mundo
no lograis que se expanda vuestro anhelo,
esperad el momento tan fecundo
de abrir las alas y volar al cielo.

En la sacra región del Bien divino
que en el amor fundió sus hermosuras,
gozosas cumpliréis con el destino
que Dios le señaló a las almas puras.
Sereis cual las errantes golondrinas,
que cuando el austro marchitó las flores,
presintiendo las pálidas neblinas,
se elevan a buscar nuevos fulgores.

La avecilla modesta del verano,
no vive sin calor, y tiende el vuelo;
el alma, en su destino soberano,
no vive sin amor, y sube al cielo.
Sube risueña a la celeste altura;
y al resplandor de la región distante
parece el cáliz de la flor más pura,
en un rayo de luna, vacilante...

¡Almas que amais! La vida es sólo un paso
y en él no muere el corazón ardiente:
si el amor aquí abajo tiene ocaso,
allá arriba no tiene más que oriente.

*
* *

Iris tiene el rocío.
rocío la corola,
corolas el ramaje,
y los ramajes tórtolas:
yo que tengo todo eso,
pues mía es tu alma toda,
llevo siempre en mis labios
canciones amorosas.

*
* *

Ingenua como el cántico del ave,
como la luz que espléndida ilumina,
cual el vago rumor del arroyuelo,
es la alma Poesía.

Espontánea se exhala de las cuerdas
vibrantes de la lira,
cual el aroma casto de las flores
y el efluvio suave de la brisa.
Brota del corazón, amable y pura,
como del manantial la clara linfa,
y la flor cuando viene la mañana,
y la áurea estrella al ocultarse el día.
En la canción que sin querer se aprende
y el alma nunca olvida,
y hasta en el verso que temblando queda
en el alma que canta o que suspira;
en la frase, en la voz, en el acento
que a todo humano corazón hechizan;
donde hay algo que es de uno y es de todos,
está la Poesía.

*
* *

Sus ojos... yo no sé si son dos soles
o dos abismos que de negros brillan;
tienen muchas tinieblas para noche,
y demasiada lumbre para día:
sólo sé que esos ojos envidiados
muerte dan más hermosa que la vida,
y que deseara hundirme en esos caos
o abrasarme en la luz de sus pupilas.

*
* *

¡Allí va! Me saluda y la saludo
más que con la palabra, con los ojos:
algo en nuestra mirada está diciendo
que hay algo entre nosotros.
Vedla, con que melancolía inclina
la faz pálida y bella!
Se lee en su languidez que va muy triste,
porque de otra región ella se acuerda.
La breve planta imprime sobre el césped,

y así en su paso trémulo
bien se ve que, nacida entre querubes,
no se habitúa a recorrer el suelo.
¡Sí! Mirad su ademán sobrecogido,
su lánguida mirada;
temerosa parece, y en sus hombros
se ve el lugar en donde tuvo alas.
Yo la diré con la mirada triste
que a su patria feliz torne ora mismo,
y al ascender festiva y soñadora
que me lleve consigo.

*
* *

Te has vengado de mi como inspirada:
humillaste mi orgullo con tu amor,
mi olvido con tu lánguida mirada,
mi frialdad con tu ardor;
y cuando yo creí que tú eras mía,
pues tuyo era mi ardiente corazón,
quise implorar perdón dándote un beso;
y hallé sólo el cadáver de una virgen,
y un hombre que lloraba... ¡y era yo!

*
* *

¿Por qué me llaman joven? Porque saben
que tengo cuatro lustros;
porque ignoran que una alma cual la mía
envejecerse puede en un segundo.

*
* *

He visto al inocente perseguido,
loado al malo, escarnecido al bueno,
en la cátedra altivo al ignorante,
y al sabio convertido en pordiosero:

he visto en almoneda la hermosura,
la virtud puesta a vergonzoso precio,
la amistad posponerse a la ganancia,
y hasta el amor soñando con ser Creso:
persiguióme sin tregua la calumnia,
y aunque sus dardos arrostré sereno,
sentí en mi corazón algo espantoso,
cual lucha entre el empíreo y el infierno:
llegué a dudar de la Clemencia suma,
vi en el alma, no aurora, si no cieno,
y también como aquellos que me herían,
desconfié de los hombres, torpe y necio;
pero algo me reanima en este instante
haciéndome creer; un algo siento
que en mi pasa cual soplo matutino
y me da ansias de amar y de ser bueno:
busco en tus ojos salvación, cual busca
en los cielos el náufrago un lucero:
¡dime que me amas! Si me quieres, niña,
voy a reconciliarme con el cielo.

*
* *

Cuando tú me dijiste que me amabas,
me devoraba negro escepticismo,
dudaba del amor y la esperanza,
no creía en la paz ni en los amigos;
pero al oir tu frase inmaculada,
sentí en mi pecho renacer el brío,
hice mis confidentes a las flores,
y les confié mi dicha y mi delirio
a los cielos y a el aura, y con orgullo
me los conté yo mismo.

*
* *

Debajo de esta lápida mortuoria
un joven corazón reposa inerte:
amó la Poesía, ansió la Gloria,
y al encumbrarse en pos de la victoria,
entrambas alas le arrancó la Muerte.

Cayó como la alondra que despliega
sus plumas al fulgor del sol de Mayo,
por los aires sus cánticos riega,
y cuando cerca de una nube llega,
la arrastra el aquilón, la ahoga el rayo.
¡Triste sepulcro! ¡Cuántas ilusiones
han descendido hasta tu fondo obscuro!
Se han poblado tus lúgubres regiones
con siluetas de espléndidas creaciones
que iba a animar la luz de lo futuro.
Cuando posa su labio descarnado
sobre una joven sien llena de ardores,
la Muerte de placer ha palpitado:
tú eres noche polar, y has devorado
de una aurora boreal los esplendores.
Siembra el rudo huracán los esparcidos
frutos que arranca al arbol que desmaya
gritando de dolor en sus crugidos,
y el peñón repercute los bramidos
del mar domado, en la sonante playa.
Tú, ¿qué haces sepulcro? Mudo y frío,
¿aún envías las almas a los cielos,
como la flor sus gotas de rocío?
Lleno está el mundo de maldad y duelos,
y afirma que el empíreo es un vacío.
Cae la lluvia, júntase la tierra;
nace la ortiga; en derredor la grama
lanza sus hojas, la raíz soterra;
pero del corazón que el polvo encierra,
no surge más la abrasadora llama.
Luce aljófar después en las corolas
que abren al despuntar claveles rojos,
blancos lirios y rubias amapolas,
y se nutren quizá sus espongiolas
en las húmedas cuencas de unos ojos.
Pero... ¿son esas lágrimas el llanto
que ha templado las cuerdas de una lira?
¿imitan, como aquel, el triste canto
que forma en el ciprés del camposanto
el aura misteriosa que suspira?

Natura es muy gentil; mas sus colores
quedan en su mágica paleta
sin un pincel bañado en resplandores;
e inútiles serían sus rumores
sin la lira vibrante del poeta.
¡Genio! no es tu destino caer rendido
y alimentar las yerbas sepulcrales:
¿eres Verdi? haz la iliada del sonido;
¿Edisson? mantén al orbe unido;
¿Víctor Hugo? ¡esculpe himnos inmortales!
Cuando concibe el pensamiento humano
la vida eterna sólo en la memoria;
¡triste es ver al ingenio soberano
morir con áurea pluma en una mano
al acercarse al libro de la Gloria!

EL PARRICIDA

(Víctor Hugo.—Leyenda de los siglos)

Era una noche obscura y silenciosa
cuando Kanut mató a su padre Sweno
que dormía, decrépito y sereno,
sin uno solo de su inmensa grey.
Sin más testigo que la ciega noche
y al verle para siempre ya dormido,
dijo Kanut: «Ni él mismo lo ha sabido;»
y fué en seguida poderoso rey.

Doquiera vencedor, su gran fortuna
brillaba como el sol del mediodía;
la nación respetuosa le aplaudía
y su presencia dábale valor.
Con vínculos de leyes y costumbres
y para engrandecer a Dinamarca,
nuevas tierras ganábale el monarca,
cuyo trono crecía en esplendor.

Venció a sajones, vándalos y pictos,
celtas, borusos, nómadas y eslavos,
y cual rindió en la lid a los más bravos
los ídolos siniestros abolió;
los menhires y runas terminaron
al regio resplandor de su victoria;
y al ceñirse la aureola de la gloria,
tan grande como César se creyó.

Veinte años recorrió sobre laureles
soberbio el deslumbrante caballero,
a quien todos con júbilo sincero
le amaban y temían a la vez;
y en medio del poder y la grandeza
que el áureo cetro que usurpó le daba,
él mismo de su crimen se olvidaba,
y seguía reinando en su altivez.

Murió. Sobre su féretro de oro
el obispo ofició en los funerales
y dijo con acentos sepulcrales:
¡como él no existen en la tierra dos!
Llamóle justo, proclamóle santo,
bendijo, por celeste, su memoria,
y le puso sentado allá en la gloria
a la derecha del Eterno Dios.

Vino la noche; el órgano enlutado
fué extinguiendo sus fúnebres gemidos,
y salieron con rostros compungidos
los prestes de la inmensa catedral.
Quedóse el templo solitario y triste
en medio del dolor de Dinamarca,
y descendió a la tumba del monarca
el más hondo silencio sepulcral.

Mas despertando el rey abrió los ojos,
tomó su cetro, lúgubre y callado,
y salió del sepulcro apresurado,
y a la puerta del templo caminó;

cruzó el mar que las cúpulas refleja
de las torres de Elsenour y de altona;
en las sienes llevaba la corona,
y la sombra sus pasos escuchó.

Al monte Savo dirigióse altivo
y le pidió unos copos de su nieve
para hacer un sudario blanco y leve
que el monte no podíale negar.
Kanut sacó la espada no vencida,
quitó un girón al manto del coloso,
y al ponérselo encima presuroso,
por Dios, al Savo, preguntóle al par.

No sé el camino, respondióle el Savo,
y le dejó Kanut entre sus hielos:
buscó la ruta de los altos cielos
y de frente miró la inmensidad.
Rodeado por aquella eterna noche
más fría y silenciosa que es osario,
llamó el rey, bajo el frígido sudario,
y no le respondió la eternidad.

Avanzó con audacia, y de repente
algo vió desprenderse de la altura,
y en su manto de nítida blancura
una gota de sangre percibió.
Alzó la frente, en su atrevido orgullo
por los temores nunca dominada,
perdióse entre las sombras su mirada
y ¡adelante! impertérrito exclamó.

Una segunda lágrima de sangre
cayó donde ya estaba la primera;
el jefe cimbrio interrogó a la esfera,
y nada entre las sombras pudo ver.
Siguió el sendero con valor terrible
como a romper el horizonte breve,
y en su manto blanquísimo de nieve,
una tercera gota vió caer.

Desque subió las gradas de su trono,
jamás sus pasos por temor contuvo;
pero allí aquella gota le detuvo,
cambió de rumbo y rápido pasó.
Mas por la nueva senda, tan obscura,
que tiniebla sin límite envolvía,
en la mano que el cetro retenía
otra gota de sangre le cayó.

Kanut retrocedió, con ese miedo
que sólo siente el alma solitaria,
quiso volver a la urna funeraria
y nueva sangre pudo percibir.
Lívido se detuvo aquel guerrero
y una oración sus labios ensayaron;
nuevas gotas la altura abandonaron
y en su manto se fueron a reunir.

Expiró la plegaria entre su pecho
cual un aroma en ráfaga pujante,
y el héroe confuso y vacilante
volvió, sin rumbo fijo, a caminar.
Del fondo de aquel cielo tenebroso
nuevas gotas de sangre descendieron,
unas tras otras sobre el rey cayeron,
y el níveo manto fueron a manchar.

¿De quién era ese llanto formidable
sinó del corazón del infinito?
Kanut vagaba trémulo y contrito
entre las sombras por buscar a Dios.
Vió por fin una lumbre misteriosa
que enviaba lampos desde allá muy lejos,
y entre aquellos purísimos reflejos
oyó de los arcángeles la voz.

Quiso comparecer ante el Eterno,
y hacia él con humildad se encaminaba;
mas la luz misteriosa le alumbraba
el manto que la sangre enrojeció.

Ansió retroceder; pero doquiera
implacable la sangre le caía;
Kanut comprendió entonces lo que hacía
cuando al anciano rey asesinó.

Van pasando los años y los siglos,
y el monarca invencible no se atreve
a ver a Dios, ni a desgarrar la nieve
con que quiso su crimen ocultar;
vaga es la obscuridad que le rodea
bajo un cielo fatídico y horrendo,
de donde gota a gota está cayendo
en su frente la sangre sin cesar.

LA MUSICA

A la señorita Adriana Arbizú

SONETO

Toca, Adriana, disipa con el piano
la tristeza que anubla mi semblante;
es la música, alegre o sollozante,
de las almas el canto soberano.

Mas no hieran las notas de tu mano
mi recuerdo de amor agonizante,
quiero olvidar, amiga, un sólo instante
ese de llanto misterioso arcano.

La música es placer, melancolía,
es recuerdo y dolor, tormento y calma,
y hace nacer a veces la alegría
y a veces, niña, despedaza el alma:
toca, pues, del placer con el acento,
mas no remueves ¡ay! mi sufrimiento.

Luz Arrué de Miranda

A MI MADRE

Bendita seas tu, madre adorada,
dulce consuelo de la infancia mía;
infatigable y amorosa guía,
hoy te bendice mi alma entusiasmada.

Siempre en mi mente vivirá grabada
la memoria terrible de aquel día,
cuando inocente y cándida vivía
fuí del hogar paterno arrebatada.

Hoy triste canto al son de mi arpa de oro
recordando mi amor y mi ventura
y de mi alma el bellísimo tesoro;

el corazón a veces con tristura
en las pasadas sombras ve tu lloro,
y a comprender empieza tu amargura.

A EL

(Imitación de Hoyos)

I

Mira el sol resplandeciente
elevándose al zenit,
derramando rayos de oro
por el cielo de zafir
 y mira la roja nube
 que le procura seguir,
 sin advertir que sus rayos
 la condenan a morir:
El sol de mis ilusiones
eres tú que huyes de mí,
la nube desventurada
soy yo que muero por tí.

II

Mira el cristalino río
por la falda resbalar
de la encumbrada montaña
hasta perderse en el mar;
 y mira la sensitiva
 que el verano va agotar,
 y al influjo de sus aguas
 su verdura a recobrar;
 pues ese arroyo eres tú,
 la sensitiva soy yo
 que el verano de tu ausencia
 mi existencia marchitó.

III

Y mira el sauce flexible
su fresca sombra extender
sobre el esmaltado césped
que brota junto a su pie.
  y mira a la golondrina
fatigada de volar,
venir de apartado clima
en su sombra a descansar;
pues esa sombra eres tú
y esa golondrina yo,
que descanso en la ternura
que tu afecto me brindó.

IV

Tú eres el sol generoso
que de luz baña mi ser,
tú la cristalina fuente
do voy gustosa a beber.
  Eres el amado sauce
que a su sombra me acogió
al transitar por la senda
que mi estrella me trazó.
  Tu amor es la ilusión grata
que habita en mi corazón,
oye, pues, leda y sencilla
mi tiernísima canción.



Ana Dolores Arias

MIS PRIMERAS ILUSIONES

Mis ilusiones primeras
fueron purísimas flores
de unas mágicas praderas,
que las tempestades fieras
no turban con sus rigores.

Fueron la dulce armonía
exhalada de un laúd,
cuando el hombre en su alegría,
cantando su juventud,
no piensa en la tumba fría.

Fueron mágicas visiones
que cruzaron por mi mente,
cual sublimes concepciones
que el poeta finge, inocente,
en sus primeras canciones.

Fueron brisas perfumadas
de melódicos rumores,
fueron ninfas encantadas
en alcázares de flores,
y del sol enamoradas.

Fueron del blando arroyuelo
el murmurio silencioso;
hadas que emprenden el vuelo,
y un suspiro lastimoso
nos envían desde el cielo.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Rápidas exhalaciones,
sonidos que se extinguieron
en las etéreas regiones;
esto tan sólo fueron
¡MIS PRIMERAS ILUSIONES!...

RECUERDOS DE MI INFANCIA

A mis amigas

I

Son mis recuerdos
quejas, gemidos,
que al mundo lanzo
con triste afán;
y entre mi pecho,
nunca dormidos...
siendo tan gratos,
no morirán.

II

Cuando mis ojos
elevo al cielo,
y blanca nube
veo cruzar,

me dice el alma,
con desconsuelo:
¡así la infancia
sentí pasar!

III

De la paloma
la blanda queja
al aire envía
vago rumor;
así la infancia
presto se aleja,
como el perfume
de nívea flor.

IV

La de las flores
süave esencia;
las armonías
de algún laúd,
dulces evocan
de mi inocencia,
recuerdos de oro,
grata quietud.

V

Cuando en las tardes
el sol declina,
hacia el ocaso
para morir,
también mi frente
mustia se inclina;
¡que acaso mi alma
busca el sufrir!

VI

Y si en la noche
que calma goza,
oigo los cantos
del trovador,
vuelve a mi mente
la edad hermosa,
en que inocente
sonreía amor.

*

¡Oh cuán dulce es recordar
nuestra infancia candorosa,
que se ausentó presurosa
y que jamás volverá!
Edad en que sonreíamos
sin saber que lloraremos,
que sonrisas devolvemos
a quien placeres nos da!

Mis ilusiones de niña
aún las conservo en mi mente,
y me obligan dulcemente
con tristeza a sonreir;
los ósculos maternales
aún felice yo los gozo,
mas tras horas de reposo
vendrá tal vez el sufrir.

Juguetona, infatigable,
mariposas perseguía,
y una lágrima vertía
al no poderlas tocar;

atraída por las flores
que ostentaban su hermosura,
me arrojaba con locura
su perfume a respirar.

¡Todo es encanto y belleza
en esa edad venturosa
en que una madre amorosa
nos arrulla con su voz,
y, solícita y constante,
a nuestro lado la vemos
que nos enseña elevemos,
tiernas súplicas a Dios!

¡Ay, amigas! ¿qué se hicieron
aquellos dorados días
de continuas alegrías,
de placer y de ilusión?
¿Dónde huyeron los instantes
que a vuestro lado gozaba,
cuando alegre yo cifraba
en vosotras mi afección?

¿En dónde podré encontrar
el amor puro y ardiente
de aquella edad inocente
en que mi alma se adurmió;
y las flores, los encantos
y los juegos infantiles
de mis primeros abriles?
¡Todo, amigas, todo huyó!

Como el eco de una trova,
tan fugaz como la nube
de incienso, que al éter sube,
es del hombre la niñez.
Viene después otra edad
de continuas emociones...
¡Bellas son las ilusiones,
pero ya sin candidez!

Yo me encuentro en esa edad
que llamamos juventud,
y al compás de mi laúd
entono triste cantar;
y al recordar de mi infancia
la inocencia, la alegría,
se sonríe el alma mía
olvidando su pesar.

*

Son mis recuerdos
quejas, gemidos,
que al mundo lanzo
con triste afán:
y entre mi pecho,
nunca dormidos,
siendo tan gratos,
siendo tan gratos,
no morirán.

MIS TRISTEZAS

¡Yo agonizo de amor y de tristeza,
ante esa azul inmensidad vacía!
¡Como un sauce se dobla mi cabeza
lánguidamente al declinar el día!

FERNANDO VELARDE.

I

Es de la tarde el postrimer momento;
gimen las aves y suspira el viento,
la noche empieza ya;

es la hora en que mi espíritu agobiado
por los gratos recuerdos del pasado
languideciendo va.

Es la hora misteriosa del encanto,
de infinitas tristezas y de llanto,
y deliquios de amor;
en que incierto vagando el pensamiento,
parece adormecido el sentimiento
y olvidado el dolor.

Reina el silencio. La ciudad dormita...
¡Sólo en mi pecho sin cesar se agita
de fuego un corazón!
¡Un corazón que lucha y siente tanto,
al ver desaparecer el dulce encanto
de plácida ilusión!

II

Como la noche que, enlutado velo
tiende en la tierra, y nos oculta el cielo
tras densa obscuridad,
¡así tendió su manto la tristeza
sobre este corazón, que a amar empieza
la negra soledad!

Ayer no más, alegre y bulliciosa,
cantaba de mi infancia venturosa
las horas de quietud;
hoy como el ave entristecida canto,
y se marchita y languidece en tanto
mi ardiente juventud!

Ayer vivía en plática sabrosa
unida con la amiga cariñosa
que ciega idolatré;
hoy solitaria, silenciosa y triste,
recuerdo a mi Delfina que no existe...
¡que nunca olvidaré!...

Ayer, en fin, el alma enardecida,
soñaba un paraíso do la vida
pasara sin sentir;
y hoy que ya poco a poco languidece,
ni glorias ni venturas apetece...
¡Es triste así vivir!

Carlos Bonilla

DIOS

Yo te veo. Dios mío, por doquiera;
en la estela lactealas nebulosas
que dejaron las ruedas fulgurosas
de tu carro en el caos al cruzar,
cuando quiso tu mano omnipotente
arrojar las estrellas a millones
a las negras, terríficas
que de lumbre te plugo decorar.
Y te veo en los astros que girando
sin luz propia al redor de fija estrella,
van marcando en sus órbitas su huella
con la luz que refleja de su sol;
y en la nube. el relámpago y la lluvia,
en el iris de fúlgidos colores,
del celaje en sus vésperos fulgores,
de la aurora en el nítido arrebol:

En la inmensa estación de los espacios
donde el cóncavo azul del firmamento
es el fondo del térso paramento
de tu excelso, celeste pabellón;
y en la tierra, en el mar, en el torrente,
en el brusco vibrar del terremoto,
en la brisa, en el ábrego, en el noto
y en el rudo bramar del aquilón;

en el fuego de tempestad horrenda,
en las olas gigantescas del Océano,
en el fuego que el antro plutoriano
arroja por el cráter del volcán;
en la montaña que se yergue altiva
con su capúz de sempiterna nieve,
y a desafiar la tempestad se atreve
allá en la altura de las nubes van;

en la selva, morada de las aves
de brillante plumaje y voz canora;
en el prado que esmalta y que decora
de verdura y de flores el Abril;
en la margen galana del arroyo
y en el aljofar que abrillanta el prado,
do si no vagan fabulosas ninfas
Natura ostenta su belleza allí;
de los insectos de pintadas alas,
alegres revolando entre las flores,
embriagados de néctar y de amores
convidan con deleite al colibrí;
y en tanto que libando el dulce jugo
se agita la esmaltada mariposa,
entre el follaje de la encina añosa
canta y se mece el tropical *tití:*
Donde con el color de la esmeralda
brilladoras luciérnagas relucen,
y en la noctura obscuridad producen
lagos de luz en óptica ilusión;
y en el aljofar que abrillanta el prado,
sobre alfombras del césped reluciendo,
cuando almo sol la frente descubriendo
la lumbre envía al suelo en profusión:

En las aguas inquietas de los ríos
y en el terso cristal de la laguna,
donde rielan los rayos de la luna
y reflejan los cielos su turquí:
que por doquiera que la mente vaya,
en el cielo, en la tierra o en los mares,
¡encontrará Dios mío, tus altares
para rendirte adoración allí!

Todo muestra tu gran sabiduría;
de la luna hasta el sol y las estrellas
do tu poder, tu infinitud destellas
en sus moles, su número y fulgores,
hasta el feble vibrión y hasta la mónada
que envolviera la gota de rocío
que reluce cual perla en atavío
de la planta en el cáliz de su flor.

El espíritu humano en tí espaciado
en tu obra, Señor, te reconoce;
y embebecido en inefable goce
sobre límpidos campos de zafir,
de tu carro, esplendente su rodaje
de brillantes, rubíes y topacios,
ve en los astros que pueblan los espacios
que no alcanza la mente a definir.

Todo en tí ¡oh Señor! es la grandeza,
todo en tí es inmenso, es infinito:
Dios existe doquiera se ve escrito;
por doquiera tu faz se ve brillar.
El ateísmo no existe en la conciencia,
el ateísmo es ficción, vana teoría
que destruye grandiosa la armonía
que en el orbe doquier se ve reinar.

EN LA MUERTE DE MI HIJA MERCEDES DE ZALDIVAR

† EL 9 DE FEBRERO DE 1903

Nuevo pesar mi corazón desgarra,
el alma mía dolorida está,
la muerte despiadada con su garra
otra hija mía al cementerio da.

¿Cómo pudiera, trémula mi pluma,
con el negro licor en que se baña,
pintar la pesadumbre que me abruma
si un hálito mortal mi mente empaña?

¿Por qué a la juventud hiere la muerte,
cuando tan sólo a la vejez gastada
debiera conducir fría e inerte
a la postrera sepulcral morada?

La ley de selección es con frecuencia
por la cruel segadora conculcada,
ultimando lo bueno con violencia
por sus accesos de furor llevada.

¿Y qué le importan de paciencia mustia
el ¡ay! agudo del dolor profundo,
y la congoja, la sin par angustia
de dejar sus amores en el mundo?

¿Qué importa a la despótica homicida
de tierna prole la orfandad temprana?
¿Qué el enlutado hogar y triste vida
de amante esposo en viudedad tirana?

¿Qué de total familia la tortura
del llanto acerbo en abrumante duelo,
si goza del humano en la amargura,
cáliz de acíbar propinando al vuelo?

Fatal destino contra mí se enseña,
mi suerte negra es hórrido sufrir,
y el torcedor del sufrimiento daña
mi corazón ya en lánguido latir.

Más en tanto que yo viva, amada hija
vivirás en mi mente y mi memoria;
fuiste virtuosa, en tu deber prolija,
y por tal gozas ya de eterna gloria.

Gózala, sí, mientras aquí lloramos
de nosotros tu ausencia prematura,
y coronas y flores te ofrendamos
en tu lóbrega eterna sepultura.

San Salvador, 1903.



Vicente Acosta

LAS GARZAS

Va, como desatado ramillete
de azucenas, un grupo imaculado
de garzas por el aire sosegado
que al ritmo de su vuelo se somete.
Va hacia el palmeral que amor promete,
si un pájaro se interpusiese extraviado
contra él esgrime el escuadrón airado,
de su pico de ambar el florete.
¡Ya va muy lejos! Sus radiantes galas
divisa a penas la mirada inquieta,
del vuelo en las armónicas escalas.
Y cuando muere el sol, ¡regio poeta!
se ve el palio de lino de sus alas
en el fondo de un cielo de violeta.

LEMPIRA

(Personaje Indio)

Vástago fiel de la indomable raza
que sustentó la savia de esta tierra;
león en la lid, como huracán de guerra,
siembra la muerte por doquier que pasa.

Rudo, salvaje, con valor rechaza
las enemigas huestes; no le aterra
la bravura española, porque encierra
su pecho sed de libertad que abrasa.

Cesa un momento el belicoso estruendo:
el negro engaño el español prefiere,
y al gran Lempira, su puñal blandiendo,

en las tinieblas, la traición le hiere...
Y entre la indiana multitud gimiendo,
en su peñol, como Espartaco, muere!

LOS PINARES

(Fragmento de un poema)

¿Te acuerdas de esa tarde, cuando al morir el día,
envueltos del crepúsculo con el rosado velo.
la cumbre coronamos de la alta serranía
en donde el pino erige su copa, rumbo al cielo?

Caían de la altura radiosas claridades,
se alzaban de los valles esencias y rumores,
mientras el alma inmensa de aquellas sociedades
hablarnos parecía de todos sus dolores.

Abrían los pinares sus rústicas arcadas,
como las vastas naves de un templo milenario:
las musicales ramas, temblando entrelazadas,
a nuestro paso enviaban perfume de incensario.

¡Qué asunto para un cuadro! La tarde que moría
entre ondas de celajes de mágicos colores;
luciendo la hondonada, en muda lejanía,
románticos declives de pinos tembladores.

La luz que se filtraba como una lluvia de oro
tras las cortinas verdes del trémulo follaje;
brotando de repente más de un raudal sonoro
a interrumpir la calma del poético paisaje.

Hundían los picachos sus frentes en el cielo,
al descender en ráfagas la niebla, blanca y pura...
y todo quedó envuelto como en plateado velo,
¡que iluminó la luna con plácida dulzura!

CLEMATIDE

¡Mira el cielo qué gris!
Las brumas pálidas
de otoño tienden sus crespones blancos
sobre el dormido espacio donde apenas
parpadea una estrella; sopla un hálito
de muerte que entumece los botones
vírgenes y hace enmudecer los pájaros.
En vez del soplo tibio del perfume
que emerge del rosal, va el viento helado
cerrando con sus dedos temblorosos
los cálices en flor.

Los rojos labios
en su cárcel de púrpura aprisionan
la enamorada música del canto
y el tropel argentino de las risas;
sobre los hombros blancos torneados
cae el sedoso abrigo, y las arañas
derraman de su luz el oro pálido,
en un florecimiento cristalino
por la callada estancia donde el piano
espera silencioso que desate
su carcajada rítmica el teclado.

Es la hora misteriosa en que los sueños
sacuden, al pasar, el suave raso
de sus temblantes alas en la frente
de la dormida virgen, que, en letargo
de amor, entreabre la camelia roja
de su boca que oprime un beso alado,
mientras sueña que estrecha dulcemente
a un amado invisible entre sus brazos...

Es la hora de los tristes pensamientos,
de los rumores hondos y lejanos;
la hora de la plegaria de las hojas,
la hora en que gime y se estremece el arbol;
la hora en que las flores que se cierran
se coronan de lágrimas, temblando;
la hora de las ansias melancólicas
en que sueña el poeta enamorado
con una mujer pálida y hermosa
¡que en el alto balcón le está esperando!

ORIENTAL

Mi fogoso alazán de espesas crines,
de arqueado cuello y de robustas ancas,
más veloz que una flecha, ¡oh reina mía!
nos espera. Partamos, que te aguarda
quien por tu amor no teme ni a la muerte.
Prisionera en mis brazos, mi sultana,
las tostadas arenas del desierto,
que han visto, al sol, brillar mi cimitarra
muchas veces—ginete victorioso—
habremos de cruzar antes del alba.
Y mi blanco albornoz, que al viento flota
como pompón de lino o como el ala
de un cisne, para tí será albo palio,
nube que te acaricie enamorada,
velo de novia que tu frente ciña.

En lejana, bellísima comarca,
que perfuman floridos limoneros,
de los pájaros siempre alegres cantan
y aman con más ardor los corazones.
vas a reinar, divina y soberana.
El príncipe esto dijo,
y cayó atravesado por la lanza
del viejo padre de la bella Amira...
¡y en Oriente empezó a clarear el alba!

A UNA RUBIA

Perdona, Livia, pero tengo antojos
de saber si es el sol el que ha fundido
tu melena triunfal de oro encendido,
que a una aurora de mayo diera enojos.
Dime: ¿en qué sangre de claveles rojos
el botón de tus labios se ha teñido?
¿En qué rayo de luna se han dormido
las húmedas turquesas de tus ojos?
¿Qué divino cincel ha modelado
el mármol ideal de tu escultura?
Tú pasas y el deseo enamorado
se pierde en tu eucarística blancura...
¡Alma que aún al amor no ha despertado,
maravilloso lirio de hermosura!

ARBOL DE FUEGO

Arbol bajo la púrpura florida
de tu copa que mayo ha engalanado,
acaso alguna vez mi bien amado
llegue a buscar tu sombra apetecida.

Para entonces la música sentida
de tus pájaros guarda enamorado
y en el soplo más fresco y perfumado
envuélvela que es vida de mi vida.

En tu manto imperial de tinta roja
envuelto, la canción de los amores,
de sus labios es bueno que recojas.

Bríndale tus tesoros y esplendores,
bésala con el beso de tus hojas
y báñala en la lluvia de tus flores.

Román Mayorga Rivas (1)

INVOCACION

(Versión libre del inglés de Newman)

Oh benéfica Luz del almo cielo!
guíame en esta noche en que camino,
que está lejos mi hogar, que es mi consuelo;
oh benéfica Luz, guíame tú!
Mis vacilantes pasos cuida y vela:
no quiero ir tras espléndido destino;
basta a mi corazón lo que él anhela,
la senda recorrer de la virtud.

Antes no era yo así!—Nunca pedía
que me alumbrase tu fulgor fecundo,
y al caminar, cual loco discernía;
pero hoy te ruego que me guíes tú.

---

(1) Román Mayorga Rivas, es Nicaragüense: muy joven se encaminó a las playas Salvadoreñas donde fundó el «Diario de El Salvador» que es el primer diario del país y el primero que se fundó; pues cuando Mayorga vino a esta República no se conocía el diarismo. Poco tiempo después publicó la «Guirnalda Salvadoreña» donde dió a conocer a los poetas de aquel entonces. Ultimamente ha publicado «Viejo y Nuevo», libro de versos delicadísimos y bellos. Mayorga Rivas está considerado como Salvadoreño.

Antes amé fingidos resplandores
de la falaz ventura de este mundo,
confiado en la mentira y sin temores:
¡perdona, por piedad, mi juventud!

La senda celestial que tú señalas
me alumbrarás, como lo hiciste un día,
antes que huyera con veloces alas
el custodio angel que me diste tú.
¡Guíame en estos bosques y fangales,
mientras pasa la noche, y me sonría,—
en medio de fulgores celestiales
de una aurora infinita, el cielo azul!

BESO NUPCIAL

Cerca, los dos muy cerca, aquella noche
la niña de mi amor estaba pálida;
y sus manos cogí... dentro las mías
yo las sentí temblar, como las alas
de ave que se aprisiona por cansada.

Se las colmé amoroso de caricias,
y ciego ante el fulgor de su mirada,
en un rapto de dicha, sus dos brazos
llevé a mis hombros, y en su frente casta
puse en un beso apasionado el alma.

A mi cuello enlazó sus manos trémulas,
brotaron rosas en su faz nevada,
y un ósculo nupcial le dí en los labios,
al sentir que mi triunfo coronaba
de aquellos dulces brazos la guirnalda!

VENUS PUDICA

El agua en el estanque está dormida
y la coronan pétalos de rosa,
a la indecisa claridad hermosa
de una aurora triunfal que vierte vida.

Dejáronla para el baño prevenida,
límpida y enflorada y olorosa,
y ya llega la niña pudorosa
al borde del estanque, desvestida.

Toca la linfa con el pie, y al frío
beso que siente, a echarse no se atreve;
mas al mirar en el boscaje umbrío

que la contempla un cazador aleve,
al punto entrega al estancado río
su cuerpo virginal de rosa y nieve.

ODOR DI FEMINA

A Anthero de Figueiredo

Era austero y sesudo: no existía
fraile más ejemplar en el convento;
en su escuálido rostro macilento
de lágrimas un poema se leía.

Una vez que en la extensa librería
hojeaba triste un libro amarillento,
cayó, convulso y torvo, de su asiento,
sin vida en la marmórea losa fría.

De qué el fray moriría?—No hay historia
en el claustro que de ello haga memoria,
y velan la verdad misterios hondos;

mas cuentan que un bibliófilo comprara
el libro extraño, y que, al abrirlo, hallara
unos cabellos de mujer muy blondos...

RAY!

Llegó tu ruego a mí, como un sollozo
apasionado y tierno. Dentro el alma
sentí una ansia infinita y amorosa,
mezcla de desconsuelo y esperanza.

El extranjero idioma a mis oídos
trajo cadencias misteriosas, raras;
y al triste corazón trajo el enigma
de un ruego que es una orden que se acata.

Algún día, tal vez, del ruego tuyo
has de decirme la imperiosa causa;
mientras tanto, en el íntimo santuario

que te he erigido aquí dentro del alma,
adornaré de flores tu recuerdo
entre luces de amor y de esperanza!

ANA RITA TRUJILLO

(En New-York)

Estaba el cielo gris, y descendía
silenciosa la nieve. El viento alado,
al rozar la vidriera, atribulado
en lágrimas el hielo deshacía.

En la brillante estufa el fuego ardía
como en magno incensario. Aunque velado,
se sentía allí a Dios en el callado
hogar en que la virgen se moría.

Ese hogar era templo. Altar de flores
el lecho fué de la cubana muerta;
oficiaron en él santos amores,

y el paterno dolor halló consuelo,
pues vió que a los proscritos está abierta
siempre la entrada de una patria, el cielo!

CEIBA AMERICANA

Ceiba añosa, testigo de cien generaciones!
En tu espeso fallaje suena un hondo clamor,
confuso són de voces de guerra y de oraciones,
y gritos de venganza y quejas de dolor.

Ante ti desfilaron las indianas legiones
a defender sus lares, con salvaje estupor,
y a tu sombra medrosa los viejos bravos leones
de España, descansaron del épico fragor.

Como lenguas tus hojas, con acentos extraños,
me relatan la historia de los remotos años
en que fueron heridas por flecha o arcabuz;
y armoniosas tus ramas en movimiento blando.
parece que salmodian un himno como cuando
la primer vez bajo ellas fué plantada la Cruz!

EL SENSONTE Y YO

Designado en la jaula, el azteca sensonte
preso con otros pájaros, en pleno medio día
remeda el canto de ellos, olvidado del monte
nativo, do exhalara su propia melodía.

Con fingidos gorjeos oculta su tristeza
bajo el sol del estío, cuya luz le importuna;
pero los trinos suyos de amor y de terneza,
los modula en la noche, al fulgor de la luna.

Yo soy como el sensonte: entre el social ruido,
prisionero mi espíritu, canta un canto aprendido,
que, aunque sale a mis labios, no es de mi corazón.

Tan solo en la sonora soledad de mi noche
estrellada de amores, sincero hago derroche
de mis hondas ternuras, con mi propia canción.



Calixto Velado

EL PERIODISTA

A Joaquín Méndez

En esta edad batalladora, inquieta
el periodista es la potencia viva,
que a la ignorancia de su altar derriba,
con fe de niño y corazón de atleta.
Jamás la lucha del combate esquiva,
y ora se llama Rochefort, Gambetta,
ora perore a la nación, o escriba,
ni privilegios ni poder respeta.
El tiene un corazón que en el combate
sólo la voz de la razón escucha,
recobra fuerzas y palpita y late
y por las santas libertades lucha.
Sólo el calor de nuestro siglo pudo
forjar esta alma varonil, propensa
a esa combate de la idea, rudo:
¡luchador incansable de la prensa,
una hoja de papel tiene de escudo,
y en ella llora, profetiza y piensa!

DEBER DEL POETA

Cuando en los pueblos la maldad domine
y la nación raquítica y mengüada
a su completa perdición camine
como la Roma de la edad pasada;
¡oh! cuando el virus corruptor la invada,
cuando su misma corrupción la mine,
entonces el poeta, de su frente airada
el rayo de su cólera fulmine.
Predique la verdad, y la mentira
condene con enérgica entereza:
¡contra el vicio procaz estalle en ira
no acatando en los grandes la vileza,
si al golpe rudo de su férrea lira
quebranta de los malos la cabeza!

A LA SOCIEDAD

¿Por qué miras con fría indiferencia
al que suspira en la orfandad y llora,
desoyendo la voz de tu conciencia
que te dice: Prodígale indulgencia
porque el cariño maternal ignora?
Si una vez comprendiste esa tortura
y si comprendes lo que vale el llanto,
no te rías por Dios, de esa criatura,
porque es la mano del destino dura
quien la ha privado del amor más santo.
No te muestres infame, endurecida,
con quien su cuna solitaria vió
y por manos extrañas fué mecida;
¡es impío lastimar la herida,
¡ay! que la muerte inexorable abrió!

¡No esquives el consuelo al afiijido
cuando camina de esperanza en pos,
porque siempre el que ayuda al desvalido
encuentra un corazón agradecido
y allá en el cielo le sonríe Dios!
No desprecies al pobre a quien la suerte
los bienes de fortuna le negó;
tal vez mañana llegaras a verte
empobrecida, miserable, inerte,
recordando la dicha que pasó.
No incesante veneres la riqueza
estableciendo un culto monetario;
si esa diosa aparece sin cabeza,
sólo tendrá por única belleza
el esplendor de un cirio funerario!
Con esto te transformas en judía
que tiene la riqueza por Talmud,
y cuanto ¡oh, sociedad! mejor sería
que adoraras cual Inca noche y día
al astro del saber y la virtud.
Porque su luz que irradia eternamente,
nunca ofuscada nuestra vista deja;
luz que hasta el cielo miserable siente,
pues se desprende de una augusta frente
y aquel Dios sacrosanto la refleja...
. . . .
No distingas el brillo de la cuna
que en la infancia tranquila nos meció,
que no merece admiración ninguna
aquel fulgor naciente de la luna,
cuando después sombría se tornó...
La humanidad, recuerda en tu ceguera,
siempre llora con dolor profundo
aquella culpa del Eden primero,
si en un mísero establo no naciera
el Hijo Santo, Redentor del mundo!

SUPREMA LEY

¡Oh, cómo apocan el caudal del río
los calores terribles del verano!
¡Cómo al cedro, le arranca, en el Estío,
todas sus hojas la invisible mano!

¡Cómo traspasa el corazón, el frío,
y en todo el orden natural y humano
el bienestar es punto tan lejano
de la suprema aspiración, Dios mío!

¡Feliz quien inmutable ante la suerte,
al sentir la violenta sacudida
de un contratiempo desgraciado, advierte,

que, en el azar constante de la vida
el que pierde una vez una partida
las puede perder todas si no es fuerte!

¡CAVE NE CADAS!

¡Paso triunfal! La aldeana
viene desde su alquería,
ostentando la alegría
y el candor de la mañana,
tan fresca como Susana
cuando del baño salía.
Pasa como mensajera
de aquella ilusión primera
que se fué, y, allá, muy lejos,
les agita su bandera
a los que van siendo viejos.

Cuello mórbido y erguido;
seno como brote nuevo
que a describir no me atrevo
porque quizás no es debido;
pero diré que su brote
dilatar hace el escote
como la paloma el nido.
¡Qué conjunto tan cabal
donde el arte griego impera!
¡La comba de su cadera
es una arcada triunfal!
Las palabras de su boca
tienen dejo de campanas
de aldea, que a misa toca
y que de oirla de gana.
¡Adiós! la digo al pasar;
que Dios que te quiso dar
donosura y gentileza,
te dé luz en tu camino,
y que te dé fortaleza
con el tiempo, como al vino.
De tantos tesoros cuida
y guardarlos bien procura,
que cuesta mucho en la vida
defender tanta hermosura
que es por tantos perseguida.
—¿Flores para desposada
vas a vender?—¡Ten fortuna!
véndelas todas... ¡sólo una
nunca la vendas por nada!
¡Que en la senda de la vida
afirmes muy bien la planta,
porque es cosa bien sabida
que el mundo nunca levanta
a una aldeana caída!

A SPENCER

Vas descendiendo ya de las colinas
de la vida, por la última pendiente,
y llevan, tu cabeza las neblinas,
y los ultrajes de la edad, tu frente.

Desde el punto moral más eminente;
los venideros siglos iluminas:
¡si ha fecundado el Sol mucha simiente,
has fecundado, tú, muchas doctrinas!

Noble ejemplar de la vejez austera,
Sol de la humanidad que paso a paso,
has recorrido la brillante esfera:

Tu fracaso final, es el fracaso,
del astro que se oculta entre la hoguera,
de púrpuras, que incendian el Ocaso.

EPIGRAMA

I

Los que suelen contemplar
las joyas de tu garganta,
se dicen quedo, muy quedo:
¿no serán como ella falsas?

II

Tienes facundia pasmosa;
y buen talento; con todo;
escribes de cualquier modo
tratando de cualquier cosa.

III

Los famosos usureros
en negocios consumados,
dividen muy bien enteros
y multiplican quebrados.

ARPA BIBLICA

Cuando en los pueblos la maldad domina,
y la nación raquítica y menguada
a su completa perdición camina
como la Roma de la edad pasada;

cuando el ojo de Dios ya no ilumina
las Tablas de la Ley, con su mirada,
porque todo es horror, vergüenza y ruina
y nada queda de su alteza, nada,

el bardo, como el Justo del Calvario,
aunque pierda su voz en el desierto
cual pierde su perfume el incensario,

¡ay! ¡con la mano el corazón cubierto,
debe clamar, cual clama el campanario,
con profundo dolor tocando a muerto!

Carlos A. Imendia

LA NUEVA LIBERTAD

Decid al pueblo que nó más consienta
en inclinarse ante ningún magnate;
que es amplio su derecho y que es afrenta
el respeto a la ley; que muera o mate.

Decid al periodista ponga en venta
su pluma contra el bien; que siempre trate
el orador, con expresión violenta,
de injuriar al contrario en el combate.

La calumnia, el ridículo, el engaño,
que el interés envuelve y eslabona,
son armas poderosas para el daño,

hay que usarlas: con ellas se corona
el triunfo personal que exige amaño...
Esta es la libertad que hoy se pregona.

A DORA

No hay amor criminal. Recto sentido
nadie ha dado a esta voz indefinible:
afecto fiel, del corazón nacido,
no ha de ser criminal, será imposible.

Obra de Dios es el amor: se siente,
porque del cielo al corazón le vino.
A veces grato don o cruel presente,
¿podrá ser criminal lo que es divino?

Hay amor desgraciado, amor que brota
como la fuente que no tiene flores,
porque va su corriente oculta, ignota,
sin que nadie perciba sus rumores.

Hay amor imposible: el que la palma
jamás alcanzará de la ventura;
el que aparece tímido en el alma,
y es el alma su cuna y sepultura.

Pero amor criminal... Así lo llama
quien en manchar lo noble tiene empeño:
¿es criminal el pájaro que ama
al ave hermosa que ya tiene dueño?

Culpable no es quien sin quererlo sienta
invencible atracción, pena profunda:
no es culpable el volcán porque revienta,
ni culpable es el río porque inunda.

. . . .

Fué una noche... Después solo tristeza
sentí en mi corazón enamorado:
¡No podía acercarme a tu grandeza
a ofrecerte un amor tan desgraciado!

El tiempo amortiguó tantos dolores;
pero algo quedó siempre de mis cuitas,
como el vago perfume que las flores
conservan mucho tiempo ya marchitas.

Hoy vuelvo a verte, y la pasión primera
la siente renacer mi alma sensible,
y no puedo borrar esa quimera
ni vencer ese amor, que es imposible...

Sí, te amaré, aunque jamás me ames,
siempre te buscaré, aunque te ofendas,
te llamaré, por más que no me llames,
¡te hablaré de mi amor, aunque no atiendas!

No importa, Dora, que a tus labios rojos
no se acerquen los míos: sé, mi amada,
«que el alma que hablar puede con los ojos,
¡también puede besar con la mirada!»

Si juzgas criminal mi amor ardiente,
si me maldices por amarte tanto,
yo te bendeciré, mientras mi frente
¡doblo ante tí para ocultar mi llanto!

EN EL BAILE

A Abraham Rivera

Espléndido el salón; todo animado...
semblantes que revelan alegría;
variados movimientos de los cuerpos
que van y vienen y que airosos giran.

¡Sublime orquesta!... Y luego ¿qué le pasa?
Tiene en la alfombra la mirada fija,
y en sus labios carmíneos ya no juega,
como hace poco su genial sonrisa.

Y él a su lado no se encuentra: lejos
lo miro del salón. Su faz indica
que alguna pena lo apartó del goce,
que huyó del pecho su preciosa dicha.

Yo sabré la verdad.—Calla, me dijo
en ese instante una muchacha linda
que llegaba del brazo de un mancebo
en busca de descanso en su fatiga.

¿Y bien... ese misterio? Tú no ignoras
agregué ya muy cerca de la amiga
y junto de mi oído ella poniendo
su boca perfumada y pequeñita.

Respondió temerosa: es un secreto
que tú debes guardar. ¡Pobre la niña!
El pudo al fin decirle con los labios
lo que antes con los ojos le decía...

Y luego ¿esos semblantes...? Y repuso:
ella quiso probarlo y muy altiva
rechazó sus protestas; él desiste,
y hoy se encuentra la pobre arrepentida.

En esto empieza a ejecutar la orquesta
un vals que a todos a danzar convida:
él, serena la frente, entra a la sala
a buscar en el vals filosofía.

LOS PRIMEROS PASOS

¡Soltadla con cuidado! que se venga
en esa dirección hacia mis brazos:
ved que no haya un objeto que detenga
¡sus imperfectos y graciosos pasos!

¡Muy bien! Para que llegue falta poco;
¡un paso más! ¡Que no haya retroceso!
¡Bravo, hija mía! Si me vuelvo loco
al verte caminar... ¡Toma este beso!

Estoy alegre por el buen empleo
que tú has sabido darle al primer año;
mas ¡qué ansiedad! al ver tu balanceo,
temí que te causaras algún daño,

Pero pronto, pensando en el mañana,
exclamé, con el alma entristecida:
¡ay! que estos pasos de la edad temprana
¡fueran como los otros de la vida!

Entonces el placer que en un momento
sentí en mi corazón de padre amante,
cedió el lugar al bárbaro tormento,
que si me deja es por un breve instante.

Al mirar como estás y como creces,
tu incierto porvenir me aflige tanto,
¡que al besarte, hija mía, cuántas veces
por mis mejillas ha corrido el llanto!

Plegue a Dios que sin penas ni temores
sigan siendo los pasos de tu vida:
Yo quiero que camines sobre flores
por ángeles sonrientes conducida.

Enero 22 de 1893.

ADULTERA

Oye, mujer... En venturoso día,
y en medio de tristeza y alegría,
te hallaste al pie de perfumado altar:
cubierta estabas por un blanco velo,
y adornaba los rizos de tu pelo
un signo de pureza: el azahar.

Allí, a tu lado, se encontraba un hombre,
que te daba sus bienes y su nombre,
confiándote el tesoro de su honor;
no exigía de ti más que una cosa:
que la vida le hicieras tú dichosa
con las dulzuras de constante amor.

Y llegaste al hogar que Dios bendijo,
y en él tu esposo, con afán prolijo,
quiso verte rodeada de placer.
¡Y cómo no, si tú eras su adorada,
su aspiración más bella realizada,
el sér, en fin, que completó su sér!

Si te vió sonreir, sonrió contigo;
cuando lloraste, como buen amigo,
solícito tus lágrimas secó:
contemplarte contenta fué su sueño;
se convirtió en esclavo siendo dueño,
y por tu bien de todo se olvidó.

¿Y qué has hecho, mujer, dime, qué has hecho?
¿Por qué has herido el cariñoso pecho
que fué contigo tan amante y leal?
¿Por qué ¡infame! le brindas amargura,
en cambio del afecto y la ternura,
que tú acaso juzgaste como un mal...?

Mira, mujer... Rasgado y por el suelo
se encuentra el blanco y trasparente velo
que el día de la boda te cubrió;
y la corona que adornó tus rizos
ya no tiene su aroma, sus hechizos,
y ajada por tus manos acabó.

Mira, allí está: los dilatados ojos,
que el continuo llorar ha puesto rojos,
Vuelve infelix al tálamo nupcial;
y pálido y convulso se adelanta,
hasta llegar con insegura planta
a caer sobre el blando cabezal.

¡Quién sabe si tan bárbara tortura
le llegue a conducir a la locura,
o le haga algún crimen cometer,
y cueste tu maldad más de una vida,
y haya sangre de amante y de suicida,
que se mezcle con sangre de mujer...!

¡Oh! qué cuadro de horror el que has formado!
si aun vive tu conciencia, ese pecado
te va siempre a roer el corazón!
la conciencia... ¡si tú ya la has perdido!
si en vez de corazón llevas un nido
en que tiene una sierpe su prisión...!

La virtud, el honor, no los conoces;
tú sólo buscas los mundanos goces,
sin importarte nada tu deber;
ese deber sagrado que respeta
la buena esposa que se cree sujeta,
de las leyes divinas al poder.

Tú no tienes perdón: la callejera,
esa que lleva el nombre de ramera,
no es como tú, mujer, tan criminal:
esa infeliz entre los vicios crece;
es ciega: sólo campasión merece...
acaso no es culpable de su mal...

Pero tú, mala esposa, que sabías
la grande obligación que contraías
al enlazarte a un hombre ante el altar;
tú que faltaste, por capricho necio,
mancillando el honor, sólo desprecio,
sólo aversión sin duda has de inspirar.

Quien sea honrado y sepa tu bajeza,
volverá, al encontrarte, la cabeza
para no leer el crimen en tu faz;
la esposa fiel huirá de tu presencia,
y si en alguien no ves indiferencia,
será en quien viva como tú... ¡no más!

Llora, adúltera, llora, reflexiona
que has profanado la nupcial corona
que el esposo en tus sienes colocó.
Ocúltate del mundo: en tu mirada,
que fué siempre apacible, inmaculada,
hoy arde el fuego que Luzbel prendió.

Llora, mujer, has ofendido al cielo:
no será el llanto para ti consuelo.
pero te hará palpable tu traición.
Llora, mas nunca creas que tu cuita
borre la mancha: vivirás maldita,
¡sin que tal vez alcances el perdón!

LA AVISPA NEGRA

En el cañón de cobre de mi pluma
ha construído su celda
una avispa gentil y silenciosa,
que con sus alas negras
acaricia mi mano cuando escribo
alguna estrofa bella,
y se oculta después en su agujero,
y espiándome se queda.

Es un misterio para mi: quién sabe
si esa compañera,
que está conmigo cuando pienso y lloro
en mi alcoba secreta,
sea una musa que en extraña forma
tal vez a darme venga
eso que sienten los que aquí en el mundo
se llaman *los poetas.*

La he llegado a querer con gran cariño,
como una amiga buena
que sabe de mi vida de inquietudes
la profunda tristeza,
y que si gozo de fugaz contento,
goza y se alegra,
y sus alas extiende y se dirige
en torno de mi mesa.

Si alguna vez yo mis sencillos versos
escribo cuando ella
liba la miel de las cercanas flores,
siento su ausencia;
guardo el papel porque la rima huye,
y huye la idea;
y temeroso del regreso ansiado,
mi alma se apena.

¡Es un misterio para mí! No há mucho,
en estrofas ligeras,
Ensalzaba virtudes: el civismo,
la gratitud eterna,
la lealtad, el honor... De su agujero
salió zumbando, inquieta,
la silenciosa avispa, y en la pluma
mojó sus alas negras;
las sacudió sobre lo escrito, y luego
voló con ligereza,
y fué a esconderse, con temor sin duda,
al fondo de su celda.

Quedé sumido en graves reflexiones
sobre lo que es virtud aquí en la tierra;
leí los versos que manchó la avispa,
dudé de mi obra, y la arrojé con pena.

LAS PLUMAS DEL INDIO

A Francisco A. Gamboa

Las plumas que hace tiempo nos sirvieron
de abrigo y de arma en la mortal pelea,
no existen ya, que al fin se convirtieron
en las plumas creadoras de la idea.

Esas plumas salvajes que en un día
fueron del hombre la oprobiosa afrenta,
hoy conmueven con rítmica poesía,
hoy se entretienen en difícil cuenta.

Ya la Europa vetusta se detiene
ante esas plumas de valiosa artista,
y a nuestras playas con sus fardos viene,
pero en son de amistad, no de conquista.

Pues el indio no vive entre las brumas
de la horrible ignorancia: ya palpita
su noble corazón, no bajo plumas,
sino debajo el frac o la levita.



José María Gomar

A MORAZAN

Aun están nuestros pueblos divididos
y componen aún cinco naciones,
que entre sí se amenazan con cañones
sin olvidar sus odios maldecidos.

No se juntan aún compadecidos
y llenos de piedad los corazones,
y sigue la bandera hecha jirones
y siguen aumentando los partidos.

Tú de la Patria la unidad quisiste,
luchaste siempre porque grande fuera
la patria idolatrada en que naciste;

mas no es posible contemplarla entera,
y hoy vemos con dolor que sólo existe
rota en pedazos tu triunfal bandera.

REDENCION

—¿Por qué te besan todos, madre mía,
y te dejas besar tan amorosa?
¿Por qué, dime, te pones ojerosa
y no te muestras a la luz del día?

Esto a su impura madre le decía,
contemplándola triste y cariñosa,
una chiquilla, cuya faz hermosa
el vicio respetaba todavía.

Sonrió la madre, llena de amargura,
y la niña, acercándose ligera
para abrazarla con filial ternura,

besó en su faz la lágrima primera;
y fué aquel beso de la niña pura
la redención de la infeliz ramera.

ETERNA LUCHA

¡Hiere, Dolor! Sufriendo resignado
voy por el mundo, sin llorar mi suerte
que cuando fué peor, fué cuando inerte
ví de mi madre el cuerpo amortajado.
¿Qué sufrimiento a ese fué igualado?...
¡Hiere, Dolor! que no serás más fuerte
que quien pudo mirar tan triste muerte
sin morirse también desesperado.
Tu aguijón implacable no me rinde
y es imposible que mi sér se abata,
aunque dichas el mundo no me brinde.
Siempre luché con la Fortuna ingrata
y de luchar el fuerte no prescinde
hasta que Dios la vida le arrebata.

EN EL CAMPO SANTO

Cipreses de este campo silencioso
donde moran sin ser los que ya fueron;
melancólicos sauces que pusieron
los que ahora a su sombra hallan reposo.

Palmeras donde el pájaro armonioso
viene a cantar los que su amor nos dieron;
gramales do se postran los que vieron
con vida a tanto sér triste ó dichoso,
decidme si en las noches apacibles
oís conversaciones dolorosas
de seres de otros mundos invisibles.
Porque yo creo que bajo estas losas
se lamentan las madres más sensibles
¡por estar con sus hijos en las fosas!

MI RETRATO

Me pides mi retrato, vida mía
en la carta que ahora me has enviado;
con mucho gusto yo te lo daría,
pero ni uno siquiera me ha quedado.
Eso no obstante, van estos renglones
mi retrato a formar de cuerpo entero,
describiendo, además de mis facciones,
el sér moral que remitirte quiero.
Dices tú que mis versos te han gustado,
que aunque no me conoces ya me quieres,
y ese amor en mi pecho ha penetrado
mucho más que el amor de otras mujeres.
Fija, pues, la atención, desde este día
en mi modesto pero fiel relato,
y grábalo en tu pecho, vida mía,
que es el álbum que quiere mi retrato.

Voy a empezar: no temas mis engaños
porque nunca de joven he mentido;
pero antes, refiriéndome a los años,
debo decir que treinta no he cumplido.
Soy alto, flaco, de mirada triste,
pálido rostro y algo narigudo;
mi pobre cuerpo con modestia viste
y más que de hablador, peco de mudo.

Negros tengo los ojos y el bigote,
que es fino porque nunca lo he cortado,
y apenas siente de mi mano el frote
porque en él mi ventura no he cifrado.
Grande es mi boca pero no ordinaria,
no conservo muy bien la dentadura,
mas con ella, con fuerza extraordinaria,
rompo la carne aunque resulte dura.
Grandes mis pies, parecen dos cruceros
que uno a otro se llevan a remolque,
sin que nunca en sus varios derroteros
haya peligro de que alguno *volque.*
Tengo los ojos en perfecto estado,
es fino y abundante mi cabello,
no parece mi estómago abultado,
pero largo, larguísimo es mi cuello.
Mis canillas son grandes, pero rectas,
y mis brazos también. Punto por punto,
tengo en mi cuerpo cosas imperfectas.
mas resulta simpático el conjunto. (¿¿¿-???)
Si algo olvidé, tú puedes suponerlo
y sin vanos temores agregarlo,
que así el retrato entero podrás verlo
y por siempre amorosa conservarlo.
Mis defectos son varios, pero tengo
(valga lo humilde) muchas cualidades:
a vivir de sablazos no me atengo
ni en pueblos, ni en villorrios, ni en ciudades.
Hablo poco, muy poco, escribo mucho,
a pesar de que cartas no contesto;
lo que hablan los demás nunca lo escucho
y jamás a un amigo le hago gesto.
Me complace a menudo la lectura,
y son mis novelistas predilectos
la Bazán y Coloma, que es un cura
que brilla entre los curas más perfectos.
Me gusta Claretie, Daudet me encanta,
deliro por Balzac, Galdós me alienta,
y Pereda mis ánimos levanta
y repaso los libros de Dicenta.

He leído diez veces el Quijote
y ahora voy en la lectura undécima,
aunque no falte un desgraciado zote
que diga que es una lectura pésima.
No dejo de leer las poesías
de los bardos del viejo y nuevo mundo,
ora dejen placeres y alegrías,
ora dolor y malestar profundo.
La poesía en mi cerebro esparce
cierto esplendor en que mis tristezas brilla,
y no dejo jamás a Núñez de Arce,
ni a Campoamor, ni a Flórez, ni a Zorrilla.
Batres no falta nunca de mi mesa
ni falta mi querido Vital Aza,
y siempre leo con delirio a Peza
sin olvidar a Víctor Hugo y Plaza.
A Calderón *devoro* con empeño,
sacando siempre de sus libros jugo,
y triste pienso que *la vida es sueño*,
pero ¡ay! un sueño que al Señor le plugo.
No dejo los autores nacionales
cual sucede a menudo entre nosotros,
porque hay lectores, sí, tan animales
que miran a los nuestros como a potros.
Voy al teatro con ferviente anhelo,
en general no falto a mis deberes,
y sólo en *Noche Buena* me desvelo
porque soy poco amigo de placeres.
Como mucho, eso sí: los macarrones
van siempre con mis platos favoritos;
pero tengo muy buenas digestiones
aún tragándolos todos enteritos.
De la música soy apasionado,
amigo soy de pájaros y flores,
y me gusta un buen sitio retirado
con árboles y fuentes y esplendores.
Adepto sin igual del matrimonio
a todos mis amigos lo predico,
aunque sé que a menudo va el demonio,
y la pata le mete y el hocico.

Me pediste, Enriqueta, mi retrato,
y mejor que en fugaz fotografía,
te doy con placer en el relato
que con cariño el corazón te envía.
Si como soy me quieres por esposo,
dilo pronto, carísima Enriqueta:
mas te advierto, rendido y cariñoso
que no tengo jamás una peseta.

ADELA

(La letra)

Escribir una zarzuela
se me antojó cierto día,
y sin ver como saldría
escribí mi pobre «Adela».
De padre con los afectos
presenté a la pobrecilla,
sin contar que mi chiquilla
nació con grandes defectos;
porque nunca padre ha habido
—y yo lo mismo he de ser—
que pueda defectos ver
en niño recién nacido;
además, en la hija mía
desde que al mundo nació,
noté placentero yo
que una cualidad tenía:
Dicen que nacen llorando
los hijos; más desconfiad,
pues yo aseguro en verdad
que Adela nació cantando.
Practicado cierto día
el bautizo de cajón,
hice su confirmación
en el templo de Talía.

Para acto tan religioso
y de tal solemnidad
asistió con ansiedad
un público numeroso.
Y es lo cierto que gustó
la chica a la concurrencia,
pues con sobrada indulgencia
muchas veces la aplaudió.
Mas a ello ha contribuído
que la niñita parlera
es sin duda la primera
que aquí cantando ha nacido.
Por ella el cariño crece
en mi triste corazón,
pues como padre, es razón
amarla cual se merece.
Sus defectos corregir
procuraré poco a poco,
que de momento, es un loco
quien lo crea conseguir.
Y aunque no vista de gala
y aunque bonita no sea;
yo la quiero linda o fea,
yo la adoro buena o mala.

María Teresa de Arrué

LA NIÑA DEL JARDIN

(En el álbum de María Rivera Paz)

Era el jardín de un alma. Cierto día
al jardín penetró
un angélico niño, y sonriente
las flores atisbó.

De la áurea aljaba que el rapaz lucía,
¡cosa rara de ver!
sacó, fulgiendo al sol, unas tijeras
de las flechas en vez.

Y claro indicio dió de que anhelaba
lindas flores cortar;
mas del jardín la dueña llegó al punto,
y preguntó:—¿quién va?

El intrusillo audaz fuese a su encuentro,
la miró y sonrió...
Ella exclamó con susto:—¡dí! ¿quién eres?
y él la dijo:—el Amor.

—¿Qué quieres, niño dulce, hermoso niño?
—Unas flores cortar...
—¿Cortar mis flores, las que son mi vida?
¡si te viera mamá!

—Pero soy el que en todos los jardines
bellas flores corté...
¿porqué te opones a que forme un ramo
que para tí ha de ser?...

—Oye: es que encierran especial aroma
las flores que hay aquí;
las marchita tocarlas y evapórase
su fragancia sutil.

¿No mirás? yo las cuido con esmero:
me las sembró mamá,
y no es justo que venga un sér extraño
a quererlas cortar.

—¡Son tan lindas y frascas! y más que ellas
solo, tan solo tú!
(Al oir esto tiemblan niña y flores
con extraña inquietud...)

—No las toques, por Dios, que se desmayan,
¡y de mí qué será!
¡Corre, niño, a otra parte y ya no vuelvas,
que te pueden mirar!

—No me hables de partir; aquí me quedo,
jardinero he de ser,
y aquestas flores del jardín de tu alma
yó las cultivaré.

Te adoro, jardinera de los cielos;
te haré y me harás feliz...
¡Mira arriba qué azul!... Cortemos flores,
¡que serán para tí!

(Sonó trémulo el viento en los ramajes;
ruido de aves se oyó;
las flores balancearon sus corolas;
y la niña con voz,

dulce como un suspiro de ternura,
como miel de panal,
y, como una plegaria, suplicante,
se la oyó murmurar: —

— Cállate, oh niño ensoñador y bello,
flores no te daré,
ni aquí te quedarás; quiero ser Eva
sola, sola en mi edén.

Tú pareces un angel, tienes alas,
volar debes de aquí
y dejarme en la paz de mi pureza;
soy mujer, ¡sé gentil!

(Sonó más fuerte el viento en los ramajes,
el niño sonrió
con amor y tristeza... abrió las alas
y se perdió en el sol...

La núbil niña, absorta, por la senda
florecida se fué,
y una lluvia de pétalos de rosas
cayeron a sus pies...)

Es fama que al nacer sonriente el día,
el rapazuelo Amor,
brillante de rocío a atisbar llega
del jardín en redor.

Y cuentan que la niña, aunque es dichosa,
se la mira vagar
inquieta en el jardín, como en espera
de alguien que llegará.

Y en diálogo amoroso con sus flores,
tímida se la ve
y les pregunta quedo, y con tristeza:
¿Al fin irá a volver?

San Salvador.

MADRE DOLOROSA

EN EL CALVARIO

I

Del semioscuro del paisaje,
se destaca la pálida figura
de la madre de Cristo sin ventura,
que llora su dolor.

De sus divinos ojos oscurece
la luz, el duelo que su pecho siente
al ver que muere de la Cruz pendiente
el hijo de su amor.

II

Ella cruzó la dolorosa vía
junto al mártir, convulsa y sollozante,
hasta llegar al pavoroso instante
en que negro capuz.

Cubrió la faz del luminoso día,
al exhalar su aliento postrimero
el Redentor del mundo, en el madero
sangriento de la Cruz.

III

Y está del hijo al pie, doliente y triste,
símbolo fiel del sacrificio eterno
de que es capaz el corazón materno,
fuente inmensa de amor.

«¡Hijo de mi alma!» exclama sollozante,
y cruzando las manos sobre el pecho,
al cielo mira y dice: «Ya está hecho;
¡el amor es dolor!»

A DIOS

I

Tuyo es mi corazón, tuya es mi alma
y solo tú, comprendes mi martirio
solo tú sabes, que no tengo calma
y que estoy sumergida en un delirio.

Que son mis sueños negros, muy horribles
que espantan a mi alma inmaculada
porque son imposibles, sí, imposibles
y me hacen aún, más desgraciada.

No he faltado al deber que me impusiste
por que tu voluntad es infinita;
siento dentro mi ser *lo que resiste;*
ya lo traje al nacer, y en mi palpita.

Traje de tí la gracia, yo la siento,
ella del mal me libra por doquiera;
me ha dado siempre un puro sentimiento,
siendo mi inseparable compañera.

Corre mi llanto sin cesar, amargo
y no tengo una mano que lo enjugue;
es el camino de mis penas, largo,
y está cubierto por la densa nube.

En ella la tormenta se desata
y hace temblar la senda ya escabrosa,
¡si pudiera matar!... pero no mata,
y hace mi jornada más penosa.

II

Yo pude ser feliz, tu no has querido;
la Dicha tan hermosa, se cubrió
me abandonaste en el eterno olvido...
y ¡oh Dios! la desgracia me envolvió.

Nadie sabe lo horrible de mi vida
por que es más dura de lo que parece;
llevo en el pecho una profunda herida...
¡mi desventura cada día crece!...

¿Quién para guiarme me dará su mano?
sola en el mundo, sin apoyo cierto;
como la nave en medio del Oceano...
¡sin divisar el tan soñado puerto!

ATLANTIDA

Más tengo un alma en el dolor templada
(Tú la conoces bien, tu ser la mira)
alma que no vacila, y elevada,
no desciende jamás; sólo suspira.

Apura un cáliz de amargura lleno
con la resignación que la acompaña:
No teme de enemigos dura saña
que tu recuerdo alienta siempre al bueno.

Te ofrezco mi dolor por los pecados
que yo haya cometido sin querer,
y cuando todos sean perdonados
quiero a tus pies, Señor, permanecer.

Para besar la orilla de tu manto
para que me bendigas sin cesar;
tú enjugarás, Señor, todo mi llanto
y tu grandeza yo podré cantar.

Noviembre de 1909.

A EL ALBUM DE LOLITA NUÑEZ

(Después de su muerte)

I

Voy a escribir sobre tus blancas hojas
hoy que huérfano estás,
y quisiera decirte... ¡tantas cosas!...
que mi mente se ofusca, y ya no sabe
por dónde comenzar.

Yo sé que lloras sin cesar la ausencia
de un ser espiritual,
de un angel que encogió sus níveas alas
para abrigarte en ellas amoroso
y librarte del mal.

Para confiar a tí sus impresiones
su dicha y su pesar;
para escribir idilios en tus hojas,
para poner allí, los pensamientos
que la hacían gozar.

Para besar tus páginas queridas
con el supremo amor
con que besan las madres a sus hijos
cuando en las vastas luchas de la vida
les agobia el dolor.

II

¿Quién te ha de prodigar dulces caricias,
y quién te ha de arrullar?
Si la divina Diosa que adorabas
ha volado hace tiempo a otras regiones
¡sin poderte llevar!...

Mas te dejó en el alma su recuerdo
¡eterno debe ser!
La impresión de sus besos en tus hojas,
el sagrado perfume de su aliento...
cual hálito gimiente de candor...
¡y en él llora en eterno sentimiento,
el casto, puro incomprensible amor!

A JULIO FLOREZ

(Improvisación)

Cuando era feliz, siempre cantaba
una de tus estrofas,
Hoy que soy desgraciada la repito
y alivia mis congojas.

Siento y al pronunciarla dulcemente
vuelven mis ilusiones
pero al callar... se avivan en mi alma
muy hondas impresiones.

Ella es el recuerdo de mi dicha,
también de mis enojos...
siempre la cantaré y aunque ella deje
muy húmedos mis ojos.

Sonson de Julio de 1906.



Juan Antonio Solórzano

ODIO ROMANTICO

A la luna

(Tema de Giossuê Carducci)

Luna pálida y triste, que, cual lámpara
funeraria, iluminas desde el cielo
a un mundo que parece que descansa
bajo mágico velo,
sólo te agrada poetizar las ruinas
y los lugares de silencio y luto,
y al fulgor de tus rayos melancólicos
la flor desmaya y languidece el fruto.

Tu luz fría, llegando a mi ventana
penetra audaz hasta el rincón sombrío
en donde duermo... sí, porque despierte
y sienta al despertar tristeza y frío.

Después, desde el cenit, cual diosa altiva,
iluminas los altos campanarios
y, coqueta, acaricias los laudes
de gemebundos bardos perdularios.

Y cobrando tu luz mayores bríos
en la mansión sagrada de los muertos,
te gozas alumbrando pobres cruces,
mármoles fríos y despojos yertos.

Luna pálida y triste, no te quiero;
odio ese frío y ceniciento velo
que te cubre, infecunda cortesana
de la corte nocturna de ese cielo.

FLORES MARCHITAS

Cuando entreabro la urna que guarda
las viejas reliquias
de pasados amores, que fueron
mis dulces delicias,
y leo las cartas que escribió temblando
la pálida niña,
que fué reina absoluta de mi alma
en mejores días,
y contemplo los rizos obscuros,
atados con cintas
que la mano implacable del tiempo
dejó desteñidas,
y beso el retrato, retrato en que vaga
su dulce sonrisa,
¡ay! entonces yo siento que vienen,
en las alas de húmedas brisas,
rumores de besos, sollozos, suspiros
y tiernas caricias,
y suaves aromas
de flores marchitas.

RIMA

Todas las tardes con la brisa errante,
mi alma te envía una canción, mi bella:
un suspiro de amor forma la música
y tu nombre la letra.

ENSUEÑO

Serena era la noche. Por el cielo
salpicado de estrellas argentinas
una blanca mujer atravesaba,
sobre nubes de rosa sostenida.
Llevaba en la siniestra una corona
de hermosas siemprevivas
y en la diestra, cubierta de crespones
y con las cuerdas rotas, una lira.
Parpadeaban llorando los luceros
al mirarla pasar. Y la seguían
enlutados arcángeles que tristes
entonaban solemnes elegías.
Al llegar al zenit, la misteriosa
puerta se abrió, y apareció, circuida
por un halo de luz esplendorosa,
una cándida niña,
por lo bella y lo casta, a una virgen
del Cauca parecida.
—¡Oh Musa del Dolor y la Tristeza!
¿Dónde está mi Efraím? ¡Dame su lira!
¡Esa lira cubierta de crespones
y con las cuerdas rotas!...
—¡Oh María!:
tu Efraím, tu ternísimo poeta
traspasó los linderos de la vida
terrenal; su alma pura,
desligada del cuerpo, va tranquila,
y en raudo vuelo hacia el lugar dichoso,
allá donde tú habitas.
Recibe la corona de laureles,
adornada de blancas siemprevivas,
y esta lira armoniosa
que dió notas dulcísimas.
¡Y al recibir las prendas adorables
aquella hermosa niña,
se oyó un suspiro que llenó el espacio,

y en medio de las dos vi que surgía
la figura apacible del poeta,
que lentamente ascendiendo iba,
al son de las antífonas de gloria,
en brazos de su Musa y de María,
hasta perderse en el azul del cielo
salpicado de estrellas argentinas!

CELOS

Cuando a mi bella le conté la historia
de mi primer amor,—
¡De aquella rubia que adorarme supo
con todo el corazón!—
Al referirle que en su lecho de muerte
miraba en derredor,
llamándome con ansia, enamorada,
para decirme adiós,
Ella, mi amada, con acento triste
que a mi alma conmovió,
—Tengo celos, me dijo, tengo celos
de aquélla que murió,
pues desde el cielo, sin piedad, me roba,
me roba un corazón!...
—¡Oh mi virgen, mi novia idolatrada,
no tengas celos, no!
Aquella rubia, convertida en angel—
en sueños la ví yo—
con sus alas purísimas de armiño
del cielo descendió,
y dirigiéndose hacia tí, en sus brazos
divinos te estrechó,
y, con acento de ternura lleno,
mirándome exclamó:
«Le devuelvo a tu amada aquellos besos
de tu primer amor»...

Y en tus labios de rosa, dulcemente
sus besos imprimió...
Y perdióse en los cielos murmurando:
«¡Rogaré por los dos!»

CANTARES

Si Dios, en sus altos juicios,
del habla el don nos quitara,
nos quedarían los ojos
y se hablarían las almas.

Por tu amor, te dije, soy
capaz de besar los cielos,
hoy he besado tus ojos,
¡y luego dices que miento!

A UNA ARTISTA

Ya trinos de senzontles que cantan a la aurora,
ya arpegios armoniosos de dúlcido turpial,
ya cuitas lastimeras de tórtola que llora
o ya tiernos suspiros de un pecho virginal:

Murmurios de las ondas de cristalino río,
que, amado de las flores, suspira sin cesar,
susurros de las brisas en el boscaje umbrío,
gemidos de las olas azules de la mar.

Todo eso, niña, imita tu sonoroso piano,
al sentir las caricias de tu sedeña mano...
y brota de armonías dulcísimo raudal.

Entonces llega al alma purísima fragancia
en alas de las notas que vuelan por la estancia
como aves invisibles de un sueño matinal.

SEGUNDA PARTE

Manuel Alvarez Magaña

ALMA

Iba yo por el éxodo, imprevisto,
sintiendo del amor ansia infinita,
sin saber—en mi afán—cuando te he visto
ni en qué lugar nos dimos esta cita...

¡Oh alma de mis glorias imposibles,
de saudades que fueron idealismo!
¡Oh musa mía de alas intangibles
que insinuaron mi pauta de lirismo!

Visión de ensueño, realidad humana,
hoy como ayer—del universo dentro—
fragante y fresca como flor temprana
en el sendero—por mi bien—te encuentro.

Como un rayo de luz en las umbrosas
metempsícosis en que te hube amado
surge el vago recuerdo de las cosas,
de espíritus y seres del pasado...

¿Fuiste una flor que perfumó la fronda,
el ave musical de un bosque ameno,
ninfa de un lago de apacibles ondas,
o náyade sutil de un mar sereno?

Sílfide aérea, misteriosa ondina,
hada gentil que acarició mi ensueño,
arcángel o deidad extradivina...
Yo no sé donde... ¡pero fuí tu dueño!

¿He sido en el pasado algún trovero,
ujier que anuncia, el paje que te nombra,
un heraldo del príncipe guerrero
o el bufón—junto a tí—sobre la alfombra?

EL INDIO

Pobre del indio, que perdió el linaje
de las plumas, del arco y de las flechas,
que herido como león en el boscaje,
a solas va, por ignoradas brechas:

Ora triste, ocultando su coraje,
sobre el polvo de ruinas ya deshechas,
recuerda de su América salvaje
sublimes glorias de pasadas fechas;

ora sañudo, pensativo y franco,
aislado en una lobreguez amarga,
de la gentil ciudad va por el flanco;

y tal vez, en la pena que le embarga,
por no mirar sobre su patria al blanco
baja la frente al peso de su carga...

TRIPTICO PATRIOTICO

PATRIA

Vuelta hacia el mar, de cara al Sol naciente
que refulge en el cielo cual prodigio
de gloria en luz; cantada, eternamente,
por el piélagos azul de tu prestigio.

Olímpica al soñar; alta la frente,
la sien ceñida por el gorro frigio,
puesta de pie sobre el ruinal yacente
de una torre feudal hecha vestigio.

Con gesto de desdén para la inopia
y siempre en el futuro pensativa,
con la esperanza de cualquier utopia.

Así quiero que estés: imperativa,
cabe la desbordante cornucopia
viendo a la nave comercial que arriba.

ESCUDO

Cinco banderas juntas, exornadas
por verdes ramas de laurel unidas,
sin las armas de heráldicas pasadas
que exaltan los corajes fratricidas.

Un triángulo en el centro, recortadas
las barras de color allí reunidas,
de las cinco Naciones federadas
que no fueron aún liberticidas.

De los altos volcanes el esquema,
la fecha de un espléndido periodo,
y Dios y Unión y Libertad por lema.

El gorro excelso, que refulge a modo
del Sol que alumbra el inmortal emblema,
y el iris en azur por sobre todo.

BANDERA

Insignia del honor y de la gloria,
de la fe, del Derecho y la esperanza:
al través de los tiempos y la Historia,
apóyate en el triunfo de tu lanza.

Lábaro insigne de inmortal memoria,
símbolo augusto de feraz bonanza:
Altivo siempre, en campos de victoria,
sirve de guía al lidiador que avanza.

Ostentes, al flotar, todo el anhelo
con que el patriota en el combate aterra
a quien pretende profanar tu suelo.

Y muestras en la paz, sobre la tierra,
espumas de la mar, claros del cielo,
y sangre de tus héroes en la guerra.

APELACION

Oidme señor Juez: si ella es perjura
y él en la causa resultó ladrón,
y resultando la sentencia dura
como Fiscal yo pido apelación;
retírese el mentido juramento,
devuélvase el robado corazón,
y declárense libres al momento
obligados al beso del perdón.

SIMBOLO

Dos fémures cruzados, a manera
de floretes o de aspas de molino
semejando una equis, cual si fuera
un gran problema que trazó el destino.
Arriba, una siniestra calavera
que, al aspirar a coeficiente, vino
a quedar como un cero que estuviera
retando a Dios y a su poder divino:

Restos de un sér que ahora se convierte
en la incógnita cruel de algún arcano,
puesto en enigma por su propia suerte;
realidad filosófica, que en vano
plantea de la vida y de la muerte
fórmula triste del misterio humano.

ESPIRITA

«Ved tu abanico, cerrado existe»
junto al espejo del tocador,
desde aquel día que tú me diste
un largo beso: ¡beso de amor!

Las blancas plumas de tu abanico
ya nunca, nunca, vendrás a abrir,
que como un ave de blanco pico,
cerró las alas, para morir...

Fué el confidente, mejor amigo,
en nuestras pláticas junto a los dos,
el no comprende que fué testigo,
éramos cuatro: yo, tú, él y Dios.

Por eso ahora que del récuerdo,
junto al espejo del tocador,
del primer beso de tí me acuerdo
¡La noche aquella de tanto amor!

¿Y mañana? Val vez cuando la muerte
epitalamie nuestro amor bendito,
en átomos de tierra habré de verte,
O en ráfagas de luz en lo infinito...

¡Oh alma de mis glorias imposibles,
de saudades que fueron idealismo!
¡Oh musa mía de alas intangibles
que insinuaron mi pauta de lirismo!

ODA

A su Majestad la Reina de los Juegos Florales

(Premiada con la Flor Natural)

Oh, Reina, ¿quién me diera
del dulce trovador el canto regio,
que en música ascendiera
y luego descendiera
disuelto en un divino florilegio?...

Sabed que vos, Señora,
con esa Corte de divinas galas
que el festival decora,
hacéis que extienda ahora
la Musa del pasado, aquí sus alas.

¡Ah! tiempos mediovales
en que iban los poetas de melenas
con versos ideales
al pie de los feudales
castillos, en las noches más serenas;

en horas que callada
la Luna va del Sol tras de las huellas,
cual reina enamorada,
de nimbos coronada,
con su cortejo fúlgido de estrellas;

En horas que elocuente
vibra la voz en musicales giros,
en esas que el ambiente
se impregna dulcemente
de besos, de fragmentos y suspiros...

Cuán bien, ¡oh Reina hermosa!
en los Florales Juegos vuestra Alteza
evoca deliciosa
aquella edad pomposa
del Arte, en homenaje a la Belleza:

Emergen del ensueño
recuerdos que dilatan sus siluetas,
trazando en el diseño
fantástico y risueño
perfiles de los líricos poetas:

Provenza con sus glorias,
como un tirso de flores levantado,
ostenta las memorias
de clásicas historias
y de dulces leyendas del pasado...

¿Qué mucho que os asombre?
cuando la noche en sombras se despeina
escribe triste un hombre,
clamando vuestro nombre,
pensando sólo en consagraros Reina.

Soñaba delirante,
de la lid en artístico trofeo,
a vos llegar triunfante,
llamado en ese instante
el ujier de la Reina del torneo;

dar paso aquí a los versos,
donceles que se acercan y levantan
un himno, en los diversos
ritmos que van dispersos
cuando a su digna Majestad le cantan.

Alados trovadores
os mandan de los campos un poema;
y os tejen con primores
de variedad de flores
las lindas hadas imperial diadema.

Tenéis, por fin, señora,
un trono y un dosel de seda y raso;
por cetro, en esta hora,
la flor que te decora,
del vate soñador que va de paso...

Sumiso a la grandeza
que en vuestra Corte sin igual admiro,
ujier de vuestra Alteza,
saludo a la Belleza
y pensando en la Reina me retiro!...



Rafael García Escobar

INVOCACION

Al eminente poeta Amado Nervo

Venid a mí, ¡oh, musa confidente
que en mis sueños de loca fantasía
te espera ansioso mi cerebro ardiente
y con un rayo de tu luz fulgente
ha de extinguirse la tiniebla mía!
No tardes más que triste y vacilante
quiero pulsar las cuerdas de mi lira,
quiero sentirte en ellas palpitante,
porque mi pobre corazón amante
solo contigo sin cesar delira!
Venid a mí, ¡oh, musa precursora,
emblema de mi amor, luz de mi alma,
que con tu beso nítido de aurora
has de alumbrar mi mente soñadora
y han de encontrar mis sufrimientos calma!
Venid a mí y con tus alas de oro
cubre mi frente pálida y sombría,
que en largas horas de ansiedad te imploro
y si eres tú la virgen que yo adoro
ven a extinguir esta tiniebla mía!

HIMNO A LA PATRIA

(Dedicado a mi estimado amigo don Manuel Enrique Araujo)

(Con motivo del Centenario)

CORO

Hoy la patria de glorias se llena
y se mira orgullosa y feliz:
ya no siente la tétrica pena
de la dura, afrentosa cadena
a que esclava la hiciera infeliz!

I

Ya los héroes altivos y fieles
que lucharon con plácido empeño
por sacarla de vil opresión,
coronada la sien de laureles
duermen todos el fúnebre sueño
delirando con bélico ardor!...

II

Salve, ¡oh Patria! Tus hijos te aman
y en tu manto de amor y bonanza
vienen todos su dicha a buscar
y alegres sonriendo te aclaman
con placer y sentida esperanza
entonándote un himno de paz!

III

Centro-América triste dormía
arrullada por hórridos mares
cuando héroica una voz resonó
atacando la audaz tiranía
y entre vivas y bellos cantares
despertó de su sueño opresor...

IV

Sea siempre la Unión tu bandera
protegida de efecto infinito
y tu escudo el trabajo tenaz,
porvenir muy felice te espera
tras el muro de hierro y granito
donde guardas tu honor nacional!

1911.

MUSA VIEJA

A Inés Núñez Gaudra, ilustre escritora Argentina

Por el desierto de la vida, errante
voy tras la sombra de un ideal risueño.
cuanto más me aproxime, más distante
tal vez esté de realizar mi *sueño*...
Sigo la marcha por sendero estrecho
sin desmayar en mi constante empeño,
y cuando creo estar más satisfecho
se desvanece todo como un *sueño!*...

Pero surge en el alma nuevamente
el ideal, otra vez, apetecido
como surgiera de un cerebro ardiente
un recuerdo exhumado del *olvido!*
Y en marcha por sendero tenebroso
voy sin fuerzas, quizá desvanecido;
a veces soy en el dolor dichoso
y de cada ilusión nace un *olvido!...*

LEJOS DE LA TIERRUCA

A la renombrada periodista Argentina, León Toro Richard

Todas las noches pienso en mis horas de angustias,
en mis horas de tedio y de amargo sufrir,
y veo mis esperanzas tan pálidas y mustias
que pienso entristecido, que pienso entristecido
que es mejor el morir!
Mis noches son muy largas, muy largas y muy tristes,
y en mi cerebro enfermo se agita la ansiedad:
destácanse del tedio las fúnebres tormentas
y cae sobre mi alma y cae sobre mi alma
la densa tempestad!
Yo voy por este mundo como el Judío Errante,
sin encontrar remedio para mi acerbo mal;
y quiero verme lejos, muy lejos y distante
de aquel país de ensueños, de aquel país de ensueños
de mi tierra natal...
Y voy por el desierto de la existencia humana
sin encontrar oasis en donde descansar:
arreando lentamente la humilde caravana
de mis tristezas hondas, de mis tristeza hondas
y de mi hondo pesar!

EL VERDADERO PERIODISTA

Al Dr. don Belisario Porras, en Panamá, respetuosamente

¡Paladín triunfador! En el combate
a la vanguardia vas de las naciones
y tu espíritu fuerte no se abate
ni ante el hondo vibrar de los cañones!
Por ejército llevas las legiones
de múltiples ideas que en tu mente
se agitan pregonando tus blasones,
cuando Febo salúdate en Oriente!...
Firme, impasible, altivo y resignado,
soñando en el futuro de tu gloria,
en el carro de luz de la victoria,
como un atleta varonil y osado,
por la senda florida del progreso
caminas aplastando al retroceso!...

HORA CREPUSCULAR

Al Príncipe del verso castellano, Rubén Darío

Ya la tarde en su tálamo de seda
envuelta en resplandores de escarlata
se desvanece alegre y placentera
en un lago de luz, de ópalo y plata...
Risa crepuscular que se dilata
por los anchos y azules horizontes
es la nocturna y alegre serenata
que las aves entonan en los montes.
Y la noche en su carro se aparece
con su manto de nieblas invernales
y todo muerto y sin color parece;
de repente la sombra se estremece;
es la luna que en rayos siderales
tras la montaña con vigor florece!...

15 DE SEPTIEMBRE

Al poeta Salvador Turcios R., fraternalmente

I

Noventa y dos años no más
han transcurrido hasta ahora
desde que la patria hermosa
recobró su libertad;
y siempre por este día
con singular alegría,
se recuerda aquella fecha,
fecha radiante de gloria
que escribió con sangre indiana
en el libro de la Historia!

. . . .

Centro América dormía
el sueño del coloniaje
bajo el túnel del ramaje
de sus selvas seculares,
arrullada por dos mares
soñando con libertad
y al despertar de ese sueño,
al parecer placentero,
sonó la voz del guerrero
y el mundo se estremeció:
se obscureció el horizonte,
pero tras del alto monte
un nuevo sol alumbró:
el sol de la libertad!
Entre destellos de gloria
se celebró la victoria,

Centro América ferviente,
ser libre, independiente,
grande, altiva, soberana,
ante sus héroes juró!
Y ahora, en este instante,
de gratas recordaciones
entre vivas y canciones
renacen en nuestras mentes.
esos nombres eminentes
de Barrundia y de Delgado,
de Aguilar y de Molina,
Arce, Rodríguez, Candina,
y el sabio más celebrado
José Cecilio del Valle.

II

Hermoso día aquél
en que la patria
apareció radiante de victoria,
coronada de nardos y de rosas
en el hermoso carro de la gloria,
en medio de la pública alegría,
de la entusiasta y loca gritería
de la soberbia
muchedumbre ignara
y del suave vibrar de la campana
que en su lenguaje de metal decía:
«Ya la patria
es libre y soberana;
la extranjera ambición que le oprimía
respetará su santa autonomía
y seguirá la senda del progreso
altiva, grande,
cariñosa, ufana,
sintiendo, acaso, el palpitante beso
que al despertar le prodigó la fama»!

DESMAYO

Al insigne prosista don Salvador L. Erazo, fraternalmente

Siento que ya mi corazón desmaya,
que mi fuerza vacila y se derrumba,
y cual la ola, que al besar la playa,
se aleja sollozante y moribunda!
No sé ni a donde el porvenir me lanza;
ya no puedo luchar, estoy vencido!
he perdido la fe y la esperanza:
¡déjame descansar, estoy rendido!...
Tan sólo ansío en mi dolor profundo
dormir el sueño eterno del olvido
y verme libre y lejos de este mundo
donde tan triste y desgraciado he sido!...
Siempre en la vida procuré ser bueno,
hacer el bien sin vanidad ni alarde,
y en cambio recibí hiel y veneno
del vulgo necio, estúpido y cobarde!
La envidia austera me ofreció su saña
y la calumnia su asqueroso cieno;
mas no con eso mi honradez se empaña:
¡nunca puede ser malo lo que es bueno!
Siento que ya mi corazón desmaya
que mi fuerza vacila y se derrumba,
y cual la ola, que al besar la playa,
¡se aleja sollozante y moribunda!

ESPEJISMO

Cuando sufro la negra pesadumbre
de esa duda fatal que ya me cansa,
de la ilusión en la empinada cumbre
aparece risueña la esperanza!

¿Por qué te amo y con tu imagen sueño?
¿Por qué deliro con tu amor latente?
¡Es que eres tú mi amor, mi único ensueño
a quien venero con pasión ardiente!
Y sé que del amor en el exceso
se llega, al fin, hasta perder la calma,
y te amo sin cesar con embeleso,
con todo el corazón, con todo el alma!
Bríndame el cáliz de tus labios rojos
para endulzar en él mis sinsabores,
quiero juntar mis ojos con tus ojos
para calmar mis íntimos dolores!
Es el amor un bálsamo que cura,
con la dulce expresión de una sonrisa,
de la existencia todos los rigores
y hasta el dolor en él se diviniza!...
El corazón que no ama es un desierto
sin oasis, sin calma, sin ventura,
donde todo se ve pálido y yerto
rebosante de tedio y de amargura!...
La vida es una sombra pasajera
un suspiro fugaz de un moribundo;
y es el amor un tren a la carrera
en donde alegre viaja todo el mundo!...

EN SU ALBUM

A la señorita María Rufina Brown

La belleza que en tu alma se aureoliza
se refleja en tu rostro encantador,
con la tersa expresión de una sonrisa
que unida diviniza
las flores de tu amor...
De tu rostro de seda, a los fulgores
desfallecientes y últimos del sol...
transfórmase en dos rosas,
sin cambios ni rigores,
bañadas de arrebol!...

Así del corazón idolatrizas
con el rico joyel de tu hermosura,
llevando hacia el collar de tus sonrisas
las almas que idealizas
con tu suave ternura!...
Mi musa te saluda alegremente
y desgrana sus notas de cristal,
para que unidas vayan al torrente
de aquella clara fuente
de tu voz orquestal!...

¿. . . . .?

Dedicado cariñosamente a la célebre escritora Condesa de Castellá, en Barcelona

Ya los sueños infantiles,
dulces sueños de mi alma,
se alejaron de mi mente
cual efímera visión;
las tristezas infinitas
que me tienen ya sin calma
son las únicas que habitan,
¡son las únicas que habitan en mi pobre corazón!
cuántas veces en mis noches insoniales y sombrías
en mis crueles agonías yo me pongo a meditar
y se acerca ese fantasma de mis muertas alegrías...
Le pregunto del pasado... ¡No me quiere contestar!
He querido varias veces olvidar esas quimeras
que me tienen siempre triste, taciturno y macilento;
me imagino que son ellas ilusiones pasajeras
y tan sólo así se calma mi pesado sufrimiento!
¡Cuántas veces en mis sueños
de poeta delirante,
con mis ansias, con mis dudas
he soñado ser feliz!...

¡Oh, delirios! ¡Oh, recuerdos
de mi espíritu anhelante
que se esfuman y me dejan
desgraciado e infeliz!
¡Cuántas veces he soñado
con la gloria y la ventura,
la que en otro tiempo hermoso
ocupó mi corazón,
y hoy tan solo me he quedado
la terrífica amargura
que me está ya señalando,
el camino del panteón!
¿Qué me importa que la suerte
caprichosa me atormente,
que me arrastre por el mundo
con sarcástico furor?
¿Cuando yo todo lo miro
con desdén... indiferente;
si en la lucha como he sido
soy altivo y vencedor?

LA CARIDAD

Virgen humilde cariñosa y santa
que llevas el consuelo al desgraciado:
tu voz es himno que le fe levanta
en el lecho del ser atormentado.

Siente un alivio a su dolor profundo
y con empeño sacrosanto lucha,
¡el triste y fatigado moribundo
cuando tu voz encantadora escucha!

Tu voz es fuerza de atracción sublime
que une a la humanidad en lazo estrecho,
¿quién con tu poder no se redime
y se siente a tu lado satisfecho?

¿Qué sería del huérfano doliente
si en este mundo caridad no hubiera,
del anciano sin pan, del indigente,
que sólo pena encuentra por doquiera?...

¡Oh caridad radiante y seductora
que del cielo a la tierra descendiste
con tus reflejos nítidos de aurora,
para alumbrar este desierto triste!

¡Bálsamo que del Creador, en su clemencia,
le vino, acaso, al alma dolorida:
hermosa luz que alumbra la conciencia
en esta obscura noche de la vida!

VELOZ

Al poeta y escritor Rafael H. Valle, fraternalmente

La vida pasa veloz...
¡adiós
nos dicen las ilusiones
con melancólica queja!
Deja,
cuando la fe se aleja,
el dolor en nuestro pecho
no se que mal sin remedio,
misterio
profundo e incomprensible
que atormenta la existencia!
Paciencia
debemos todos tener
para emprender
el escabroso camino...
Vino
para todo sér humano
la esperanza redentora
y mora,

hasta el día de partida,
en el alma del que sufre,
del que llora;
pero una vez ya perdida
se termina en un instante
la comedia de la vida!...

Al dr. José María Vides

¡Tú no has muerto! ¡Lo único que has hecho
es libertar tu espíritu errabundo,
que se encontraba en un recinto estrecho
atado a las cadenas de este mundo!
Ya tu cuerpo quedó en el cementerio...
Entanto que tu espíritu se lanza
a las hondas regiones del misterio,
en pos de amor, de luz y de esperanza...
Cuando está el alma a la materia atada,
semeja a un ave triste, prisionera,
que dirige su tétrica mirada
al intenso verdor de la pradera...
Los seres que se alejan de este mundo
van a gozar de sempiterna calma;
¡pues es dolor muy triste, muy profundo,
tener a la materia unida el alma!

PAGINA DE ALBUM

A la señorita Elvira Silva

He visto tu retrato ¡qué elegante!
¡Cómo en él se refleja la hermosura
de ese tu terso y nítido semblante
donde un poema de beldad fulgura!

En tu mirada centelleante y pura
se adivina del alma la grandeza,
compañera sin par de la ternura,
que integra por completo tu belleza!
Eres joven, amable y placentera,
que, del mar de la vida, en lontananza,
un esplendente porvenir te espera
que ha de surgir, tal vez, de la ribera,
como surge del alma la esperanza
cuando todo en el mundo desespera!...

MENSAJE

A la señorita Rosario Arango, reina de la belleza de Cuba

De esa mirada altiva y penetrante
que al inundar de luces' tu semblante
un universo de beldad campea,
me pareces a Venus Citerea!
El alma del poeta se recrea
al contemplar tu angelical figura,
que tiene los perfiles de la hebrea,
de la cubana singular ternura!
En pos de tí mi pensamiento avanza
para ofrecerte admiración completa
y aspirar de tus flores la fragancia;
la musa inspiradora del poeta
también se llega fatigada, inquieta,
en las alas de luz de la esperanza!...

¡NUNCA!

...Y has vuelto a renacer en mi cariño
como una flor de ensueño hecha de gloria;
pero mi pobre corazón de niño
ya no puede creer en la victoria!...

He de borrarte, al fin, de mi memoria
para seguir por mi camino incierto
despreciando tu amor mísera escoria
encontrada en las pampas del desierto!
¡Déjame por piedad! ¡Déjame en calma
porque el recuerdo de tu amor me aterra
y hace que, a veces, se estremezca el alma!
Está mi fe desvanecida y trunca:
quiero vivir con mi deseo en guerra;
pero ceder a tus reclamos, ¡nunca...

LA NIÑEZ Y LA ESCUELA

Al valiente luchador Matías Oviedo, fraternalmente

Es la escuela la nave del progreso
donde navega la niñez querida,
haciendo guerra a muerte al retroceso
en este mar inmenso de la vida!
Siempre veréis a la niñez unida,
afable, bulliciosa y placentera,
caminar por la senda apetecida
del porvenir que con empeño espera!...
Con débil paso —soñolienta— avanza
por la ruta que marca la victoria,
llevando fe ardiente, amor y esperanza,
y sigue vocinglera y no se cansa
en esta lucha dura y transitoria
hasta verse en los brazos de la gloria!...

FLORES DE ENSUEÑO

Eres una risueña y angélica promesa,
de púdicos ensueños, de celestial amor;
eres una encantadora y célica princesa
que haces vibrar el alma y olvidar la tristeza
de este pobre poeta que vive en el dolor!

Tienen tus ojos grandes la mística belleza
de los astros que brillan en toda plenitud
y se adivina en ellos de tu alma la grandeza
y de tus formas rítmicas toda la sutileza
que hacen sentir la fiebre de la sensualidad!...

UNA TARDE DE ENERO

(DESDE EL «CERRO PELÓN») (1)

Al eximio poeta José Santos Chocano

Es ya de tarde... El sol en el Ocaso
con roja cabellera destrenzada,
como triunfante rey prosigue el paso
hasta llegar al fin de su jornada...
En luz crepuscular se baña el monte,
el bosque, el prado y la feraz llanura;
de escarlata se tiñe el horizonte
el Cielo azul y la empinada altura...
Ya la noche despliega sus cortinas;
el toro muje en el boscaje umbrío;
se ven las juguetonas golondrinas
volar por el tejado a su albedrío...
«El gallo canta en el pajizo techo;»
el ave inquieta en el ramaje anida
y un campesino alegre y satisfecho
sugeta a su caballo por la brida!
Al noble esposo en la casita espera
la esposa amable, compasiva y grata...
Allá se ve la hermosa carretera
cual una cinta de bruñida plata!...

(1) Lugar muy dominante que está en la ronda de la ciudad de Sensuntepeque, Dep. de Cabañas, de donde se divisan algunos cerros y volcanes de El Salvador y países hermanos en la América Central.

Y en la pendiente de la loma verde
la vaca lame al ternerito overo,
y en la llanura, atónita, se pierde
la voz chillona del feliz vaquero!...
A lo lejos destácase imponente
el «San Miguel» altivo y arrogante
cual desafiando al alto «San Vicente»
que allá se yergue en el cofín distante!
Y de Honduras la inmensa serranía
se pierde lentamente en lontananza,
«a los destellos últimos del día,»
como se pierde en mi alma la esperanza!...
Mas la luna de súbito se asoma
ahuyentando las sombras de la noche,
el lirio esparce delicado aroma
de su rosado y perfumado broche.
y alegre sigue su camino errante
por el piélago azul del firmamento,
cual una novia virgen, palpitante,
llena de amor, de luz y de contento!...
Todo lo vuelvo a ver como en el día;
todo luce de nuevo ante mis ojos:
el bosque, el prado y la alta serranía,
cual de un recuerdo lívidos despojos!
y en la pendiente de la loma verde
la vaca lame al ternerito overo,
y en la llanura, atónita, se pierde
la voz chillona del feliz vaquero!...

FLORES DE PASION

Tu voz es dulce, afable y vibradora:
cuando hablas, niña, mi dolor transformas...;
pero es más dulce la voz encantadora
del divino lenguaje de tus formas!

Las curvas de tu cuerpo alabastrino
son cual lenguas de fuego que me llaman,
son las flores de luz de mi camino
que ya la fiebre pasional reclaman!...

Al través de ese traje que las cubre
tiemblan de amor en compasados giros
y un tesoro de Venus se descubre
al compás de sus íntimos latidos!

Quiero sentirme prisionero en ellas
cual gamo sutil por sierpe impía
y de tus senos arrancar querellas
con estremecimiento de agonía!...

FLORAL

PARA EL ALBUM DE JUANITA MARTÍN

Hay en tu cabellera arrebolada
lampos de sol al despertar el día
y en el suave fulgor de tu mirada
destellos de pasión y de poesía.
De tus labios la plácida ambrosía
ríe en tu bella boca de cereza
y de esa risa franca la armonía
disipa de las almas la tristeza!
De tu alma juvenil en los albores
agítase un enjambre de ilusiones
mensajeras de dichas y amores
y sigues—por la vida sin rigores,
entre sueños fébriles y canciones—
por una senda de fragantes flores!

PELICULAS CAMPESTRES

Al sabio maestro de la Juventud don Francisco Gavidia

DE NOCHE

I

Se ve un collar de fuego en la montaña
que circunda la cúpula altanera
a donde habita solitaria, huraña,
el águila caudal. En la ribera
del mar atronador que reverbera,
se ven los cervatillos asustados
que huyendo van de sofocante hoguera
con los ojos llorosos, inyectados...
Pasan después los ágiles venados
rompiendo los bejucos y las breñas
de los espesos montes y collados
y algunos ocultados tras las peñas
se quedan por momentos abismados,
con sus miradas tristes y sedeñas!...

II

El mar sigue rugiendo indiferente
por incendio voraz iluminado;
se retuerce feroz como serpiente,
o cual tigre gigante encadenado!
Las aves del boscaje han despertado
creyendo, acaso, próxima la aurora
y en los verdes manglares se han posado
para entonar su charla arrobadora.
La blanca garza su plumaje admira,
retratado en las ondas del estero
y parece que viéndolo suspira;
mas del incendio el luminar postrero
ya lentamente en derredor expira
y de sombras se viste el bosque entero!

MATINAL

III

El sol, por fin, su túnica desflora
anunciando en oriente un nuevo día,
y las alturas con su lumbre dora
causando de las nieblas la agonía.
Las vacas al redor de la alquería
lamen con avidez en las baldosas
la blanca sal: ¡magnífica ambrosía
que hace sus pieles tersas y sedosas!
Las ardillas brincando en los manglares
ocúltanse juguetonas y hurañas,
de la selva en los secos matorrales;
el viento muge entre las verdes cañas
y sus telas de encajes siderales
tejen con entusiasmo las arañas!

IDILIO

IV

Las ramas de los árboles se besan
y se unen y se quejan y deliran;
cuando amorosas su pasión expresan
parece que son almas que suspiran.
Las aves que en sus cóncavos anidan
soñando con un mundo de delicias
a los placeres del amor convidan
en el tálamo azul de sus caricias.
El río se despeña entre clamores,
surcando altivo la arboleda umbría,
y añorando sus íntimos dolores
cruza por la azulada serranía,
y desciende, otra vez, por los alcores
como sierpe, de plata, en agonía!...

FILIGRANAS

Al poeta Alonso A. Brito, frarernalmente

Envuelta entre los rayos de la luna
pasaste junto a mí
tímidamente
como una estrella fugaz y transitoria
al surcar el cristal de la laguna!
Radiante de victoria te seguí con el alma y con los ojos
bebiéndome la luz de tus sonrojos;
ávido de placeres y de gloria
quise aprisionarte entre mis brazos
lleno de fe,
de amor
y de bonanza;
pero caiste, al punto, hecha pedazos
y murmuró una voz en lontananza:
«iluso
has muerto tu esperanza»...
Y la visión huyó con lastimera queja,
como una
estrella fugaz
que se refleja,
en un ziszás,
por el terso cristal de la laguna.

PAGINAS DE ALBUM

CUANDO NACISTE

Dios te dió el encanto de las flores,
ese tu encanto celestial que hechiza:
en tus labios se aduermen los amores
al beso arrullador de tu sonrisa.

CUANDO HABLAS

Todo palpita alegre y se estremece;
todo respira amor con grato empeño:
la luna en el espacio se aparece
cual ave mensajera del ensueño!...

CUANDO RÍES

En la floresta rústica y hermosa
modula el viento plácidas querellas:
se tiñe el cielo de color de rosa
«y se inclinan a verte las estrellas».

SI SUSPIRAS

Se oye del bosque en la extensión desierta
cual de un arpa nota palpitante,
que en la región del éter se despierta
melancólica, dulce y sollozante!...

CUANDO DUERMES

Un angel celestial vela tu sueño,
en tanto que tu espíritu inocente
vaga por los países del ensueño
a todo lo mundano indiferente!...

CUANDO DESPIERTAS

Llegan los ruiseñores a tu estancia
con su charla de amor arrobadora
y los lirios te bañan de fragancia
a los besos primeros de la aurora...

CUANDO SALES

Calman del sol los vívidos fulgores
y te brindan los árboles su sombra
arrojando sus hojas y sus flores,
para que sirvan a tus pies de alfombra!

CANTARES Y EPIGRAMAS

Al ilustre poeta Narciso Díaz de Escovar

Desde que murió mi madre
murieron mis ilusiones,
murieron mis esperanzas
y nacieron mis dolores!

*

Mi vida es como un océano:
llena está de tempestades,
llena de tempestades,
como un cielo sin estrellas
o como un nido sin aves...

*

Si ella supiera mis penas
tal vez las mitigaría:
yo no quiero que las sepa
porque ellas sólo son mías!...

*

Me dices que tu cariño
ha sido siempre constante
y sin embargo no niegas
que en un día me olvidaste!

*

Ya tu amor está probado
como un amor verdadero;
no hay mujer que sea fiel
ante el brillo del dinero!

*

El oro del pobre es cobre
y el cobre del rico es oro;
hay honores para el rico
y para el pobre desdoro!

*

Sin dinero es el talento
como una noche sin luna
y vale más un jumento...
cuando el dinero le aduna!

*

Tío León va muy ufano
con una verde levita
que le heredó don Cipriano
el tío de su abuelita;
pero otros dicen que no,
según afirma don Pío
esa levita compró
de *ganga* en el Montepío!...

*

El mono ya es abogado,
fué a Guatemala a estudiar
y como es tan desgraciado
lo más que se le ha quedado
es por solfa rebuznar!
y ahora que ha regresado
con título de doctor
no sé qué empleo le han dado
¿y si supieras lector
que èl título fué comprado?...

OYENDO LA SERENATA

(Al distinguido escritor y sabio naturalista Salvadoreño, doctor D. David J. Guzmán)

¡Oíd... Oíd... Qué música tan grata!
¡Cómo se quejan y en tropel se alejan
las notas sollozantes,
al empezar la dulce,
la triste y doliente «Serenata»!
¡Y cómo en el ambiente se dilata
ese rumor de alas invisibles
que recuerdan a mi alma entristecida
una historia de amores imposibles
que avivan las nostalgias de la vida!...
Envuelto entre los pliegues de la brisa
danza el recuerdo de un amor perdido
y por el espacio inmenso se desliza
y pasa muy de prisa,
como pasa veloz una sonrisa
«a perderse en las tumbas del olvido»!

. . . .

Y prosigue... y prosigue
la música divina!...
La noche desplegando su cortina
cubre a la ciudad triste y desierta
que semeja a una muerta,
envuelta entre la pálida neblina!...
¡Oíd... Oíd... Qué música tan grata!
Trae a mi pecho fraternal consuelo
y en las rosadas alas de su anhelo
el alma por el Cósmos se dilata
al escuchar la dulce,
la triste y doliente «Serenata»
y el ronco sollozar del violoncelo!...
¡Cuánta alegría en los semblantes leo,
y qué tristeza sepulcral yo siento!

. . . .

Dejo vagar mi pobre pensamiento
y en su correr fugaz—tal halagüeño—
se remonta por el ancho firmamento
hasta el país ignoto del ensueño!
Entanto que mi espíritu errabundo
medita en las tristezas de este mundo,
en la amarga caricia de un deseo,
en la difunta fe de mis amores;
se acrecentan mis íntimos dolores
y hecha cadáver mi esperanza veo!...

. . . .

¡Oíd... Oíd... Qué música tan grata!
¡Cómo se quejan y en tropel se alejan
las notas sollozantes,
al terminar la dulce,
la triste y doliente «Serenata»...

EL TRABAJO

(A los obreros Hispanoamericanos)

¿Qué es el trabajo? Talismán sagrado
que hace en la tierra un semi Dios del Hombre:
vuelve dichoso al ser desventurado
y le da gloria, bienestar y nombre!...
De Gutenberg la fama no te asombre,
ni que Homero y Colón surjan de abajo,
porque se encuentra paz, vida y renombre
en las fuentes divinas del Trabajo!...
Hay un himno triunfal que nos fascina
y que en su música bella y argentina
enamorado tiembla el Universo:
es el himno vibrante del Obrero;
es que al choque del hierro y del acero
el carro del progreso se fulmina!...

¡MADRE MIA!

Ha mucho tiempo que el Destino adverso
cerró tus ojos a la luz del día
y desde entonces veo el Universo
sin luz, sin esperanza ni alegría!
La noche de tu ausencia ¡madre mía!
es noche de tristezas y de llanto,
donde todo es dolor, todo agonía,
desolación, angustias y quebrantos!...
Del casto hogar se oscureció el santuario,
al ocultarse mi polar estrella
tras la negra montaña del osario...
Mas, hoy que triste vengo al cementerio
sintiendo, otra vez, de mi pesar la huella
florece una esperanza en el misterio!...

PARA ENTONCES

Cuando la muerte candorosa y bella
cierre a la vida mis dolientes ojos,
para borrar toda mundana huella
que incinerados sean mis despojos,
mis versos, mis recuerdos y mis cosas,
que en un tiempo formaron mi ventura,
que fueron la fragancia de mis rosas
y que ahora son hiel de desventura!...
Yo no quiero de nadie remembranzas,
que nadie compadezca mis dolores,
porque murieron ¡ay! mis esperanzas
de la infamia sufriendo los dolores!
¡Tengo asco de la vida! ¡Asco de todo!...
De todo lo que es malo o es adverso:
del gusano que vaga por el lodo
y del conjunto, en fin, del Universo!...

Armando Rodríguez Portillo (1)

VERSOS A TOTO

«Te amo, poeta, tuya soy,—dijiste;
»mi vida serás tú... yo seré buena...
»Mi existencia es muy triste
»y el vaho de esta vida me envenena.
»Yo quiero amarte,. pero con el fuego
»que purifica el alma...
»Sé buena...»
Los ecos de tu ruego
despertaron la calma
honda, muy honda que en mi pecho había;
y en vuelo silencioso
llegaron a mi espíritu luctuoso,
cual pájaros enfermos, la Alegría,
la Esperanza y la Fe.
Tus tristes ojos
leyeron en los míos el poema
de un gran amor; y yo, en tus labios rojos,
bebí la miel suprema.

(1) Muerto trágicamente en San Salvador el 16 de junio de 1915.

ENTONCES

No sentirás bajo tu mano fría
del corazón el último latido,
ni juntarás tu boca con la mía,
ni el eco tuyo vibrará en mi oído.

No habrás de ver cuando mi fosa se abra
y me trague y encierre en sus horrores,
sin una cruz que diga una palabra,
sin coronas, ni lápida, ni flores.

Pero sabrás, que amándote he sentido
el fatídico beso de la Muerte,
como un adiós hacia el eterno olvido,
sin la dicha inmortal de poseerte.

Y entonces me amarás... Al Camposanto
te llevará el amor, aunque tardío,
y buscarás para verter tu llanto
las soledades del sepulcro mío.

ANGELUS

I

La tarde azul se borra en el Oriente
y un tono lila en el Ocaso arde
como un amén de luz en la silente
agonía serena de la tarde.

Hay vaga languidez en el alarde
tembloroso de Vésper y se siente
llorar el corazón en la cobarde
añoranza de un ángelus doliente.

Fué así la vespertina trasparencia
de aquel cielo purísimo de raso
cuando, dolidos de futura ausencia,

ceñida a mí, cogida de mi brazo,
contemplamos con muda reverencia
la lividez sombría del Ocaso.

II

Hoy que lejos está, la remembranza
de aquel idilio mágico y risueño,
como una rosa lánguida de ensueño,
se cópia en el cristal de la esperanza.

La fantasía de mi loco empeño
finge acercar la triste lontananza
donde ella está y a descubrir alcanza
su imagen pura en ideal diseño.

¡Demencia del amor! La estoy mirando,
pero la imagen se evapora cuando
pálido el oro de la tarde muere;

despierta enfermo el corazón; y entonces,
en el clamor doliente de los bronces,
oigo gemir un hondo miserere.

AÑO LIRICO

Año nuevo igual a todos,
ya llegas, yo te esperaba
para mirar en el cielo
tus tardes y tus mañanas.
Al llegar la media noche
la ciudad, alborozada,
cantará su epifanía
de dichas y de esperanzas.

¡Amor! ¡amor! dirá el mundo;
¡amor! dirán las campanas,
dando al viento, vocingleras,
su melodía metálica.
Los que en la dicha nacieron
más dicha en tí, año, aguardan,
y creen en tí los que sufren,
los que suspiran y aman.
Para mí, año que vienes,
al año viejo te igualas;
año de amor para otros,
a mí no me traes nada.
Año nuevo igual a todos,
ya vienes, ya te esperaba:
sólo veré como siempre
tus tardes y tus mañanas.

VENUS IMPUDICA

Al poeta R. Mayorga Rivas

De la florida y lujuriante fronda
llegas al baño, y núbil tu figura
tiembla al copiarla, virginal y pura,
el señoliento espejo de la onda.
Ante el rubio milagro de tu blonda
cabellera y tu blanca arquitectura,
como aliento de amor, en la espesura
detiene el blando céfiro su ronda.
Todo está, por mirarte, silencioso:
calla en la rama el pájaro armonioso
y el sol con rayo tímido te espía;
sólo al mirar que al beso de la fría
onda, entregas tu cuerpo luminoso,
para besarte resplandece el día!

TU ERES POESIA

A. D.

¿Por qué me pides versos? ¿Puedo acaso
decir lo que tu voz dulce dijera
suave y sutil como el *fru fru* del raso?

No hay música ni pauta
para la rima que escribir quisiera,
caprichosa y difícil como fuera
la fuga milagrosa de una flauta.

Aunque no te has dado cuenta
que arrullas al hablar con la armonía
de una égloga de amor que se instrumenta
en un tema que dice: «Poesía.»

Eres cual rima sacra e imposible,
como el verso moderno y decadente,
vaporosa y elástica y flexible;
pura y limpia cual cielo transparente.

¿Para qué quieres versos, si tú eres
un manojo de rimas musicales
donde pudieran todas las mujeres
para ellas escoger sus madrigales?

Canta, pues, con la lira melodiosa
que cuando hablas se inicia en tu garganta;
dime a mí cualquier cosa...
lo que quieras decir, háblame, canta.

LA SIEMBRA

Bajo un sol matinal de primavera,
que de áureos toques el follaje borda,
se abre la arada en la gentil pradera,
junto al torrente bramador que asorda.

Se apoya el labrador en la mancera
del tosco arado, y con la yunta gorda
va esponjando la ubérrima ladera
que en negras floraciones se desborda.

Detrás regando la simiente, a pasos,
sobre la amelga de fecundos trazos,
va el fornido gañán de anchas espaldas,

mientras cruza los ámbitos sonoros
gárrula banda de fugaces loros
como un collar de verdes esmeraldas.

RIMA

Has visto ya la triste lejanía
del ancho mar, a la hora gemebunda
en que agoniza el día,
y una ave solitaria y errabunda
que va cruzando la extensión sombría?
Vieras también el interior de mi alma,
como ese mar, inmensamente triste,
envuelta en honda calma
desde que tú te fuiste,
y cual pájaro azul, silente el vuelo
y con la ala herida,
tu amor, que va, como visión de duelo,
cruzando el horizonte de mi vida...

HUMO

Fumemos; en el humo veo surgir la vida
que en el mísero cuerpo locamente consumo;
las vagas languideces del alma adormecida,
su sueño desperezan en las espiras de humo.

Como el votivo incienso de elásticas volutas,
el alma del tabaco tiene santas piedades,
tiene la faz solemne de todas las cicutas
con un raro deleite de voluptuosidades.

Tienen los copos de humo personificaciones
de mundanos remedos, como cuando se mira
que se arruga una falda llena de tentaciones
sobre la forma núbil con que el alma delira.

Yo he cerrado los ojos; pero el humo implacable
se ha apoderado entonces de mi cerebro enfermo
y me ha fingido toda la visión adorable
que sacude mi espíritu desfallecido y yermo.

La quietud y el silencio de mi asolada estancia
se juntan al capricho perezoso del humo:
se ha llenado el ambiente de femenil fragancia
y el roce de un vestido cerca de mi presumo.

Liviandades de antaño, corroídas de olvido,
vuelven a mí veladas por el ambiente opaco,
donde un recuerdo alegre, ya medio desteñido,
revive en la embriagante languidez del tabaco.

En la sutil madeja del ensueño azulino
la alegría se mece picaresca y beoda,
con las provocaciones y el encanto felino
de una mujer alegre que se nos brinda toda.

¡Oh, mis buenos amigos! fumemos, que la vida
nos ha engañado a todos, a pesar de ser buena;
como la opaca nube medio desvanecida,
la vida es un ensueño de alegría y de pena.

Bella cuando se enciende, triste cuando se apaga,
la vida, amigos míos, nos ha puesto beodos,
y la vemos marcharse como la niebla vaga
del humo alucinante que nos engaña a todos.

Salvador L. Erazo

EN EL SENDERO

Yo te he visto radiante de hermosura
en medio de la calma del sendero,
oyendo con angélica dulzura
el canto del zenzontle montañero.
Yo te he visto en la falda de las lomas
siguiendo con tu lánguida mirada,
el vuelo de las cándidas palomas
en la serena bóveda azulada.
Te he visto, mas, al asomar la aurora
en medio de la gloria del paisaje,
recogiendo con gracia seductora
las flores perfumadas del boscaje.
¡Oh, fresca y sonrosada campesina!
¡Oh, flor, la más hermosa del sendero!
Más bella que la luz y más divina
que las tardes radiantes de Febrero.

MADRIGAL

(A Jeanette)

Cuenta, mi reina, que un hada,
miel en la fuente rosada
de tu boca fué a libar;
y desde entonces, ansiosas
abejas y mariposas
quieren tus labios besar.

EL ARROYUELO

A la ilustre escritora, la condesa de Castellá, en Barcelona

Corre parlero entre la selva hojosa
el arroyuelo de agua cristalina,
rimando con su cántiga argentina
la música del viento sonorosa.
Ya se oculta en la fronda misteriosa,
o se pierde en la exúbera colina,
reflejando en su linfa diamantina
la bóveda del cielo majestuosa.
Ya se riega travieso en la cañada
y salta de un peñón al verde llano
formando una bellísima cascada.
Luego veloz se escurre en el lejano
valle florido; y va por la azulada
extención a perderse en el océano.

AÑORANDO

Al eminente poeta Rubén Darío

Risueña y olorosa mañanita
que me haces añorar tan dulcemente,
en aquellas de Mayo en que musita
con más gracia su cántiga la fuente.
En aquellas de Abril, cuando en el monte
revientan las rosadas clavellinas
y desgrana entre el manto de neblinas
su rosario de trinos el zenzonte.

Oh azul mañanita en que las flores
esparcen su perfume en los senderos,
y cantan dulcemente sus amores
los vistosos *chiltotes* montañeros.
¡Mañana de Diciembre! mañanita
que cubre de neblinas todo el monte,
mañanita fragante en que musita
su canción el indígena zenzonte.

A UNA ARTISTA

Hacia qué puerto gitana
te lleva ahora el Destino?
Dónde soñarás mañana,
a la vera de un camino
o en una playa lejana?
Tu voz tan espiritual
en qué comarca apartada
vibrará como el cristal?...
¡Oh, artista nunca olvidada!
¡Oh, vagabunda ideal!
En la hora evocativa
recordamos con pasión
tu mirada pensativa
y tu voz tan sensitiva
que nos tiembla el corazón!...

Gustavo A. Ruíz

LA GITANA

En el muelle solitario. Frente al mar. En la umbría
soledad del crepúsculo taciturno y huraño,
bajo la incertidumbre de una vaguedad fría
cual si flotase el alma triste de un desengaño.
Una gitana, al punto, surge entre la indecisa
claridad que pudiera ser como una ternura,
y abrió una mariposa de luz en su sonrisa:
era la mariposa de la Buenaventura.
Asióme de la diestra la gitana: en sus grandes,
pupilas fatigosas cruzaron las visiones,
y a modo de un lejano desfile de los Andes,
pasaron mis ensueños y sus evocaciones.
Sueñas, me dijo—líricamente triste—como el mar que gemía,
y yo en sus grandes ojos mis dos ojos hundía;
y hallé en el fondo mismo raras afinidades
entre sus pensamientos y entre mis soledades.
Algo que nos unía, frente aquel mar doliente,
acaso un mismo ensueño debajo de la frente.
Así me miró un largo rato con la mirada
siniestramente bella, cual la hoja de una espada.
Y dócil a la fuerza de aquel áureo hipnotismo,
fuí haciendo delaciones: me delaté a mi mismo.

Ella hablaba—me hablaba quizás de esa manera
tierna, insinuante, bella, como quien dice cosas
que fuesen el retorno de alguna Primavera,
y que hoy tienen el vago perfume de sus rosas.
Yo la escuchaba. Me habló de hondos misterios,
de imposibles amores que mi gran alma abriga,
de ansias, sueños, tormentos,
y de mi pensamiento que es como un viejo auriga
que fustigara el látigo de todos mis lamentos.
Me recordó la historia, vieja, sencilla y triste
del tierno amor huraño que en mi dejó su rostro
y que hoy es como un vano recuerdo que persiste...
Dijérase en las aguas el resplandor de un astro,
me habló de la ternura de una mujer, del día
en que sus amorosos brazos sobre mi cuello
ungieron los ungüentos de su melancolía.
Me recordó sus manos, donde el cristal de roca
halló sus transparencias. Me habló de su cabello
y de la miel dorada de la ubre de su boca.
Y mientras el acento de su voz se desmaya,
como la melodía de un orquestal desvelo,
fijó sus grandes ojos en la remota playa,
cual si la interrogase; después miró hacia el cielo,
y prosiguió: la patria, que es vuestra desposada,
une todos los lazos de los cariños buenos
y os ofrece, al retorno, como la madre amada,
para vuestras heridas la leche de sus senos.
Volvéis, señor, de lejos, y sois el peregrino
que carga con su tienda por el blanco camino
donde florece el mirto de las idealidades
y donde los espectros surgen de otras edades.
Hubo un largo silencio... Después cruzó como una
claridad por sus labios, y en la penumbra incierta,
era aquella sonrisa como un claro de luna
que envolviese el cadáver de otra sonrisa muerta.
Yo la hablé entonces; díjela: Gitana
que sabes el futuro y el pasado, responde;
enséñame la clave que aprisiona el mañana;
dime cual es el rumbo de mi futuro. ¿A dónde
encontraré los óleos del amor, en mi vida,
dónde hallaré la mano que ha de curar mi herida?

Sacudió la cabeza de una extraña negrura;
en sus labios marchitos puso el índice en cruz
y con un gesto digno de una griega escultura
el silencio me impuso...
Naufragaba la luz...

Aguas del Pacífico, 1911.

ANIVERSARIO

Iban los dos hermanos
por el fácil camino que cortaba los llanos;
y la tarde, doliente madrigal de tristezas,
fatigaba los oros de una acidua armonía
sobre limbo dorado de sus rubias cabezas;
a lo lejos, el viejo sol de Octubre, moría.

Y el hermano, le dijo, a la hermana: han pasado
dos inviernos, que el padre bajo tierra reposa,
floreciendo los mirthos que tú misma has sembrado,
el rosal de su tumba ya ha iniciado una rosa.
Y la hermana callaba; que el silencio es como una
sepultura; el recuerdo abatía su vuelo,
y en el gran azul triste, se dijera la luna,
una lágrima sobre las ojeras del cielo.

Parecía el camino prolongarse, callado,
el camino es lo mismo que un amor olvidado.

Y la hermana, le dijo, al hermano: ha faltado
nuestra madre, que un día exprimió su ternura,
y el hermano de pronto, quedóse callado
como en el silencio de una sepultura.

De muy lejos las sombras venían...
y sobre el camino que corta los llanos,
blancas velas del mar, parecían
las vagas siluetas de los dos hermanos.

A LA LUNA INDO-ESPAÑOLA DE ENERO

Luna blanca, luna buena,
luna de pristino albor,
¿eres acaso azucena
del Señor?

Luna de tonos dorados,
como una ánfora, luciente;
luna de los emparrados,
negligente.

Luna aurífera y divina,
dime «sí» o dime «no»
quizá fuiste la piscina
en donde alguna menina
se bañó.

Luna acrobática y sola,
quién te mira te ha de amar;
¿dónde irás de carambola,
bola
de billar?

Luna pálida de Enero
que vas nevando el sendero
y entristeciendo el camino:
¿Eres acaso un cordero
divino?

¿Serás áurea margarita
que Amor, pétalos arranca?
¿o eres cofiecita, blanca
cofiecita?

Globo de herrumbre y cristal
en donde los vinos tuyos
se escancian en el misal,
¿o eres, oh luna, un nidal
de cocuyos?

Nupcial y solemne la hora
haces con tu casto brillo,
cuando la novia es la aurora,
tú, el cestillo.

Luna pálida de Enero
que nievas sobre el sendero
y entristeces el camino...
eres, sin duda, un romero
peregrino.

Luna anémica y andante
de América de Colón,
triste luna, interrogante
del amante
corazón...

SIC...

Suave y cruel aburrimiento
de la heredad natal,
en que el espíritu vive
como en jaula de cristal,
para ver pasar el tiempo
triste, lento, pertinaz,
por la mancha del paisaje
íntimamente rural.

Está abierta la ventana
de mi vida que se va...
mientras pone telarañas
la tristeza de esta paz,
entre la estrella remota
y el interior manantial
en que debió reflejarse
el fondo del ventanal

Las cordiales vecindades...
La niña que toca mal
el piano. La despedida
del amigo que se va.

El sol que derrite plomo
hostilmente singular,
y en el tósigo del tiempo
una pena que soñar...

ROSAS GALANTES

(En el álbum de Juanita Martín)

Cuando llega la luz sutil en gamas
y se fragmenta en líricos antojos,
como rayos de sol entre las ramas
se asoman las sonrisas a tus ojos.
Y tu boca desgrana notas bellas,
frágiles, breves, áureas, temblorosas,
porque al par que son luz de tus estrellas
son también el perfume de tus rosas.

A DOÑA CLARA ROBLETE CABRAL (1)

Composición premiada con medalla de oro por el Ateneo de Guatemala, en el concurso centroamericano del centenario de Batres Montúfar.

Señora: desde anoche, a vuestra pleitesía
pensé escribir la carta que os mando. Mi poesía
no es huraña con vos, ni es émula de quejas:
llega como la luz de la luna a las rejas;
hace recordaciones de otros tiempos mejores,
en que eran las palabras ramilletes de flores;
Y evoca tiernamente los infieles desvíos,
porque sabor al fruto disteis de otro cercado,
cuando noviembre lírico trajo sus aires fríos;
a la ciudad del reino de Pedro de Alvarado.

(1) Heroína del Relox.

Erais la dama entonces de las murmuraciones,
todos en vos pensaban; y las galanterías
iban en la asechanza de sus persecuciones
entre los cabeceos y las zalamerías
¡oh! ¡de las entumidas huecas aristocracias!
¡Oh, los jóvenes tiempos de las viejas edades,
en que érais vos la dama que aduna ba más gracias
en los saraos frívolos de las ingenuidades!
¡Hermosos tiempos...! Todo era un fiel misticismo
Todo era un egoísmo
plácido. En el misterio del conventual sosiego,
una sonrisa empieza donde termina un ruego;
Y hubo siempre escondida para alguna novicia
tras el confesonario la miel de una caricia;
y bajo los balcones, envuelto en la española
capa de terciopelo, cruzar alguien solía
en alta noche, vuestra calle dormida y sola
(era éste don Alejo, tal un don Luis Mejía.)
Os hablaba señora
de vuestra tentadora
Belleza sugestiva;
de vuestra encantadora
cabeza pensativa.
Besaba respetuoso
vuestras ensortijadas
manos, con amoroso
deleite aprisionadas.
Y hablando quedamente, su voz algo tenía
de esas modulaciones que el labio hace en los rezos,
y era aquella una clase rítmica de poesía
que usa un alfabeto de veintisiete besos.
Noches frías, muy frías, tiernamente serenas,
en que las celosías semejaban colmenas;
y en que la luna huraña tras de nube indecisa
para dejar besaros, allá en la alta cornisa
escondía su cara lívida y taciturna,
en el deshojamiento de su gloria nocturna.
¡Cuánto tiempo ha pasado!
Cuánto tiempo há señora que murió esa poesía,
en la ciudad del reino de Pedro de Alvarado
cuando era don Alejo tal un don Luis Mejía.

AL RETORNO

Aquella noche era
como de Primavera,
el minuto un romance de amor
en que hubo una rosa
y hubo un ruiseñor.

El arbol un psalmo parece
y la hoja, en página leve:
canta el ave diciendo amanece,
y murmura la rosa: llüeve.

Tras de los cristales
de los ventanales
su cabeza asoma,
como en los raudales,
ojos de paloma.

Yo soy quien acecha,
y espera que se abra
la ventana, que venga la flecha
de su dócil palabra.

El jardín como un psalmo parece,
soy yo el iniciado.
Amanece, amanece, amanece...
y el balcón está siempre cerrado.

ASI ES LA RUBIA CABECITA DE ELLA...

Lluvia de miel, cristal iluminado,
flor de cañaveral, polen de estrella,
así tiene el cabello el bien amado,
así es la rubia cabecita de ella.

Cuando en mis hombros cae adormecida,
y en su boca los ósculos florecen,
me parece que el gajo de su vida
está en aquellos labios que se ofrecen.

¡Oh juguetito de mis ilusiones
qué encanto, y qué sabor de cuento tienes!
Eres como una caja de bombones
en que son dulces hasta los desdenes.

Y así, al paladar sus labios rojos
entre alados rubores encendidos,
vacío por mis ojos en sus ojos
mi corazón con todos sus latidos.

NOCTURNO

Es alta noche. Solo en mi estancia medito
de pletéritas cosas añoranzas de pena,
y presiento en mi vida una sed de infinito
en la angustia de la hora de la noche serena.

Seco ruido de pasos en la calle dormida,
es acaso un mancebo que a una cita acudió,
y que trae en los labios el sabor de la vida
que dentro de una reja otra boca le dió.

En el cuarto vecino alguien duerme. Yo velo,
mistifica mis sueños un rosario fugaz,
y en la sombra, el recuerdo, va tejiendo el desvelo
con un signo doliente de tristeza y de paz.

¡Solo! ¡solo! Siempre solo. Mi vida
es a modo del alma de una gran soledad:
es como una cruzada, es como una partida,
¡estoy solo Dios mío! ¿Dónde esta tu piedad?

En un vaso se guardan rosas nuevas. Respira
su agonía el perfume que idealiza el dolor,
y en mi estancia parece que otra vida suspira,
otra vida que vive de ternura y de amor.

Rumia el tiempo mi pena. El silencio cautiva
un suplicio de cosas de una hosca expresión,
y la luz de la luna dolorosa y esquiva
entra como un mensaje por el viejo balcón.

LA MISIVA NOCTURNA

Triunfa el perfume en el salón. Un dejo
de nostalgia se duerme en el teclado
de su piano, y está frente a un espejo
una dama que exorna su peinado.

Son sus grandes pupilas dos ovales
marcos, donde la noche hubo cautiva.
Está el jardín detrás de los cristales;
ronda una brisa tibia y fugitiva.

De improviso en el aire hay un silbido;
se abre el balcón como un nidal florido,
descorriendo una mano la cortina,

y rueda por la estancia constelada,
en el resguardo de una cinta fina
una amorosa esquela perfumada.

LA GOLONDRINA BLANCA

Se apaga el día en pleno mar. La ondina
juega a besar en el cristal violado,
y se desnuda pérfida y felina
con el beso de un cielo enamorado.

Yo pienso en tu cariño. El mar intenso
como mi alma, se pierde en las remotas
lejanías borrosas de ese lienzo
que manchan en bandadas las gaviotas.

Aquí sola, en el mar, nace la angustia
de mis recuerdos que salvó el olvido:
la tarde es una inmensa rosa mustia
que se deshoja en el cristal dormido.

En el muelle, la luz de las farolas
inicia el rito de la umbría espera
mientras mandan sus ósculos las olas
con mensajes de espuma a la ribera.

Cae la noche en tanto a la pristina
agonía de un sol que se devana.
Y mi recuerdo es una golondrina
que vuela de este barco a tu ventana.

1915.

José C. Mixco

PAGINA DE DOLOR

La ví pasar con indecible angustia
en el blanco ataúd; pálida y fría
como una rosa mustia,
iba la niña que admiré yo un día
hermosa, y arrogante, y seductora,
la niña soñadora
que llena de ilusiones y delirios,
avasallando juveniles almas,
daba envidia, por grácil, a los lirios
por esbelta, a las palmas...

Y pensé con espanto inexplicable
y abrumadora angustia,
viendo a la niña blanca y adorable
un día, ahora macilenta y mustia
cual una rosa por el cierzo herida,
en todo lo mudable de la suerte,
en la terrible lucha de la vida
y en la serena calma de la muerte!

CALENDULA

¡Oh, no lloréis por mí cuando yo muera!
el buque surto en aguas de lo eterno
no atracará jamás a la ribera
do terminan las brumas del invierno.

¡Oh, no lloréis por mí, que en el olvido
tal vez se extinguirán las remembranzas
de tantas ilusiones que he perdido
de todas mis difuntas esperanzas!...
¡Oh, no lloréis por mí! Tal vez un día
si en mi tristeza inagotable muero
me tenga compasión la dueña mía,
¡esa niña gentil que tanto quiero!

1899.

RENAISSANCE

¡Te he vuelto a ver! Triunfante resurgiste
de entre las nieblas del ayer, señora;
y hubo en mi alma dolorida y triste,
¡como un furtivo resplandor de aurora!...
De nuevo ante tus gracias hechiceras
se bañaron en dulces radiaciones:
¡libélulas de oro, mis quimeras;
mariposas de luz, mis ilusiones!
Feliz el trovador desconocido,
hoy que cruzaste, rápida a su lado,
¡porque entreabriendo el velo del olvido
renovó las venturas del pasado!
¡Feliz! Porque cobrando nuevo aliento,
sólo con verte, vida de mi vida
ha sentido aletear el pensamiento,
y volver la esperanza, ya perdida!
¡Mas ah! que las antiguas esperanzas
no revolaron de mi alma en torno,
¡ni columbré futuras venturanzas,
al cantar el poema del retorno!...
No he alcanzado de tí ni una mirada,
y si tal vez sonriérame el consuelo:
¡son más tristes las sombras de la nada
tras entrever la claridad del cielo!...
Que no te asalten nunca los dolores
en la senda vernal donde caminas,
¡son para tí las aromadas flores,
y para mí—¡María!—las espinas!...

MUSA POSTRERA (1)

Te fuiste. Siempre a solas con mi duelo,
aislado en mi nostálgica locura,
sentí, al desvanecerse tu hermosura,
sombra inmensa en el campo de mi cielo.
Yo sé que el triste, el ignorado anhelo
que en mi enfermizo corazón perdura
no alcanzará, en mi inmensa desventura,
¡ay! ni un poco siquiera de consuelo.
Si a tu lado me ves y estoy risueño;
si no sabes las penas que devoro,
yo el amador errante del ensueño;
en secreto mis ansias atesoro,
¡porque te adoro con febril empeño
y no puedo decirte que te adoro!...

(1) Estos versos fueron escritos un día antes de su trágica muerte.



David Cornejo

LA MARIMBA

Oigo el ritmo sollozante de esos giros,
su cadencia fugitiva y su lamento,
cual enjambres de recuerdos y suspiros
que se escapan del indígena instrumento.

Son las glorias aborígenes pasadas,
la nostalgia de los indios que se siente,
el recuerdo de opulencias olvidadas,
la agonía de los sueños de su mente.

Es el reino cakchiquel que ve perdidos,
sus dominios de abolengo y su grandeza,
en cenizas sus ideales convertidos
y su gloria señorial hecha pavesa.

Es el sueño del quetzal allá en el monte,
tiernos ayes ahogados en la calma,
nimbo oscuro que ennegrece el horizonte,
decepciones infinitas en el alma.

Es el ruido del carcaj y de sus flechas,
es el grito de protesta de los mames,
contemplando sus moradas ya desechas
al impulso de unos hombres tan infames.

Utatlán es, quien observa entristecida
su cacique moribundo en una hoguera,
es aquella muchedumbre regicida
que pronuncia esta palabra: ¡muera! ¡muera!

Es el indio que no olvida que era fuerte,
y que en medio de sus selvas seculares,
disputó su independencia, mas, la suerte,
reservó la esclavitud a sus hogares.

Es, en fin, el postrimer combate recio,
es el cúmulo de tristes emociones,
el sonar de las metrallas: bajo precio
en que compran los tiranos las naciones.

Es el mundo así: sus glorias engañosas.
todo tiene una existencia transitoria,
caen del trono las testas poderosas
y después, nada... esa es la humana historia.

Todo muy luego perece: todo muere:
la existencia tiene sus fulguraciones,
va en pos del placer el triste miserere,
y la cripta a donde van las ilusiones.

Y entretanto nuestras bellas congregadas
en artístico salón con sus donceles,
no recuerdan las historias ya pasadas
y conversan de sus perlas y joyeles.

Y al par que vuelan fugaces esos giros,
pienso en la vida sarcástica, inclemente,
mientras huyen presurosos los suspiros
y agonizan los ensueños de mi mente.

¡MADRE!

A veces el hastío de la vida,
cuando falta la calma y la bonanza,
y náufraga se ve la fe perdida
en un mar cuyo fondo no se alcanza;

cuando las penas forman nuestra egida,
y el dolor nos acecha sin templanza,
y ya nuestra alma de sufrir transida
no concibe un reflejo de esperanza;

entonces, en demanda de consuelo,
alzamos pensativos la mirada
por la silente inmensidad del cielo.

Y a fe que la encontramos, constelada
miramos al través de níveo velo,
la dulce imagen de la madre amada.

CREPUSCULAR

Un lucero embellece el almo cielo,
un nenúfar flotando sobre el lago,
un sauce pesaroso y somnoliento
y a su sombra un murmullo dulce y vago.

Un cisne que se posa en el velamen
de un barquillo que cruza allá a lo lejos,
dos sensotles que se posan en el sauce
ya del Sol a los últimos reflejos.

Un sonido de orquesta muy lejano,
un gemido de alondra que se queja,
en trémulas palabras un «yo te amo»
y un adiós de la tarde que se aleja.

Y ya cuando la oscura noche esparce,
su hálito de tinieblas con que asombra,
arpegios melodiosos en el sauce
y un ósculo de amor bajo su sombra.

NANON

(De Naná de Emilio Zola)

Flor de lascivia de sin par belleza,
encarnación de dulce simpatía,
es tu rostro de olímpica princesa,
tu cuerpo es tentador y tu alma es fría.

Hay en tu andar cadencia y gentileza,
y en tus ojos que hechizas a porfía
hay destellos de clásica nobleza
y lampos de letal melancolía.

Y aunque en la vida tus admiradores,
derroche hicieron de fragantes flores,
y de sus mimos tú, la reina fuiste.

Ya venía el cortejo de dolores,
y después de la orgía en que viviste,
mueres abandonada; sola y triste.

DESPUES DE LA LLUVIA

Las llanuras están reverdecidas,
húmedas brisas soplan en las lomas,
en las hojas hay gotas suspendidas,
y de sus nidos vuelan las palomas.

Los pajarillos de alas policromas,
al volar con sus caudas extendidas,
aspiran de las flores los aromas
y preludian sus trovas más sentidas.

Cual triste y fatigado peregrino,
contemplando las aves en su vuelo,
asoma un labrador por el camino.

Descórrese al instante el denso velo,
luce en la altura un tierno azul marino,
y el Sol brilla en la cúpula del cielo.

LOS AÑOS QUE VIENEN

Los años que vienen nos traen promesas,
de muelles sentires en el porvenir;
nos hablan de triunfos, de faustas grandezas,
de límpidos cielos de grana y zafir.

Nos hablan de encantos, de dichas supremas,
nos pintan el mundo cual si fuera edén,
poblado de nardos y de crisanthemas,
y de brisas leves en grato vaivén.

Nos dicen de glorias o dulces quimeras,
nos llenan el alma de santa emoción,
mas no recordamos que son primaveras,
que nunca han llegado, que han sido ilusión.

Pensamos que traen de las esmeraldas,
en sus carros de oro de pompa triunfal;
el brillo encantado; que regias guirnaldas
exornan las Vestas de faz inmortal.

Pensamos que traen, de gélidos climas,
preciados tesoros de inmenso valor;
y les saludamos con mágicas rimas,
soñando venturas, cantando al amor.

Sería muy bello que todo en la vida,
así cual la mente concibe al soñar,
fuera un paraíso de sombra florida,
de suaves deliquios, de eterno gozar.

Mas ¡oh desencanto!, terrible destino,
la rosa más bella de nuestro jardín
conviértese en cardo, punzante, asesino,
que asecha la vida, que mata por fin.

Mas, siempre soñemos, que viva latente
la grata esperanza vertiendo su luz,
y así cuando llegue la Parca inclemente,
nos halle soñando con cielos de tul.

DOS PERSONAJES DE «QUO VADIS?»

SAN PEDRO

Varón humilde, apostol de una idea,
de grave unción y de valor provisto,
anduvo el pescador de Galilea
predicando la ley de Jesucristo.

Roma fué su escenario y su presea,
la fe era el arma de que estuvo listo,
la visión de la gloria fué su Dea,
su futuro... un Calvario como Cristo.

Fué su voz cual la miel de los panales,
era rima de dulces madrigales,
elocuencia de amor embellecida;

pues por él, en las tristes catacumbas,
que de los vivos fueron como tumbas,
la religión de Cristo fué esparcida.

NERON

Oscura sombra de la vieja historia,
que al través de los siglos se presenta,
cual infame baldón, o como afrenta,
de aquellos tiempos sin honor ni gloria.

Nerón es esa sombra, infecta escoria,
símbolo de maldad y de tormenta,
todo lo malo su reinado ostenta,
la moral en su tiempo fué ilusoria.

En su vida de impuros bacanales,
donde crecía la Hidra de los males,
entre rosas de torpe sensualismo,

llegó a ser aquel loco temerario.
de su madre asesino; e incendiario
de la antigua ciudad del cesarismo.

Alfonso Espino

EL CARACTER

Jamás los cantos de su férrea lira
brotan a impulsos torpes o villanos,
porque la sacra musa que le inspira
sólo ama el bien y la virtud hermanos.

Canta lo noble, y si al cantar suspira
y en piadosa actitud alza las manos,
también estalla en tempestades de ira
para azotar el rostro a los tiranos.

Y siempre en franca lid, como lo hiciera
un dios inexorable de la historia,
el vicio ataca en su cubil de fiera;

y al entonar el himno de victoria,
cubre a los predilectos de su gloria
con el palio de luz de su bandera.

SOBRE EL LAGO

Del lago azul, al declinar el día,
los dos cruzaban las traviesas olas;
la luna en el cenit, aun sonreía
y el insecto zumbaba en las corolas.

Sobre encajes de nítidas espumas,
como flores de nieve encantadoras,
agitaban las linfas con sus plumas,
en bandadas, las aves pescadoras.

Del monte, entre la niebla adormecido,
emergen ondas de purfume, suaves,
mientras se eleva del caliente nido
el quejumbroso canto de las aves.

Y al beso de la luz que Febo envía,
hecha jirones, se remonta al cielo
la bruma, que cual sábana, cubría
la superficie espléndida del suelo.

La nave corre. El viento en la arboleda
desplegando sus alas rumorosas,
sobre las aguas, sollozante, rueda
y murmura al pasar, ¡no sé qué cosas...!
. . . .

Ella cantaba. El, loco, estremecido,
de ternura y pasión en un exceso,
la oprime con amor, lanza un gemido
¡y acalla sus cantares con un beso!
. . . .

Por fin ya llegan. La risueña playa
toca la nave con ligero paso...
Ella, en los brazos de él, de amor desmaya,
¡mientras el sol se oculta en el ocaso!

A UNA ARTISTA

De tu violín la música insinuante
toca del corazón la última fibra,
como la voz del aura sollozante
que en el cordaje de las frondas vibra.

Sumida el alma en reflexiones graves
bajo el imperio de sus limpias notas,
piensa que tu violín es nido de aves
que en él se quejan con las alas rotas.

Y absorta y transportada en los sedeños
ritmos que al dócil instrumento arrancas,
vuela el alma al alcázar de los sueños,

donde a la luz de riente poesía
aletea la gárrula armonía,
como bandada de palomas blancas.

AL DESPEDIRTE

A Enriqueta

Qué horrible angustia el corazón sentía
cuando ví que a lo lejos, como un astro,
tu figura gentil desparecía,
dejando apenas luminoso rastro!

Cuando por entre las curvas de la senda,
con la diestra agitando tu pañuelo,
ví que me enviabas, de cariño en prenda,
íntimo adiós para calmar mi duelo!

Que tu pálida faz encantadora,
como nívea corola de azucena,
a mí tornabas, como blanca aurora,
midiendo acaso mi profunda pena.

Y cuando ví por fin que una sonrisa,
promesa de consuelo y venturanza,
asomaba a tus labios, indecisa,
como un trémulo rayo de esperanza...

. . . .

Y no poder seguirte... Ansiar en vano,
arrasados en lágrimas los ojos,
oir tu acento y estrechar tu mano
y contemplar tu faz puesto de hinojos!

Sentir en mi alma la fruición intensa
de la gloriosa luz de tu mirada,
que alegra más que en la extensión inmensa
la sublime explosión de una alborada!

Aspirar el aroma de tu aliento,
que difunde en mi sér savia de vida;
escuchar de tu pecho el ritmo lento,
y a tus plantas poner, estremecida,
toda mi fé, cual rosa desprendida
del verjel inmortal del pensamiento!

PAISAJE DEL TROPICO

GRIS, MAS GRIS...

Brota llamas la tierra. En sus rigores
el astro rey la convirtió en hoguera;
y el campo que antes se exornó de flores
es hoy erial donde la muerte impera.
La fuente, que pobló con sus rumores
al pasar entre guijas la pradera,
la consumieron ígneos resplandores,
acallando su voz dulce y parlera.
Y en la monotonía del paisaje,
tras las nubes de polvo que alza el viento,
no hay una pincelada de frondaje
ni de azul en el amplio firmamento:
sólo hay gris y más gris... tono sombrío
que abruma y mata el pensamiento mío!

II

ANTES DE LA LLUVIA

Estaba oscuro el cielo, parecía
una roñosa lámina de acero,
bajo la cual ni un ala se movía
ni se escuchaba un ritmo placentero.
Y nada esa quietud interrumpía;
que ni siquiera el aire pasajero
las hojas de los árboles hería,
dejando oir su canto vocinglero.
Mas, de repente, aquella inalterable
y triste soledad, aquel mutismo,
su faz cambiaron fosca y miserable:
apuñaleando de la sombra el velo
un enorme zigzag encendió el cielo
y un trueno ronco estremeció el abismo!

III

LA LLUVIA

Al fin volcó sus ánforas el cielo
sobre la tierra, que secó el estío;
un manto de verdura alfombra el suelo
y al bochorno estival sucede el frío.

Escúchase en la fronda el ritornelo
conque al fúlgido sol saluda el *chió*,
y cual sierpe de blanco terciopelo
se despereza, murmurando, el río.

Parece que la tierra alborozada,
sacudiendo la frente calcinada
de un ensueño de horrores se despierta;
y al entreabrir los ojos soñadores,
cambia su vieja túnica empolvada,
por una veste de fragantes flores!

IV

DESPUÉS DE LA LLUVIA

La mañana está azul, brillan las lomas
a los besos de luz de la alborada,
y hay explosión de músicas y aromas
como señal de fiesta en la enramada.

En la heredad de mangos y de pomas
se escucha de los loros la algarada,
y en sus nidos de plumas las palomas
desflecan su canción enamorada.

Sopla un céfiro tibio que semeja
una fugaz caricia de ternura,
murmurando al oído amante queja;
y en la verde extensión que se dilata
corre el río a perderse en la espesura,
como una sierpe de bruñida plata.

V

IRIS

Sobre los flancos de las colinas (1)
que al valle sirven de antemural,
tiende su manto blancas neblinas,
tenues despojos del temporal.

Sus nidos dejan las golondrinas
y el aire surcan, que es un cristal,
buscando insectos y golosinas
sobre el follaje del matorral.

---

(1) El autor se refiere a las colinas que circundan el valle de Siguatehuacán, donde está Santa Ana.

La brisa trae vagos rumores
y esencias suaves de los alcores,
que al alma inspiran triste ansiedad;
mas, Iris muestra sus esplendores
y a la sonrisa de sus colores
huye a lo lejos la tempestad!

ODA A CENTRO AMERICA

Cantar tu independencia ¡oh patria mía!
en tus horas más trágicas de angustia;
entonar ditirambos de alegría
cuando te inclinas desmayada y mustia
a los golpes de negras decepciones,
con que tus hijos sin piedad te hirieron...
eso un sarcasmo criminal sería
que sólo los malvados repitieron
cuando entre el polvo vil, hecho jirones,
y tinto en sangre tu estandarte vieron...

Una densa humareda cubre el cielo,
cual hosca tempestad que al alma aterra.
¿La veis, oh pueblos? La sagrada tierra
que fué de vuestros manes el anhelo,
las hordas rubias, de mirar de hielo,
pisan audaces al clamor de guerra.

Y sus acorazados, a las puertas
de la patria han anclado, y atrevidos,
cual leones que lanzan alaridos,
con las fauces inmensamente abiertas,
quieren tragaros... porque estáis dormidos!

¡Dormidos, sí! Jamás en la defensa
de vuestra cara patria habéis pensado:
el tesoro de honor y de vergüenza
que fué de vuestros padres el legado.

junto con todo lo que siente y piensa,
os arrancó traidor el despotismo,
que vuestra cobardía ha fomentado
y sostiene el odioso servilismo.

¿Dónde el valor está, dónde la hazaña
que imitaras a ejemplo de Lempira,
cuando en Coyucutena,
de ardiente patriotismo el alma llena,
a las legiones humilló de España,
con el pecho inflamado en santa ira?

Vuestro valor, si acaso habéis tenido,
las armas al blandir en vuestras manos,
en lucha inflamatoria se ha extinguido,
combatiéndose hermanos contra hermanos.
¿Por qué no uniros y al traidor que intenta
venceros como a débiles esclavos,
con altivez probarle que esa afrenta
no soporta jamás pueblo de bravos?

¿Por qué de vuestro seno,
fuerte, avasalladora,
con la potente voz de ronco trueno
no estalla la protesta redentora?

Porque al fuego del sacro patriotismo,
que antes ardió cual lava en vuestros pechos,
con torpe indiferencia disteis muerte,
alzando un tabernáculo al cinismo
y entregando ¡cobardes! al más fuerte,
como a un Breno de odioso cesarismo,
patria, vidas y todos los derechos!

. . . .

No fué así en otros tiempos. Cuando España
lanzó sobre esta tierra sus legiones
y al sordo retumbar de sus cañones
derribó de los indios la cabaña.

no se oyeron gemidos ni oraciones;
se oyeron roncos gritos de combate
en la fértil llanura, en la montaña,
del indio que, aun vencido, no se abate.

No desmayó su indómita bravura,
porque el indio, a pesar de su inocencia,
amaba con delirio y con ternura
su suelo, libertad e independencia.

Por ellos sucumbió. Mas, si vencido,
en lucha desigual halló la muerte,
jamás su esfuerzo cubrirá el olvido;
que no siempre las glorias son del fuerte,
sino de aquel que en la tenaz contienda
su honor y vida y libertad defienda...

. . . .

¡Patria! yo te saludo en este día;
y al dulce ritmo del laúd sonoro,
bate sus blancas alas la Poesía
para cantar tu libertad que adoro!

. . . .

Mas no vengo a cantar la independencia
ni gloria ni derechos,
con que, en días de luto y decadencia,
arrullan tu agonía infames pechos.

Bien sé que exangüe y angustiada expiras
al fúnebre rumor de tus cadenas,
y que tu manto espléndido, hecho jiras,
se empapa con la sangre de tus venas;
bien sé que entre sicarios y sayones
juegan tu porvenir, con otros Judas
sin conciencia ni amor, espúreos hijos.

Pero ¡ay! de los malvados
que, en vez de unión, sembraron divisiones,
crueles interrogantes y hondas dudas,

porque para ellos, de furor prolijos,
lanza la Historia horrendas maldiciones

. . . .

¡Patria, despierta! Aun puedes levantarte,
como un moderno Lázaro, a la vida,
y redimirte puedes y curarte,
¡oh madre bendecida!

Que arrojando a la sima del olvido
el oprobioso epíteto de histérica
con que a la faz del mundo te han herido,
puedes aún, en digna lucha homérica,
reconquistar ante los pueblos grandes
tus antiguos prestigios, Centro América:
desplegando en la cumbre de los Andes
tu bandera sagrada, esa bandera
que, en ínclitas hazañas,
fué del gran Morazán y de Cabañas
hermosa insignia que flameó altanera
como aurora de triunfo en tus montañas,
y que eterna brillar debe en la historia,
entre destellos fúlgidos de gloria!

MONOLOGO DE LA MUSICA

Al maestro José Kessels

Perdida entre las sombras del misterio
vagué por los espacios estelares
muchos siglos, contados por millares;
solo vibré en las cuerdas de un salterio:
en el de los querubes,
con que a Dios entonaban sus cantares
sobre colchones de flotantes nubes.
Pero agitando el ala,
sintiendo de expansión sagrado anhelo,
hacia otro rumbo enderecé mi vuelo;
y haciendo de armonías una escala,
uní a la Tierra con el almo Cielo.

Del mundo, en las desiertas soledades,
cuando aun no había pájaros ni flores,
cabalgando en las roncas tempestades
hice vibrar mis ritmos triunfadores.

Hice del trueno nota soberana;
y al sollozar en las marinas ondas,
el himno alcé de la primer mañana
en que surgieron pájaros y frondas.

Canté después en vastas oquedades,
en las arpas gemí de los alcores;
y hoy como ayer, en todas las edades,
destilo miel sobre odios y rencores.

Cuando el Creador en íntimo embeleso
hizo el Edén para la humana cuna,
hablé el lenguaje con que canta el beso,
en el aura flotante, como en una
voz de ternura en el ardiente exceso.
Con mi flauta armoniosa,
dulce como el rumor de una caricia,
me acerqué a la pareja silenciosa
y aumenté la delicia
de su tranquila y plácida existencia.

Y cuando ellos, del sueño de inocencia
a otra vida más grata despertaron,
por la luz alumbrados de la Ciencia,
se abrieron del Edén las blancas flores
al flébil roce de mis notas suaves;
y en las verdes rotondas resonaron,
en las gargantas de canoras aves,
epitalamios nítidos de amores.

Del vasto Edén poblaron el vacío,
como enjambres de aladas mariposas,
mis notas de cristal; el claro río
destrenzó sus cascadas rumorosas,
cual collares de perlas irisadas;

y hasta las bestias de encendidos ojos
y zarpas afiladas
morigeraron sus anhelos rojos
de mí voz al conjuro...

El poderío
que en el mundo ejercí siempre y ejerzo,
es mayor que el de cetros y de espadas;
pues cuando lloro de emoción o río
para imprimirle mi expresión al verso,
se inclinan a mis pies, arrodilladas,
el alma del virtuoso y del perverso.

Soy de la humanidad que sufre y llora
la ardiente fe que alienta Prometeo;
de la piedad que ante el altar implora,
la musa que el dolor calmo y recreo;
y fuí la tempestad arrolladora
en los marciales cantos de Tirteo.

Cuántas veces al rayo de la luna
que triste avanza en la extensión del cielo,
vibro en los bosques de tupidas hojas;
y junto a humilde o esplendente cuna,
arrullo al niño en medio a sus congojas,
de la madre en el dulce ritornelo.

Cuando el enorme tedio de la vida,
cual un buitre siniestro, horrible y honda
abre en las almas incurable herida,
la noche del dolor dejo vencida
cuando sacudo mi cabeza blonda.

Y así avanzo triunfante por la tierra
en vuelos soberanos:
es mi santa misión destruir la guerra
y el odio combatir de los humanos
que al progreso y la paz la vía cierra.

Y al agitar mis triunfadoras palmas
para unir a los hombres como hermanos
y en dulces lazos estrechar las almas;
y al vibrar en las vastas oquedades
y gemir temblorosa en los alcores,
hoy como ayer, en todas las edades,
destilo miel sobre odios y rencores.

LAUREL SOLARIEGO

Al egregio poeta y maestro de la juventud, don Francisco Gavidia

En tus cantos magníficos, que brotan cual sonoro
manantial que fluyera de una virgen montaña,
hay milagrosas gemas engarzadas en oro
que son para los miopes de contextura extraña.

Tu obra inmensa de cíclope, que es abismo y que es cumbre,
porque es obra del genio que cual los dioses crea,
es insondable arcano para la muchedumbre
que vive distanciada del Mundo de la Idea.

Jamás a los videntes a comprender alcanza
la estulticia asfixiada bajo la noche intensa:
no fué para los ciegos la luz una esperanza...
¿qué puede ser entonces el que labora y piensa?

Del cóndor que en las nubes fabricara su nido,
¿qué ha de saber la oruga que se arrastra en el suelo?
¿qué, el buho miserable que se queja escondido
y ver no puede nunca la inmensidad del cielo?

En las aguas profundas de tu filosofía
no abrevará la inopia sus ardorosos labios,
porque en ella sólo habla la excelsa Poesía
hecha de luz, que es tinta con que escriben los sabios.

Nacido bajo el cielo diáfano de la América
que dos mares arrullan con rugido imponente,
no hay en tu musa altiva la carcajada histérica,
sino el clamor dantesco, inspirado y vehemente.

En la vibrante música de tus versos divinos
palpita el alma toda de la Naturaleza:
hay en ella aleteos de vuelos aquilinos
y formidables gritos de heróica Marsellesa.

Forjada fué tu lira en el fuego que brota
de Titea fecunda, madre de los Titanes,
y por eso en tus cantos resuena cada nota
con el eco soberbio de trombas y huracanes.

Sobre el Tabor del Arte te alzas transfigurado,
prediciendo a las razas el triunfo del Derecho;
y al pie de tu bandera ¡oh lírico cruzado!
muestras las cicatrices que llevas en el pecho.

Cuando hablas de la Patria, de esa Patria que unida
nos legaron los próceres de nuestra Independencia,
tu musa de albas alas se yergue conmovida
y de tu plectro brotan raudales de elocuencia.

Y tu verbo iracundo que en el Olimpo fuera
como un trueno de Júpiter, cuando maldice el crimen,
tiene diafanidades con que tu alma quisiera
libertar a los pueblos que separados gimen.

Tú, que como un apóstol, la excelsa Unión proclamas;
que has prodigado el oro de tu cerebro fuerte,
y el Ideal fortificas como un arbol que amas,
porque bajo su sombra salvarán de la muerte.

Los cien pueblos hermanos que viven siempre en lidia,
serás después un símbolo: tu sacrosanto nombre
no será simplemente EL MAESTRO GAVIDIA,
será: FRANCISCO EL GRANDE, de glorioso renombre...

Los seres extrahumanos son las constelaciones
que en la Historia fulguran cumpliendo su destino;
que a los pueblos levanta, y en sus lucubraciones
les marcan del progreso el más fácil camino...

Taumaturgo sublime, que en estepa infecunda
la simiente arrojaste mental de tu alma bella;
prosigue, como el río que los campos fecunda...
tu misión es sagrada... alumbra, ¡eres estrella!

Salvador Turcios R. (1)

BRONCES PATRIOS

EL ALMA DE LOS PRÓCERES

(Sonetos laureados)

JOSÉ MATÍAS DELGADO

I

Llevaba Centro América el pesado
bagaje de esclavitud afrentosa,
cuando surgió la Libertad gloriosa
al conjuro del verbo de Delgado.

El apóstol—vidente de la idea—
que ansiaba la Justicia y el Derecho,
levantó una muralla en cada pecho
en la santa cruzada gigantea.

---

(1) **Salvador Turcios R.**, el autor de los diez sonetos siguientes, si bien nació en la capital de la hermana República de Honduras, ha hecho de El Salvador su segunda Patria, y es precisamente aquí en donde ha delineado con claros perfiles su personalidad de poeta y de escritor de relevantes méritos. Es, pues, en tal sentido, que no creemos demas insertar en esta **Antología de Poetas Salvadoreños,** el nombre y las hermosas producciones poéticas de este distinguido portalira.

Salvador Turcios R., es actualmente Director de la Revista ilustrada del **Ateneo de El Salvador** y activo Secretario de la Institución de este nombre, que está dando prestigio a la **Patria Salvadoreña.**

Para él son los laureles de la Historia
y el prestigio inmortal del heroísmo
con que exalta la Patria su memoria.

¡Ah! Plegue a Dios que su alma siempre vibre
como estrofa divina de civismo,
y que aliente a este pueblo, grande y libre!

MANUEL JOSÉ ARCE

II

El joven paladín de férrea cota
y de brazo potente de campeón,
tremolaba el lumínico pendón
en su épico delirio de patriota.

El férvido entusiasmo legendario
con que animó sus proezas de soldado,
aun perdura en la noche del pasado
cual símbolo de ejemplo extraordinario.

Y aquel bravo cachorro de la gloria
que amaba los secretos de la suerte
y que besó en la frente a la Victoria,

fué el mártir de su ingénita grandeza
que descifró el misterio de la muerte
con un gesto de olímpica belleza!

JUAN MANUEL RODRÍGUEZ

III

Ante el deber del patriotismo heroico
de los hijos del pueblo esclavizado,
él fué como un romántico cruzado
que dió su vida con valor estoico.

Caballero sin tacha en la contienda
que enardeció a los nobles paladines
cuando flotaba en todos los confines
la enseña de la bélica leyenda.

Cristalizaba en su alma la pureza
del ideal de la causa redentora
que alzó el Derecho en su viril grandeza.

Y en tanto que las rubias claridades
alumbren a la Patria triunfadora,
no morirá a través de las edades!

DOMINGO ANTONIO LARA

IV

La indómita altivez de la hidalguía
con que ofrendó su sangre fecundante,
se levantó cual lábaro triunfante
al grito de la santa rebeldía.

El fardo de las viejas servidumbres,
que afianzaba en la Patria sus rigores,
despertó en su alma todos los dolores
de las esclavizadas muchedumbres.

No marchitó en su frente los rosales
que le otorgó en sus lides la Justicia
cuando fueron las gestas inmortales.

Y prefirió en su amor de visionario
estrangular su herocidad patricia
antes que ser un hijo victimario!

PEDRO PABLO CASTILLO

V

Para el alma del ínclito insurgente
es el ritmo de la estrofa delirante
y el laurel de la gloria fulgurante
que perdura en el mármol de su frente.

Un huracán de la crueldad humana
azotaba a las sacras libertades,
cuando brotó en las yermas soledades
el perfil de su proeza soberana.

¿Y qué timbre mejor para su elogio
ya que la Patria guarda agradecida
la añoranza de su martirologio?

¡Nunca será para él la indiferencia,
pues hizo el sacrificio de su vida
en aras de la santa Independencia!

LOS PADRES AGUILAR

VI

Para ellos es la mística plegaria
y el canto de los coros arcangélicos,
ya que alzaron, en sus ensueños bélicos,
el pendón de la causa libertaria.

Así perdura el triunvirato raro,
el noble Nicolás, siempre vibrante,
y el fiel Vicente, en su ceguez radiante,
junto a Manuel de corazón preclaro.

Y mientras que en la magna epifanía
se inmortaliza al grupo legendario
que desterró a la vieja Monarquía,

ha pasado una racha de mutismo
que evoca el patriotismo centenario
del alma de los Próceres del Istmo!

BOLIVAR

(A Salvador Martínez Figueroa)

Fué un paladín de la leyenda homérica,
que alzando al cielo su potente brazo,
juró ante Dios la libertad de América
desde el níveo crestón del Chimborazo.

Como rudas cuadrigas de Centauros
iban tras él las jóvenes legiones,
para ceñirse los heroicos lauros
bajo el triunfo de bélicos pendones.

Y aquél genio inmortal entre los grandes,
que tiene un pedestal sobre los Andes
y los rojos laureles de la Historia,

murió en el duelo del dolor profundo,
después de ser el semi-dios de un mundo
que iluminan los soles de su gloria!

EL SONETO

(Para Alfonso Espino)

Levanta su armoniosa arquitectura
con la altivez de un lírico baluarte,
y emerge del perfil de su hermosura
la sagrada Basílica del Arte.

Son sus versos las púdicas vestales
que alimentan el fuego de la gloria
y el culto de los máximos ideales
que dan al numen la inmortal victoria.

Desata en el secreto de su forma
la gracia de la artística presea
que imprime al ritmo musical la norma.

Y simboliza, en su expresión discreta
el ara milagrosa de la idea
donde oficia el espíritu del poeta!

EL VIOLIN

(Para Andrés S. Dalmau)

El espíritu ideal de la armonía,
que aprisionó la caja sonorosa,
ya finje en el cordaje la agonía
o canta la esperanza milagrosa.

Para el triunfo del artista divino
es un Jordán de lírica ternura,
que tiene el sortilegio peregrino
contra el mal de la trágica amargura.

El eco de la nota fugitiva
emerge del raquítico instrumento
como el dolor de un alma sensitiva.

¡Por eso es que el violín tiene la gracia
de exaltar el poder del sentimiento
en un ritmo de fiel aristocracia!

LABOREMUS

(A mis hermanos en ideales)

Es con el golpe de las férreas mazas
como se hace en el yunque palpitante
el milagro del porvenir triunfante
que anima la existencia de las razas.

Es con el verbo de los bravos hechos
como vive en el bronce de la Historia
el ideal que dió al hombre en la victoria
la conquista de todos sus derechos.

Es con el peso de los rudos músculos
del brazo que derriba cuando toca,
como ha cedido hasta la enorme roca,

y se ha tornado en átomos minúsculos
para exaltar la planta de los grandes
en el inmenso dorso de los Andes!

Jorge F. Zepeda (1)

SELVA SAGRADA

A Alberto Kurz.

¡Es vasto el panorama que contemplo;
y son el bosque y el sonante río,
el milenario templo,
en donde oficia el pensamiento mío!

Los átomos del alma se dilatan
en éxtasis supremos de grandeza;
y los nervios son arpas que arrebatan
los ritmos de la gran naturaleza.

La mirada, atónita se pierde
escudriñando el fin de la espesura
imponente y salvaje, donde el verde
se fuga y se amalgama en la negrura.

---

(1) Jorge F. Zepeda, nació en el Valle de los Angeles, Departamento de Tegucigalpa, República de Honduras; pero muy niño vino al Salvador, donde recibió los primeros besos de las musas; se soñó poeta y ha cantado admirablemente las bellezas de esta tierra, que es su segunda patria, nada más justo, pues, que aparezca en el «Parnaso Salvadoreño.»

Las ramas que se anudan vigorosas,
arcos son florecidos y triunfales,
que forman grandes naves caprichosas
de inmensas y solemnes catedrales.

Hasta el fondo intrincado,
del boscaje magnífico y sonoro,
de lianas exornado,
del sol penetran cual puñales de oro
sus temblorosas flamas;
y en los pinos gallardos y altaneros,
ocultos en la urdimbre de sus ramas,
lirizan los jilgueros
sus églogas de miel en flébil coro.

En el cristal del agua que se arruga,
y lenta corre entre peñascos grises,
la arboleda bravía,
su ramazón refleja y sus matices
de vívida poesía;
y luego pasan en sonora fuga
las cándidas perdices
que reman en lo azul del ancho cielo,
y el aire cortan con tremante vuelo
bajo la luz aurisolar del día!

Entre troncos, y rocas
negras y afiladas,
se rompen borbollantes las cascadas
que audaces corren cual serpientes locas
por un potente látigo azotadas.

Alto levantan sus caudal de espumas
en líricos penachos,
hasta formar picachos
que coronan las brumas;
y así, saltan bramando
sus olas irisadas,
y en su escape, rodando, van rodando
a la oquedad siniestra del abismo,
ty fingen al caer alborotadas.

que mil y mil de bocas inflamadas
de juventud ardor y patriotismo,
cantan alborozadas
hurras y marsellesas de heroísmo.

Escápanse de fértiles cañadas,
aromáticas brisas, que en las mieles
de los liquidambares y laureles
se bañan sosegadas,

¡hay en la selva extrañas armonías;
surgen gritos de pájaros salvajes,
que abanican airosos sus plumajes
al desatar sus vuelos susurrantes,
que esplenden con el sol cual pedrerías
de raros y miríficos cambiantes!

¡Aquí en la vasta soledad del monte,
donde del hombre no hay, eco, ni rastro,
en la más alta cumbre,
que impide al horizonte
mostrar su tenue lumbre
y dialoga en la noche con los astros!

Hay una virgen selva, dilatada...
de simbólicos árboles gigantes,
una selva sagrada,
de donde surgen voces, que vibrantes
en la amplitud resuenan,
y vagan misteriosas,
suaves y melodiosas
y el bosque secular de trinos llenan.

La encina con el roble, a un tiempo mismo,
como una soberbia clarinada,
con su voz estremecen el abismo,
y la cima escarpada...

De fulgores se baña el firmamento...
y el éter claro inflaman,
las voces de ardimiento,

sonoras y aguerridas
que potentes exclaman
en las crines del viento suspendidas.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

LA ENCINA Y EL ROBLE

Vigor y fuerza somos, y en el bosque reinamos;
y somos de estos árboles los hermanos mayores,
en nuestras cumbres sienten vértigos los condores,
y el vuelo gigantesco de las nubes paramos.

En nuestros brazos sólo, al Aguila arrullamos;
en ellos sueña el triunfo de sus presas mejores,
y primero que nadie del sol con sus fulgores
nuestras altivas testas en iris las bañamos.

En los fornidos músculos de nuestras ramazones,
el viento huracanado viene a romper sus alas,
y somos confidentes de las cconstelaciones...

¡Cantamos con el trueno titánicas grandezas;
cuando chocan los rayos, nos brindan con sus galas,
coronas imperiales para nuestras cabezas!

EL LAUREL

Guardad, hermanos míos, vuestras rudas saetas;
que yo soy de vosotros el símbolo primero;
ufanos me han ceñido desde Apolo y Homero,
hasta Virgilio y Dante, los divinos poetas.

Me sueñan los artistas, los sabios, los estetas;
en sangrientas batallas me conquista el guerrero;
y al terminar la frase (llenóse el bosque entero,
de fanfarrias sonoras de bélicas trompetas.)

Sagrado es mi coturno, nobles son mis trofeos,
en mí se simbolizan las victorias del fuerte,
y doy honor y fama, al Numen en torneos.

¡Por mí vibran las liras, las músicas triunfales;
mi poder es inmenso, doy la gloria o la muerte,
y están bajo mi sombra los humanos ideales!

EL OLIVO

Ni lauros, ni preseas, blasono en mi linaje;
y puedo ser de todos el más noble ascendiente;
en la prosapia puede mostrarme altivamente
sin mengua de su orgullo, el soberbio boscaje.

Yo visto del Apóstol el sencillo ropaje;
no hay a mi paso vítores de la plebe inconciente;
Jesús en su amargura me buscó dulcemente,
y en el bíblico Monte me embriagó su lenguaje.

Yo soy heraldo sacro de paz sobre la tierra;
los pueblos y los hombres, los uno como hermanos,
y estoy donde no hay sangre, ni hay encono, ni guerra.

¡Y cuando guillotinen con mano justiciera
la ambición y el odio, que entrañan los tiranos,
habrán de tremolarme como única bandera!

EL PINO

Yo soy el arpa eólica de inmensas soledades;
traduzco en melodías los clamores del viento;
en las noches azules a la luna le cuento,
en un temblor de ritmos mis profundas saudades.

Soy romántico y triste; amo las claridades
lejanas e indecisas del vasto firmamento;
las brisas me columpian, y en éxtasis me siento
cual si mecido fuese por manos de beldades.

Arden en pebeteros mis áuricas resinas;
hay trinos y fragancias en mi copa sonora,
y alumbro con mis llamas las chozas campesinas.

Tegió mi verde túnica una amable sirena;
soy príncipe y poeta, las rosas de la aurora
deshójanse en los rizos de mi glauca melena.

EL SAUCE

Trema el viento en mis ramas cual doliente salterio;
lloro lánguidamente mi congoja sombría,
soy hermano gemelo de la melancolía,
y habito en el obscuro rincón del cementerio.

¿De qué sirve el orgullo de vuestro vano imperio?
si bajo de mi sombra que es funeral y fría,
abrigo soy de tumbas que guardan la hidalguía
del fuerte, y la sapiencia del sabio, en el misterio.

Por mí los taciturnos de la pálida frente,
hilan sus negras rimas al dolor arrancadas;
Musset, que era un gran triste, me cantó tristemente.

¡Trocado en polvo veo los poderes inciertos,
y en noches espectrales, profundas y calladas...
en el vasto silencio dialogo con los muertos!

EL POETA

El poeta, de pie, sobre una enorme roca,
hundiendo las pupilas en el éter vacío...
con olímpico gesto contestó al vocerío,
y en un sagrado oráculo se convirtió su boca.

¡Oh árboles hermanos! Mi fantasía loca
recorre en el Pegaso con milagroso brío
las latitudes todas, y al corazón más frío
da calor, y vida a cuanto con su magia toca.

Sin mi poder divino, ni gracia de vidente,
sin el prestigio sacro de mi plectro sonoro,
anónimo seríais del bosque solamente.

Yo rimo con el ritmo de la naturaleza;
soy el dueño absoluto de las estrellas de oro,
y el Pontífice Sumo de la Santa Belleza.

Y luego que el poeta terminado ya había,
su espiritual discurso de parábolas suaves,
desataron el vuelo rumoroso las aves,
y cantaron hosanas a la dulce Poesía.

Los árboles simbólicos de la selva bravía,
sacudieron sus copas florecidas y graves,
y las nubes pasaban cual sonámbulas naves,
perdiéndose en la inmensa, cerúlea lejanía...

El sol ya moribundo terminó su carrera,
y reclinó su enorme cabeza de coloso,
sobre la abrupta almohada de la gran cordillera...

Las pálidas neblinas, las novias de los lirios,
tegiéronle el sudario que le cubrió piadoso,
y los astros ardieron cual funerales cirios...

RIE Y CANTA

Olvidad vuestras nostalgias,
no lloréis ya tus dolores,
y vuestro corazón se abra
a los infinitos goces.
De la copa del Ensueño.
escanciad las ilusiones,
y embriagaos de ese vino
misterioso, ¡mas no llores!
¿A qué amargar la existencia,
si el más allá no conoces?
la alegría es de los fuertes,
del hombre sano, sed hombres!
Ríe y que tus risas sean
cual las más fragantes brotes
con que sabe engalanar
la Primavera a los bosques.
Ríe cuando el sol levanta
su luminar sobre el monte,
y cuando la luna llena
como una argentada torre
en mitad del cielo alumbra
los jardines de la noche.
Cuando los mares se inflaman
y hay músicas en sus choques;
cuando las selvas sonoras
son arpas llenas de acordes;
cuando todo se despierta
a la vida, y hay entonces
de vivir hondo deseo,
ríe y canta, ¡mas no llores,
¡que la Tierra siempre pródiga,
vuestro espíritu alboroce;
ríe y canta que ella en pago
os dará miel y sus flores.



O. Cerna Sandoval

MUSA NUEVA

DOLOR DE AMAR

¡Me estás desesperando! De qué modo
podré hacerte sentir como lo intento...
Hacerte ver que en mí lo tendrás todo:
placer, dolor, amor, vida y tormento.

¿Cómo anhelas que te ame? ¿Cómo quieres?
con la dulzura de la luz cristiana,
con el encanto triste de biteres
o con la gracia de la fe pagana?

¡Yo he recorrido todas las escalas
en el amor...! Para tu amor pudiera
—bien lo podría si en amar me igualas—

abandonarme a lo que tu alma quiera
sacar las garras o tender las alas,
¡amarte cual paloma o como fiera!...

MUSA ANTIGUA

MELANCOLÍAS

Ni porque el tiempo es de rosas...
Ni porque el jardín se viste
de flores y mariposas
deja el alma de estar triste.

No alegra el alma dormida
ni un día de sol siquiera.
¡Y recordar que en la vida
sólo hay una Primavera!

Primavera, Primavera
tu vida de mariposa
agoste el ansia postrera
junto con tu última rosa.

¡Ah, si pudiese alegrar
al alma: la luz, las flores,
la brisa suave, el cantar
del agua en los surtidores!...

¿Mas sin dolor que le abrume
qué fuera de su existencia?
Quién sabe si en su perfume
esté su misma dolencia.

Pero una vez de alegría
que llegase—haciendo alarde
de alegrarla—con el día
y muriese con la tarde.

Un día de sol siquiera
llegue hasta el alma dormida
en brazos de su quimera.
Acuérdate que en la vida
sólo hay una Primavera...

AUTUMNAL

Deshojó la tristeza de tus rezos
una caricia sacrosanta y buena
sobre la laxitud de mis excesos
besó la herida y perfumó mi pena.

Tu oración... la piedad que ella atesora
sahumó el recuerdo de un amor lejano,
y al fulgor tenue de su nueva aurora
mi gran dolor me pareció liviano.

Lo envejecido el corazón revive;
y su afán de perennes soñaciones
en las saudades de tus rezos vive.

hoy que al contento de tu amor exiguo
la suprema fragancia de lo nuevo
en lampos surje del jarrón antiguo.

Alberto Rivas Bonilla

SALUTACION

A LA REINA DE LOS JUEGOS FLORALES
SEÑORITA MARGARITA SALINAS

Deja que hoy a tus plantas
venga a volcar el ánfora galante de mis rimas,
oh, tú, la más fragante y hermosa de las flores,
oh, Reina Margarita!

Para ti es el tesoro de mieles que ella encierra,
más dulce que las mieles que con empeño liba
la abeja de oro. Guarda para ti los perfumes
que llegan a ofrendarte las juguetonas brisas
al estampar un beso de amor sobre tu frente.

oh, Reina Margarita!
Recibe cariñosa
las notas fugitivas
que han de hablar a tu oído de aquel edén risueño
donde corren las horas fugaces de tu vida.
Ellas son los rumores de aquel pueblo querido
que reflejó en el fondo de tus negras pupilas
el derroche de luces
de sus tardes. Mis rimas,
son los murmullos vagos del rincón bendecido
que en tus negros cabellos ha dejado prendido
las sombras de sus noches
calladas y tranquilas.

Tú eres el más preciado tesoro de aquel suelo,
¿qué flor entre sus flores tiene tu gallardía?
¿cual ave entre sus aves atesoró tus gracias?
¿qué ardiente fantasía
vió en sus locos ensueños tu serena hermosura?
oh, blanca Margarita!
Si como eres hermosa eres clemente y buena,
vuelve hacia mí tus ojos y escucha complacida
la voz del más rendido de tus vasallos todos,
que a ti llega y te dice, doblando la rodilla:
—Yo quiero de tus manos
recibir el trofeo de mi grata conquista:
yo quiero que tú seas
la que el laurel me ciña.

Y en cambio, te he ofrecido
ese florido emblema de tu soberanía,
ese fragante cetro que ostentas en tus manos,
oh, Reina Margarita!

FIN

INDICE

Págs.

SEGUNDA PARTE

MANUEL ALVAREZ MAGAÑA

RAFAEL GARCÍA ESCOBAR

ARMANDO RODRÍGUEZ PORTILLO